



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuern, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bregon de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomanor, Camus, Canalejas, Caneto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez de los Rios, Fernandez de los Rios, Flores, Figueroa, Figuerola, Figuerola (Angusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gayangos, Gálvez de Molina, (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Gujarrro, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Janner, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Oryza, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustin), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarnaga, Sagarnaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 60 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 26 de Agosto de 1879.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Alcalá, 35, principal.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—Los empleados de cárceles y presidios, por D. Vicente Romero y Giron.—España y América, por D. Andrés Mellado.—Electricidad y Magnetismo, por D. José Echegaray.—La guerra del Pacífico, por nuestro corresponsal de Londres.—Suiza en 1826, por don Andrés Borrego.—Colon y Juan Sebastian de Elcano, por D. Francisco Javier de Salas.—Numancia y Viriato, por D. Eusebio Asquerino.—La retirada, cuento-sucedido, por D. Carlos Coello.—Las reformas en Cuba.—Bibliografía, por D. P. Ruiz de Albistur.—Dolores, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Revista española, por D. Manuel de la Revilla.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Dos crisis ministeriales en dos pueblos latinos; la crisis de Rumanía y la crisis de Italia. Ha determinado la primera una cuestion religiosa y ha determinado la segunda una cuestion económica. Al formularse el tratado de Berlin, disintieron los plenipotenciarios en cuestiones políticas y territoriales; pero no disintieron, no, en cuestiones religiosas. Si la paz de Westphalia fué la consagracion de la tolerancia internacional, la paz de Berlin fué la consagracion de la tolerancia nacional. Encontrábase los representantes de las potencias europeas en frente de un caso bien raro; iban á consagrar con entusiasmo el predominio de las razas cristianas sobre las razas turcas, y veían con dolor cómo en punto á religion el mahometismo superaba en tolerancia, con verdadera superioridad, á todas las sectas más ó ménos ortodoxas de todas las Iglesias cristianas. Y jamás se reunió un cenáculo diplomático tan decidido como el Congreso de Berlin á favor del imprescriptible derecho que de dirigirse á su Dios tiene la humana conciencia. El pueblo de los Edictos de Nantes hablaba por la boca de un heredero de los expulsados, y el pueblo de la aristocracia luterana por la boca de un heredero de los israelitas. Imposible que unos y otros dejarán de desquitarse en este siglo de los dolores sufridos por sus padres en los anteriores. Muchas veces, al examinarla causa del predominio musulman allá en Oriente, encontrais relaciones misteriosas con la causa de la conquista musulmana aquí en Occidente. Nuestros conquistadores africanos y asiáticos no corrieran con tanta facilidad desde el Guadalete al Tajo de existir la necesaria armonía entre las razas del Norte conquistadoras y las razas celta-latinas conquistadas. Pero se nota un disintimiento tal entre ellas, que los latinos son católicos, cuando los godos arrianos; y semi-idólatras, cuando los godos

añaden á sus antiguas dignidades los báculos de los obispos entregados á sus callosas manos por la interesada y reflexiva conversion de Recaredo. Pues en Oriente, los griegos y los católicos, divididos por eternas porfías, ¡muchas veces enconadas y sangrientas, preferían á cualquiera de los sectarios cristianos en sus sendas derrotas, la dominacion de los creyentes musulmanes. De suerte que, embargados por la consideracion del mal gravísimo de la intolerancia, pusieron los diplomáticos europeos por premio al reconocimiento de la respectiva independencia en las naciones recién emancipadas la consagracion en todas y en cada una de sus Constituciones nacionales del principio moderno por excelencia, del principio de la libertad religiosa.

Ninguna lo necesitaba tanto como Rumanía, la más castigada por este azote de la intolerancia, cuyos furores se han cebado con ensañamiento sobre los judíos. Esta raza, que diera á la cultura moderna uno de sus primeros filósofos, Espinosa; uno de sus primeros músicos, Meyerbeer; uno de sus primeros poetas, Heine; uno de sus primeros estadistas, Manin, ha llegado en esa parte del Danubio, gobernada por los rumanos, á opresion apenas remediable por las leyes, á causa de hallarse profundamente arraigadas en las costumbres. Inútilmente, la corte de Alemania, donde los judíos tienen poderosa influencia, tiró á preservarlos de sus desgracias históricas en Rumanía, é influyó sobre el alemán príncipe Carlos; las supersticiones, más poderosas que el más alto poder humano, prevalecieron sobre consejos tan autorizados y advertencias tan amenazadoras. Existen dos clases de judíos en Rumanía, los provinientes de la expulsion de España y los provinientes de las regiones del Norte. Los primeros, que habitan las grandes ciudades, gozan de altísima consideracion; y los segundos, que habitan los campos, arrostran los odios más implacables que ha sufrido jamás ninguna de las razas malditas en toda la redondez de la tierra. ¡Cuántas veces han aparecido apuñalados en gran número por las encrucijadas! ¡Cuántas veces se han visto sus cadáveres flotando en las aguas del Danubio! ¡Cuántas veces el motín popular los ha golpeado, los ha herido, los ha puesto como racimos de horcas colgadas de las rejas, y se ha reido de las contorsiones de su agonía y de los horrores de su muerte! La antigua imputacion hecha por los paganos á los nazarenos de sacrificar un niño para beberse su sangre, y que los nazarenos han repetido de nuevo á los judíos, reproducese en este siglo de la publicidad y de la luz, cual si nos halláramos en plena Edad Media.

Ya se ve; como la ley prohíbe al judío la ciudadanía, y por lo mismo le priva de intervenir en los negocios públicos, reconcentra la actividad incansable en los negocios privados, compitiendo ventajosamente con sus enemigos y émulos. Luego, como la adquisicion de la propiedad tambien se les halla prohibida, dan al comercio, y muchas veces á la usura, la atencion y el cuidado que debían dar á la propiedad, y ganan en valores muebles las ventajas vedadas á su actividad en los valores inmuebles.

Posaderos, taberneros, usureros, á cambio de su mayor riqueza, tienen el odio implacable, inextinguible, eterno de los pueblos incapaces de perdonarles, no ya su religion, su fortuna. Y, á pesar de estas persecuciones y de estos odios, componen los judíos la quinta parte de la poblacion de Moldavia. Por manera que el combate entre ellos y los rumanos, toma el aspecto de una guerra civil eterna; y no debe maravillarnos que haya conmovido á la diplomacia europea hasta el punto de obligarla á concluir por medio de una solucion amplísima, por medio de la libertad religiosa. Mas la diplomacia entera, con todo su poder, no puede superar las supersticiones de un pueblo, arraigadas allá en las profundidades de la conciencia. El partido que hoy manda en Rumanía, el partido cuyo jefe nominal es Bratiano y cuyo jefe efectivo es Rossetti, ese partido pertenece al radicalismo europeo. Rossetti, amigo íntimo de Anchelet y de Guinet, emigrado un dia en Francia, admite la monarquía, porque en pueblo tan sometido á la diplomacia como su pueblo la monarquía es una imposicion incontrastable, pero á nadie oculta sus preferencias por la república y sus relaciones con los primeros republicanos de Europa. En pocos hombres públicos he visto tan unida como en él á cierta solemnidad y grandeza orientales, la finura exquisita y el ingenio flexible de los italianos y de los griegos. Su pensamiento tiene la misma profundidad que su mirada; y es un pensamiento liberal, muy liberal, democrático, muy democrático. Y, á pesar de esto, no se ha atrevido á presentar una ley, como la aconsejaba la justicia humana y la pedia la Europa entera, una emancipacion pura y simple de los judíos. Ha puesto restricciones á esta obra, ha concedido la ciudadanía solamente al soldado, al escritor, al artista, al que en algo se eleve sobre los demás y de alguna manera sirva á la patria. Esta solucion, como todas las soluciones medias, ha disgustado á los rumanos y no ha complacido á los diplomáticos. El ministerio radical, en vista de tamaño fracaso ha presentado su dimision, poniendo en grave aprieto al príncipe Carlos, que no po-

dria nombrar un ministerio conservador por ofrecerle esta singularidad, el indisponerlo más con las grandes potencias dando menores satisfacciones aun á la aspiración de los judíos. ¡Pobre Rumania! Se adelantó á una alianza con Rusia para ganar grandes territorios y perdió la Besarabia; se constituyó en nación autónoma é independiente y ha tenido que dejar á las potencias europeas mezclarse con soberana autoridad en sus interiores asuntos. ¡Pobre Rumania!

No ménos extraña es la crisis que atraviesa Italia. El partido radical manda hace tres ó cuatro años, y en estos tres ó cuatro años ha producido cuatro ó cinco Ministerios. Y no proviene este cambiar continuo en los gobiernos del exceso de idealismo en los radicales, sino del exceso de division entre sus hombres y del exceso de fraccionamiento en sus huestes. Los radicales se muestran prácticos en el gobernar; mesurados en el decir; poco amigos de esos vastísimos horizontes políticos en los cuales suelen cegarse los entendimientos por el exceso mismo de la luz; precavidos en las reformas, graduados en el movimiento, atentísimos á la realidad, transigentes con las dificultades puestas al ideal por los prácticos políticos, muy políticos; pero divididos en tantas fracciones que no llegarán jamás á constituir un duradero gobierno. Crespi sucumbió á los dobles golpes de sus temeridades en los discursos y de su irreconciliable enemiga con otras fracciones del partido radical. Mancini llevó demasiado lejos su guerra á la Iglesia, contradiciendo la primera y más política entre las virtudes de su raza: la prudencia. Depretis y Cairoli no pactaron nunca, como se lo pedían sus ideas y sus intereses, las necesarias inteligencias para constituir un Ministerio durable, por lo ménos, como los Ministerios conservadores. Nicotera, en este mismo instante, ha verificado una evolución peligrosa, á la cual le llamaban las exajeraciones del principio de autoridad á que en su Gobierno se entregó con demasiada violencia; ha verificado una evolución hácia los conservadores. De suerte que el partido radical se encuentra en una espantosa desorganización, hasta el extremo de aliarse con sus enemigos naturales toda fracción disidente para vencer y derribar á sus naturales enemigos. Ultimamente, el ministerio Depretis había presentado la supresión del más odioso de los impuestos conocidos en Italia, del impuesto sobre la molienda. Aprobóla el Congreso de diputados, mientras la Cámara de los Pares la desechó, por creer que esas supresiones dañan á la totalidad del presupuesto. Moralmente, el Ministerio tenía razón plena contra la Cámara alta, porque el tributo de la molienda es un tributo odioso. El Congreso tiene más razón todavía contra el Senado; porque las Cámaras de origen popular gozan y deben gozar más que las Cámaras de origen aristocrático y monárquico jurisdicción y competencia propias en los asuntos económicos. Y sin embargo, el partido ó la fracción de partido que Cairoli representa, se ha puesto de parte de la alta Cámara contra el Gobierno Depretis, y ha determinado un nuevo cambio funesto á la unidad, á la integridad, á la permanencia en el poder de los radicales. Y esta victoria sobre Depretis no hubiera podido obtenerla Cairoli, sino aliándose con sus enemigos los conservadores.

Y repetidas estas alianzas á la austriaca, tendremos tal movilidad de poder mientras manden los avanzados, que no habrá ni podrá haber jamás un Gobierno duradero como no se enmienden y corrijan los que deben por su propio carácter progresar ó detener la celeridad del movimiento con la compensación necesaria de grandes principios de Gobierno. Quiera el cielo que sea duradero el ministerio Cairoli, para curar las hondas heridas abiertas á los partidos radicales por sus inexplicables divisiones.

No está Alemania en pacífica beatitud, como pudiera creerse y esperarse, atendiendo á la fuerza de sus poderes públicos y al prestigio de sus ejércitos victoriosos. Resuelto su predominio continental en Europa, no se halla resuelta su organización interior y permanente. El estadista que la gobierna y la dirige, absorbe en contemplar la obra de la unidad, para nada se cura de aquello que la completa y fortalece, del principio de libertad y de derecho. Las ideas más puras, las que han concebido los filósofos con mayor esfuerzo y han amado los pueblos con mayor anhelo, fines supremos de toda una civilización, principios vitales de cien generaciones, tórnense en manos de Bismark meros instrumentos de dominación, meros útiles mecánicos puestos al servicio de su obra por excelencia, de su grande Alemania. Si á éste le conviene que la tribuna calle, callará; que el Parlamento huelgue, holgará; que la libertad perezca, perecerá; que el clero sufra, sufrirá; que el Pontífice excomulgue, excomulgará; que la revolución fulgure, fulgurará; en fin, sucederá cuanto se quiera de más retrógrado y de más avanzado, de más democrático y de más ultramontano, de más socialista y de más feudal, si á los fines de robustecer la Alemania una, y colocar sobre su unidad la Prusia, si á estos fines supremos conviniera.

El canciller fué quien guardó la idea más revolucionaria del mundo, la idea de los doctores republicanos de San Pablo de Francfort, en las formas del absolutismo histórico y bajo el casco de un rey que tomaba su corona del altar y la ponía sobre su cabeza por virtud de su divino derecho. El canciller fué quien movió á Kossuth y á Klapka, quien

trató con Garibaldi y Mazzini, cuando, para herir al Austria en el corazón, tramaba la independencia de Hungría en su Gabinete. El canciller apoyó á los liberales-nacionales, á los progresistas más avanzados, á los mismos republicanos, en los días revolucionarios, en los días creadores, en los días genesiacos de la formación del nuevo imperio. Mas ahora todo se ha cambiado, ahora cree que si para crear no hay cosa como la revolución, para conservar no hay cosa como las reacciones. Su primera muestra de esta convicción, que ha vuelto de arriba á abajo la política y ha trastornado desde la cima hasta el cimiento la obra germánica, su primera muestra se halla en la ley contra los socialistas, atentatoria así á la libertad de la prensa como á la libertad de la tribuna. La segunda muestra se halla en ese empeño de suspender el Código referente al clero, y de pactar á toda costa con Roma. La tercera muestra es su política económica, cuyos principios y cuyos medios cree que podrán darle recursos suficientes á mantener y nutrir la vasta obra de la unidad germánica. Estas ideas cambiantes, sometidas por el empuje de una voluntad enérgica, han corrido, pero á todo correr, desde la extrema derecha á la extrema izquierda de la política germánica. Ayer trataban con los hombres de la revolución, con los teóricos del derecho humano, con los fundadores idealistas de la gran patria germánica, y hoy tratan con los hombres del centro, con los teóricos del derecho divino, con los amigos de un imperio semejante á vasta cárcel sobre cuyas bóvedas se levanta como sobre sus bases incommovibles la ciega intolerancia de las dos Iglesias ortodoxas, la evangélica y la católica. Nada más curioso que un discurso de Bismark sobre estos cambios suyos, sobre estas encrucijadas de Damasco, donde á cada paso encuentra una revelación para justificar una apostasía. Ningun escrúpulo humano le detendrá, persuadido como se halla de que, llegados los hombres á ciertas alturas, la pequeñez de los detalles se pierde y se borra en la magnitud de los conjuntos. Con la mayor candidez del mundo confiesa que no sabe una palabra de Economía política, y que si necesita valerse de esta ciencia, recurre por un aforismo ó por un principio, al magin de su ministro de Hacienda, como pudiera recurrir por una espada á la panoplia de una armería ó por un libro á los estantes de una biblioteca. Así es que, en otro tiempo, pensaba á lo libre-cambista, porque su ministro de Hacienda le soplabá al oído en guisa de Espíritu Santo, cómo y de qué suerte debía pensar.

Ahora quiere pensar á lo proteccionista, quiere incomunicar Alemania, quiere favorecer la industria nacional y cambia de ministro como pudiera cambiar de libro, y lee en el nuevo con igual decisión que leía en el antiguo, y convierte en obras y en acción sus aforismos y sus apotegmas para mayor gloria y grandeza de la Alemania redimida y regenerada. Y se levanta en la Cámara como en su casa, y habla con los diputados como con sus domésticos, y en vez de captarse su benevolencia cual suelen todos los oradores, les riñe y les denuesta, pero se burla con gracia de sus ideas que toma por supersticiones; ora increpa su consecuencia que toma por tenacidad; ora les amenaza con la propia retirada, que juzga en su modestia la mayor de las amenazas y el mayor de los peligros. Los diversos partidos murmuran de él con implacable saña, pero le siguen con canina fidelidad. El príncipe de Bismark, me decía hace poco tiempo un alemán, es el primer ministro de Negocios Extranjeros que ha conocido Europa en muchos siglos; pero es el peor ministro de Negocios interiores que ha tenido Alemania. Él moverá á Francia á la perdición, paralizará á Rusia en la neutralidad, comprometerá á Austria en aventuras desastrosas, encenderá ó apagará á su antojo la cuestión de Oriente, indispondrá ó conciliará las familias del imperio austro-húngaro, hará cuanto le pida el gusto en todas las naciones; pero se estrellará como el último de los aprendices ó de los neófitos en el primer asunto nacional que le salga al paso y que le turbe el sueño de una noche ó le detenga la digestión de una comida. En tal aprieto le abandonará su sangre fría, su calma habitual, su mirada serena; y como le abandonará todo esto, es decir, todo el conjunto de medios con cuyo auxilio domina las situaciones exteriores más difíciles, encontrará el primer obstáculo á su acción espedita y á sus resoluciones prontas en su propio natural y en su constante desasosiego. ¡Qué proporciones no ha tomado en su mente ese socialismo alemán, el cual, ni por sus ideas, ni por su acción, ni por sus hombres, después de muerto Lasalle, importaba y valía lo que vale ó importa el socialismo francés! ¡Cuán fácil creyó con leyes más ó ménos artificiales, con fuerzas más ó ménos vivas, con el auxilio del Estado, con el instrumento del poder y de la autoridad, erguirse contra Roma con soberbia y fundar frente á frente de su Iglesia otra Iglesia compuesta de los católicos viejos salidos del regazo eclesiástico á consecuencia del Concilio Vaticano y de la infalibilidad de los Papas! ¡Cuán fácil creyó entrar en los Seminarios como en sus casas, nombrar los curas como se nombran los empleados, oponerse á una excomunión episcopal como si fuera cualquier artículo de periódico ó cualquier discurso del *Reis-tach!* Nos anexiónó la Alsacia y la Lorena, sin pensar en las dificultades económicas que podía suscitar con su floreciente industria, y nos indisputo con la Iglesia romana, sin pensar en las dificultades

políticas que podría traernos su inmensa autoridad, y ahora recurre con voluntad é inteligencia igualmente arbitrarias, al catolicismo y á la protección. Sobre poco más ó ménos decía esto un alemán, y sobre poco más ó ménos piensan lo mismo casi todos los liberales de su tierra. Europa cree que ese estadista, tan grande, cuyo pensamiento ha abrasado por sus cuatro extremos la vieja política del Norte; que ese sublime revolucionario, cuya voluntad ha destruido el imperio de Austria y el imperio de Francia, y ha arrebatado su corona temporal á los Papas y ha hecho la Italia una y la Hungría independiente; que ese coloso, cuya medida exacta sólo tendrá la verdadera historia, se detiene ante cualquier piedrecita germánica por misteriosas compensaciones de la Naturaleza.

EMILIO CASTELAR.

LOS EMPLEADOS DE CÁRCELES Y PRESIDIOS.

Escasa influencia y muy reducidos efectos han producido hasta el día las advertencias constantes de la prensa política y profesional, y los justos lamentos del, por desgracia, corto número de escritores que cultivan entre nosotros la ciencia penitenciaria, para conseguir alguna reforma útil en el ramo de empleados de cárceles y presidios, que corren á cargo de la pública administración. No conozco, entre los poquísimos escritores que tratan la materia, uno tan sólo que no haya denunciado, hasta con vehemencia, el mal, y deje de clamar por la urgencia del remedio. Sin duda que otro tanto acontece en la mayoría, si no en todas las esferas de nuestro régimen administrativo, por donde se muestra con harta evidencia que el daño es general y de causas generales también ha de proceder. Así nos parece, pero no por ello es empeño temerario el señalar en cada uno de los casos, motivos peculiares determinantes del mal, y en el presente saltan á la vista dos de ellos que por modo muy directo y positivo influyen.

Es el uno, el erróneo concepto acerca del delito y la pena que informa nuestra legislación criminal, trasciende al común sentir de las gentes y lleva su pernicioso influjo á la ejecución de la pena, que es obra jurídica y social conjuntamente, tan propia de las peculiares funciones del Estado, como necesitada del concurso directo de la sociedad.

De otra parte, experiencias personales, si bien de corta duración; observaciones continuas de hechos sin cesar repetidos; datos, por último, acumulados con escrupulosa exactitud, me permiten afirmar, que la causa visible é inmediata de esa indiferencia con que se han recibido las quejas y reclamaciones de la opinión, reside en el sinnúmero de plazas á proveer de tan distintas condiciones, sueldos y categorías, que así permiten servir al cacique de miserable aldea, manejo de una docena de votos, como satisfacen mayores apetitos del encopetado representante del país, para cuya espontánea y libre elección es el presupuesto resorte de gran potencia.

Ni ha dejado de obrar con ménos intensidad esta misma causa en la increíble persistencia que mantiene fuera de su centro natural y propio, el ramo de cárceles y presidios, bajo la dependencia del centro ministerial más político, el cual por su índole peculiar ha de posponer en todo caso los postulados de la justicia á motivos de conveniencia, y mejor dicho, á estímulos arbitrarios y contingentes de utilidad.

Es cosa tan llana mantener y arraigar un abuso elevándolo á la categoría de institución permanente, que todavía en 1877 era dudoso para la Dirección de establecimientos penales, si deberían cambiarse las denominaciones usuales á los empleados de presidios, si convendría abolir su organización semi-militar, si era ya oportuno que comenzasen á ejercer su misión de magisterio y sacerdocio.

Menester ha sido para sacudir tanta soñolencia, que los escalos y evasiones se multiplicasen de un modo tan alarmante que solo es hacedero explicarlos por la más punible negligencia, cuando no la patente complicidad de los guardadores; que los delitos de todo linaje fraguados en los mismos establecimientos penales, vengan á justificar el dictado que llevan de *escuelas normales del crimen*; que los abusos en el régimen interior y las complacencias retribuidas para con los mayores criminales, hagan palidecer la célebre relación de la cárcel de Sevilla que en el siglo xvi escribiera Cristóbal de Chaves; que el número de cohechos en un establecimiento y durante un solo año se eleven á algunos cientos, con otra infinidad de siniestras revelaciones, para que la Administración comience á comprender, que no tanto los fuertes muros, los resistentes cerrojos y las pesadas cadenas sirven á mantener la seguridad y el orden de los presidios y cárceles, y con ellos el público sosiego, como la vigilancia solícita y continua de los empleados y su acción directamente eficaz y moralizadora sobre el ánimo de los reclusos.

Incompleto, tímido y un tanto suspicaz nos parece el decreto de 12 del actual, que da comienzo á la reforma; pero es tal la necesidad sentida, que el conato más insignificante despierta nuestra esperanza é inclina nuestro juicio á la benevolencia, y, en cuanto ser puede, á la alabanza. Nuestras observaciones, por lo mismo, tendrán, más que sabor crítico, el sentido de razonables estímulos á conti-

nuar la obra comenzada en aquello que el decreto omite y á nosotros nos parece lo más esencial. Nos referimos á los llamados capataces, guardas ó guardianes, segun la moderna tecnología penitenciaria.

No desconocemos, en verdad, la importancia de los cargos superiores, del director, sobre todo, de un Establecimiento penal. Pero tenemos por indudable que será más fácil á una administracion imparcial, celosa y diligente organizar un personal superior de prisiones que, por su cultura y dotes morales, responda á la delicada mision que ha de desempeñar, si juega poco la política en ello, que formar aquel otro más numeroso, cuyos servicios, por más penosos materialmente y por menos retribuidos tambien, han de prestarlos individuos cuya cultura es escasa, cuyo carácter moral no ha tenido ocasion frecuente de manifestarse. Sin que se olvide además, que lenta como ha de ser la reforma penitenciaria, imposible como es introducir la influencia personal del director y de los empleados superiores sobre todos y cada uno de los penados, y por mucho tiempo tambien será más directa, más eficaz la de los funcionarios subalternos, más en contacto con aquellos. Tendremos quizá excelentes directores, buenos inspectores y celadores; pero si el Cuerpo de capataces es reclutado como hasta aquí entre aquellos que se señalan por sus dotes físicas, por su valor personal, sin cuidado alguno de su carácter y condiciones morales, sin prueba tampoco de su estado de cultura, los mejores deseos se verán frustrados, y los esfuerzos más enérgicos serán estériles de todo punto.

I

No es, por cierto, cuestion resuelta mediante acuerdo general de la ciencia y la experiencia, la del procedimiento adecuado para organizar un cuerpo de guardas de prisiones, que responda debidamente á las exigencias del sistema penitenciario.

Sustituidos los antiguos procedimientos de fuerza y violacion con los medios de disciplina y correccion; el abandono inhumano y corruptor que sepultaba en hediondos locales infinidad de penados dejándolos entregados al imperio de repugnantes vicios, con el cuidado individual sobre cada uno de ellos para alcanzar su regeneracion moral, convienen todos en que la mision del funcionario encargado de la custodia de los reclusos, de la direccion y régimen de los establecimientos penales, es un magisterio para cuyo ejercicio y saludables resultados se requieren muy especiales aptitudes de cultura, de experiencia y de carácter, que no se improvisan, ni se logran tampoco sin educada preparacion.

Hasta aquí el parecer unánime: las diferencias comienzan cuando se trata del procedimiento utilizable para formar empleados que respondan á esas condiciones, si por medio de escuelas especiales donde adquieran los conocimientos necesarios, si sujetándolos á ciertas experiencias por tiempo determinado en los mismos establecimientos penales, hasta que prácticamente se pongan en aptitud de cumplir su especial cometido.

La cuestion fué tratada en el Congreso de Stokolmo de 1878 y dilucidada con abundante copia de datos y razones que permiten formar juicio aproximado sobre las ventajas é inconvenientes de cada uno de los sistemas propuestos.

Mantenedor entusiasta de la *Escuela normal* de guardianes fué Beltrani Scalia, inspector general de prisiones de Italia, que reclama para su país, si no el mérito de la iniciativa, el haber dado al pensamiento satisfactoria aplicacion. En efecto, con gran imparcialidad recuerda las propuestas de Wagnitz en 1791; los ensayos de Lütgen continuados por Hoyns en la penitenciaría de Luneburgo desde 1859; la creacion de escuela de guardias en el establecimiento de Lovayna en 1867; la fundada, pero que todavía no funciona en Längholmen, cerca de Stokolmo; las conferencias especiales del Dr. Guillaume en Neufchatel; los votos y propuestas más ó menos terminantes de los Congresos de Londres (1872), Zurich y Berlin (1874), Stuttgart y New-Port (1877).

No es de este momento detallar los pormenores relativos á la creacion de la Escuela, ni precisar tampoco en cifras sus resultados: basta notar que de ochenta y tres directores de prisiones consultados relativamente á las condiciones y servicios de los guardias educados en aquella, setenta y seis se pronuncian en sentido favorable, y siete le son adversos; en cuanto al celo desplegado en el servicio (copiamos á Beltrani Scalia), la obediencia á los superiores, la dulzura para con los detenidos, convienen los dos tercios de los informes en que los guardias de la Escuela sobrepujan á las demás: no sucede lo mismo respecto á la paciencia y severidad con los detenidos, la facilidad para denunciarlos ó mantenerse indulgentes, acerca de cuyos puntos el acuerdo no es ya tan unánime, y todavía lo es menos al apreciar la sagacidad respectiva en descubrir los defectos y los malos propósitos de los detenidos.

Estos informes, cuya importancia no puede desconocerse, motivan, acaso, las conclusiones de Beltrani Scalia, que en parte tienden á modificar el pensamiento primitivo, pero sin destruirlo, por cuanto termina proponiendo dos maneras de preparacion: general y teórica la una en la Escuela central dependiente de la Direccion general; prác-

tica y experimental la otra en Escuelas locales situadas en los mismos Establecimientos penales.

No prevaleció en todo su rigor esta especie de transaccion que envuelven las conclusiones de Beltrani Scalia. La mayor parte de los informantes, d'Alinge, director de la penitenciaría de Zwitkau, Hansen, director del establecimiento de Vridsloselille, y doña Concepcion Arenal, confían más en los resultados de la experiencia y de la práctica; Chicherio, director del penal de Lugano, acepta como muy útil la escuela, pero encuentra grandes dificultades para su creacion y desarrollo. De los asistentes al Congreso que se interesaron en el debate, tan sólo Grot de Rusia y Milligan de Pensilvania convienen con Beltrani Scalia: Michon de Francia no sustenta opinion decidida, si bien recomienda y considera indispensable la instruccion teórico-práctica de los guardias; Berden de Bélgica, que reputa á los guardias como agentes de disciplina no de moralizacion, estima preferibles las cualidades personales á la instruccion detenida; Wines de New-York, invocando la autoridad del fundador de Mettray, les atribuye accion moralizadora y requiere, por lo tanto, instruccion teórico-práctica; Tauffer de Croacia, Petersen de Alemania, Mouat Layton-Lowndes y Tallack de Inglaterra, encuentran preferibles las lecciones de la experiencia y de la práctica en los mismos establecimientos penales.

En definitiva, el Congreso adoptó un temperamento vago respecto á la cuestion concreta de la creacion de escuelas, declarando lo siguiente: «Interesa que los guardias, antes de su admision definitiva, reciban enseñanza teórico-práctica. Las condiciones necesarias de una buena eleccion son principalmente la asignacion de sueldos que estimulen é interesen á los sugetos capaces, dándoles al propio tiempo garantías de estabilidad en su situacion.»

Pero es indispensable penetrar algo más en el fondo del asunto para deducir aquellas consecuencias que pueden aplicarse á España sin vacilacion alguna.

Si consideramos la situacion presente de nuestras cárceles y presidios, todos ellos de régimen comun en su estado más rudimentario, parece evidente que la distincion establecida por Berden, de oficio moralizador y oficio de disciplina, surte todos sus efectos; y en este sentido, como nuestras prisiones no persiguen fin alguno de correccion y de mejoramiento del penado, sino el resultado negativo de impedir nuevos crímenes mientras aquel permanece en reclusion, será preciso y hasta más necesario reorganizar el personal, principalmente bajo el punto de vista de la disciplina, ya que la experiencia acredita cuán relajados están sus vínculos, y cómo el cuerpo de empleados inferiores, por una fatalidad irresistible, como que se identifica con el modo de ser de los penados mismos, sinó para seguirlos fielmente en sus extravíos y crímenes, para dispensarles favores y tolerancias cuyos tristes resultados son nuevos delitos, corrupcion constante dentro del presidio y peligro cierto de más graves reincidencias una vez extinguida la pena.

Pues para lograr este fin, esencialmente disciplinar, que la necesidad nos obliga á preferir, por ahora, siempre será escuela más adecuada el mismo establecimiento, y la práctica dará más positivos resultados, siempre que discretos reglamentos se apliquen con saludable rigor á los funcionarios y toda clase de infracciones, aun las más leves, se castiguen con energía, al propio tiempo que un sistema de recompensas bien ordenado ofrezca estímulos constantes al cumplimiento de obligaciones de suyo penosas, con la seguridad, además, de la permanencia en el puesto si se observa buena conducta.

Pensar que la accion de los guardias ejercerá accion moralizadora inmediata en el régimen de comunidad practicado á nuestra usanza, es cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la evidencia. Aun en los sistemas mixtos y en el progresivo ó irlandés, es para mí muy dudoso y problemático su influjo en el sentido dicho.

Al significar mi preferencia al oficio y carácter disciplinar, por las razones apuntadas y con las reservas que son consiguientes, no quiero decir que toda cultura del capataz ó guardian se proscriba, sino que ésta ha de ser por ley de necesidad, de menor intensidad y grado que la exigible para el oficio moralizador, que es más propio y peculiar del régimen de separacion. Además de la enseñanza elemental que es predicado comun de todos los casos, siempre será necesario que el capataz conozca perfectamente los reglamentos y tenga nociones de deontología y de higiene, las cuales puede adquirir en el mismo establecimiento mediante conferencias ó ejercicios que correrán á cargo respectivamente del director, del capellan y del médico.

Este procedimiento es deficiente sin duda alguna, pero si para alcanzar la perfeccion apetecible luchamos con la escasez de recursos que no permiten al Tesoro público subvenir á los considerables gastos que trae consigo una regular organizacion del sistema penitenciario; si aun vencido este capital inconveniente, la construccion de los edificios que se requieren, será obra de muchos años, quizá de algunas generaciones; si todavía pudiéramos admitir la lisonjera hipótesis de tener cárceles y presidios celulares en corto espacio de tiempo, siempre consideraríamos peligroso entregar á manos poco diestras instrumentos tan deli-

cados como estos, que requieren un grado de cultura moral é intelectual, al cual no se llega sin penalidades y fatigas.

Si las señales no engañan, parece que poco á poco entramos en el buen sistema. No serán ciertamente estériles ni el trabajo ni el tiempo que se inviertan en formar numeroso personal que por su carácter probado, por su moralidad acreditada, por su espíritu de disciplina inquebrantable, tendrá útil preparacion para el nuevo oficio que abrazará con entusiasmo y con fé, si observa que sus aptitudes y servicios son remunerados y apreciados.

Sin perjuicio de atender á esta obra principal, sería fácil, por todo extremo, establecer una ó más escuelas en varios Establecimientos, á los que podrían concurrir los guardias ó capataces en servicio, y los aspirantes, que recibirían la enseñanza y preparacion convenientes para el momento en que hubieran de ejercer sus funciones en las cárceles y prisiones celulares á medida que se fueran construyendo. Para los unos sería la esperanza de un oficio; para los otros la seguridad de un ascenso como premio á su constancia y aplicacion; para el Estado la certeza del éxito; para la sociedad la confianza en la virtud de la justicia que castiga y corrige, que repara el daño y rehabilita al dañado.

Este medio, practicable aun dentro de las malas condiciones de nuestra situacion presente y de la penuria del Tesoro, no es rigurosamente nuevo entre nosotros. Un ensayo parecido, aunque en menor escala, se idó en 1846, pero, como tantos otros, yace en el olvido, si es que llegó á ponerse en práctica alguna vez. La circular de 14 de Julio establece depósitos de capataces supernumerarios, nombrados por el comandante del presidio mismo en que funcionan, con el fin de formar buenos capataces de brigada, conocer de antemano sus disposiciones para el encargo que se les confiera, y facilitarles los oportunos conocimientos del régimen y disciplina interior de los presidios. Sin duda, esta disposicion, acertada en sus tendencias, llegó á ser irrealizable porque imponía una obligacion, sujeta á un aprendizaje y encomendaba un servicio cuya retribucion se reducía tan sólo á la esperanza muy problemática de cubrir plazas de capataces efectivos, siendo por demás sabido que en España estas ó parecidas expectativas de destino son siempre ilusorias.

Sin que yo rechace, ni mucho menos, la creacion de las escuelas, entiendo que las respuestas de la seccion tercera de la Junta de reforma penitenciaria al contestar las preguntas 233 y 231 del interrogatorio de la direccion general, proponiendo la creacion de escuelas normales, de las cuales saldrán los funcionarios de cárceles y presidios formando carrera en que sean inamovibles, pero responsables, son hoy por hoy meras esperanzas cuya realizacion podrá conseguirse mediante transacciones prudentes que en el fondo persigan ese ideal.

No espero que estas observaciones al decreto de 12 del actual se reputen estemporáneas, porque la disposicion aludida se contrae tan sólo á los empleados superiores, cuyas denominaciones y cargos se asimilan á los actuales de comandantes, mayores y ayudantes, segun la organizacion imitada de la militar que hoy tienen. Precisamente porque el decreto se limita á los cargos superiores, lo consideramos deficiente é incompleto y hubiéramos deseado que abarcase mayor extension, pues si necesaria es la reforma en cuanto á la plana mayor (así se llama hoy) de los presidios, no lo es menos respecto de aquellos cargos inferiores cuya relacion con los penados es más continúa y directa.

II

Tampoco es extraño el pensamiento de la escuela aplicado á formar empleados de establecimientos penales, cuyos cargos sean superiores á los de capataces ó guardias, y algun miembro del Congreso de Stokolmo avanzó ciertas indicaciones á este propósito; pero sin que fuesen contradichas en realidad, es lo cierto que la reunion hizo caso omiso de ellas, tal vez porque el programa establecido no autorizaba su discusion.

La generalidad con que resaltan concebidas las preguntas 233 y 234 del interrogatorio, dirigido á nuestra Junta de reforma penitenciaria, permiten dudar cuál fuese el pensamiento concreto de la direccion, y claro está que esa misma duda engendran las contestaciones de la seccion.

Sin embargo, la pregunta 235 introduce, en todo caso, una excepcion perfectamente clara al asignar las direcciones de Establecimientos penales á médicos ó á letrados, excepcion que la Junta no se resuelve á admitir y requiere tan sólo la aptitud necesaria en el elegido para el cargo que está llamado á desempeñar.

En este punto el decreto de 12 del actual aleja cualquier duda que pudiera suscitarse. Se propone formar el cuadro de merecimientos y de condiciones que deberán tener los aspirantes, y no establece el requisito de la Escuela, ni confiere á tal ó cual titulo profesional la supremacía sobre otros, ó la preferencia respecto del empleado que no ostente ninguno.

El principio, aplicado á los directores y acaso tambien á los inspectores, nos parece aceptable y conveniente. No lo es tanto relativamente á los celadores, que vienen á ocupar el puesto de los antiguos furrieles, los cuales deberian someterse á

las mismas pruebas y á idéntica preparacion que los capataces, aunque los conocimientos fuesen más extensos y la práctica, en todo caso, de más duracion.

Decia Petersen en el Congreso de Stockolmo: todo empleado de prisiones debe conocer el precio que tiene una alma humana. ¿Cuál debería ser entonces la conviccion de un director ó de un inspector de prisiones? Quien haya ojeado siquiera algunos de los infinitos y excelentes trabajos de directores de penitenciarías y cárceles, pronto se apercebe de las difíciles funciones que desempeñan, de las señaladas dotes intelectuales y morales de que han de dar cotidiana muestra. Profundo sentido moral, entereza de carácter á la par que dulzura de sentimientos, observacion atenta y perspicaz, conocimientos de derecho, de higiene, de economía: de todos estos y de otros muchos auxilios han menester, porque no es obra de simple instruccion la que corre á su cargo, sino asunto de educacion, tanto más difícil y penosa, cuanto que han de luchar con la pertinacia de adultos curtidos en el vicio, no con la flexibilidad expansiva é impresionable de niños ó jóvenes. Si no se pretende reducir el cometido de estos empleados á obra rutinaria y mecánica en cuyo caso fuera preferible la regla de disciplina militar y el cumplimiento ciego y automático de reglamentos y ordenanzas; si los empleados de prisiones han de ser medios continuos de una accion regeneradora sobre conciencias perturbadas y voluntades enfermas, auxiliándolas con el consejo, aquietándolas mediante reflexiones, interesándolas por el trabajo y estimulándolas con la perspectiva halagüeña y la consoladora esperanza de una vida tranquila y honesta, fuerza será convenir en que deben reunir un conjunto de dotes muy especiales y un conjunto de conocimientos muy variado, que les permitan cumplir provechosamente su mision, que es en sí un verdadero apostolado.

Bueno será que este vacío inmenso del decreto se apresure á llenarlo la Junta de reforma á quien se somete el exámen de los aspirantes y la designacion de aquellos conocimientos teóricos y prácticos que considere indispensables para el acertado desempeño de los cargos.

VICENTE ROMERO Y GIRÓN.

ESPAÑA Y AMÉRICA.

No registran los anales pátrios una guerra tan asolador exterminio, ni tan tenazmente sostenida como la de Cuba. ¡Diez años de diarios sacrificios, de proezas en ambos ejércitos, como de sangre igualmente española! ¡diez años en que la discordia ha devorado, con una generacion de valientes, mares de sangre y raudales de oro! ¡diez años de heroísmo y de ruinas, de terror y matanza, sin que un momento haya vacilado uno solo de los gobiernos que se han sucedido en la vertiginosa época de las transformaciones y de los ensayos!

Todos los partidos han desfilado por las esferas del poder durante esa década, los principios más contradictorios han dictado leyes al país: pero todos los gobernantes rivalizaron en patriótico ardimiento; sacrificaron los unos su sosiego y su permanencia en el poder, los otros echaron á la honda sima su popularidad, y cuando fué preciso, ante la magnitud del riesgo, el culto á las ideas fué puesto á las perentorias exigencias de la tremenda lucha con un enemigo invisible y con un clima mil veces más mortífero que el hierro y el fuego.

Al llegar el momento feliz de la reconciliacion y de la paz, recapitulando la aterradora estadística del tributo de sangre y de dinero, podia un consejero de la Corona afirmar que aquella guerra no habia costado más hombres y más millones que la unidad del imperio á la Alemania, que la reconstitucion de su nacionalidad á Italia y la redencion de los cristianos de Oriente al imperio de los Czares. La conservacion de sólo la isla de Cuba ha sido más cara á la madre patria que todas las prodigiosas epopeyas de los descubrimientos y de las conquistas.

Terminada la guerra, salvada la honra de las armas, no hay español que no anhele dotar de libertades y derechos á la hermosa Antilla, demostrando que no aspiraban nuestros bravos á implantar dominacion ominosa, sino á la fraternidad y á la union patria. Al dejar las armas parricidas, han encontrado abiertos nuestros brazos. Ni la más leve sombra de idea explotadora ha guiado á España á esa guerra titánica y sangrienta, y, sin embargo de que nunca la ventaja del triunfo pudo estar, ni remotamente, en relacion con la inmensidad del esfuerzo, España no se arrepiente de la obra realizada, y cien veces que se hallara en caso análogo, cien veces excedería sus propios medios, pudiendo tal vez arrebatarse el destino la fuerza prepotente de su brazo, pero nunca el ánimo indomable, ni el fuego y la energia del corazon.

Y es que en Cuba la cuestion material es lo de menos para España. Si la codicia entrara en lo más mínimo en el sentimiento del país, proposiciones de grande lucro, hechas y reiteradas en distintas épocas, no habrian sido rechazadas, aún más que con altivez, con unánime y desdeñosa indignacion. Cada español veia una parte de su hogar en aquel pedazo de tierra española, último resto de nuestra grandeza americana, y altar glorioso que consagró Colon á la patria, al clavar en su suelo el estandarte de Castilla. Poco representaban los intereses énfrente de nuestro honor, empeñado en no con-

sentir que se desgarrara un giron á nuestra bandera; en no abandonar á nuestros hermanos, que llevaban la lealtad hasta el heroísmo; en no entregar ni á la explotacion extranjera ni á las cruentas aventuras de las demagogias haitianas aquella tierra empapada en sangre española, testigo de tantas hazañas, sepulcro de tantos heroicos hijos de la madre patria.

España, que por su posicion y por su historia es una potencia esencialmente americana, no podia perder sin baldon para su nombre, sin eterno desprestigio para el desarrollo de sus destinos nacionales, aquella isla que conserva en medio de las Américas la tradicion del descubridor y el génio de la raza intrépida, que dando su fé y su ley, parte de su alma y de su vida, unió el mundo de Occidente á la gran familia humana. Si algunos errores modernos, si graves culpas antiguas habian condensado, como en tremenda expiacion, las mortíferas tempestades de la manigua, las hemos redimido con creces ante la historia.

Después de tantos dias de luto, empieza á irradiar para la patria una aurora de paz y de reconciliacion. ¡Singular y afortunada coincidencia! Mientras de una parte los nuevos derechos reconocidos á los nobles hijos de la grande Antilla hacen renacer allí la esperanza y traen á sus representantes al palacio de los legisladores, al mismo tiempo que nuestros hombres de Estado buscan la forma más conveniente para la reforma social, cuyo planteamiento inmediato y enérgico es un compromiso de honor para España y un deber de justicia para la humanidad, las repúblicas del Pacifico tienden la mano generosa al pueblo español, y renovando la antigua amistad, firma hoy el tratado de paz Perú, Bolivia, el Ecuador, y nos prometemos que en plazo no lejano extenderemos por igual con Chile, la bien gobernada, el velo de noble olvido sobre agravios efimeros, para recordar solamente los vínculos de la sangre, de la fe y de la hidalguía congénitas á todas las grandes ramas de la raza española.

Después de la paz vendrá la alianza, el mútuo apoyo, la reciprocidad de servicios, la solidaridad de destinos, que no puede menos de surgir de intereses comunes, de tendencias análogas. La guerra de la Independencia, emprendida por los pueblos hispano-americanos, tuvieron tambien nuestros padres que sostenerla contra el derecho divino, contra la tiranía y la tradicion fanática del despotismo del pasado. Los españoles de América se emanciparon antes del yugo que sobre todos pesaba: recogieron en las Cortes de Cádiz sus procuradores la semilla democrática que habia de informar sus futuras Constituciones, y la llevaron á implantarla en aquella tierra virgen de prodigiosa fecundidad.

Pudo la reaccion ahorrarse la antigua metrópoli y ahogar en sangre la libertad naciente, pero cuando la Santa Alianza daba por muerta la revolucion en Europa, cuando Metternich dormia tranquilo sobre la tumba de la democracia, la democracia, siguiendo la carrera del sol, irradiaba sus fulgores en ambas vertientes de los Andes, en las grandes mesetas de Méjico y en las riberas del Plata y del Amazonas; la democracia y la libertad hacian brotar en el nuevo continente nuevas nacionalidades de nuestra propia raza, con espíritu y sangre española, carne de nuestra carne, segun la expresion bíblica, y hueso de nuestros huesos.

El mar siempre fué mal conductor de la tiranía. Nosotros tardamos más en emanciparnos del yugo absolutista: las guerras civiles marcharon paralelas: aquí luchamos por romper los antiguos moldes y renovar los ideales nacionales: nuestros hijos de América combatieron en la magna y trascendental empresa de constituir sus nacionalidades distintas y sus organismos interiores, gestacion difícil en que España ha vivido en los últimos cincuenta años muchos siglos, y en que las repúblicas hispano-americanas han terminado en tan breve periodo la obra que para los principales países de Europa ha ocupado los tiempos medios y una gran parte de la edad moderna.

Transformado nuestro modo de ser y regenerada la patria por las corrientes del progreso, nuestro pueblo ha vuelto los ojos hácia sus hermanos de América, y respondiendo al sentimiento arraigado en el país, no puede resistir á la poderosa atraccion de la unidad de raza y de carácter que al fin ha de encarnarse en identidad de ideales y de intereses. ¡Cuántas veces al oír el relato de proezas y heroísmos cumplidos en el nuevo continente nos sentimos enorgullecidos, como si se tratara de nuestra propia gloria! ¡Cuántos de los nuestros, al ver la tenaz resistencia del mejicano á la ingerencia del francés, ó al saber la desesperada energia del marino chileno, al volar el buque que no podia salvar, hemos repetido con noble soberbia el verso de la tragedia de Ventura de la Vega:

—¡Sublime indignacion; hijo es de César!

Y en cambio al recibir noticias de turbulencias y parcialidades, de los trastornos que mudan los gobiernos como tramoya, hemos reconocido los errores de nuestro génio y la enfermedad crónica de nuestra familia: diríase á veces que sentimos el remordimiento de sus culpas y el dolor de sus desgracias.

No hace mucho una palabra que parece sobrehumana, el ilustre demócrata, dictador de la tribuna, cuyas oraciones serán el evangelio de la patria y el monumento más glorioso de nuestro siglo para las generaciones venideras, se levantaba en las Cortes, y con la intuicion divina de los reveladores, con las vibraciones de esos santos fanatismos que trasfiguran las conciencias y resuci-

tan con los destellos de la luz purísima del ideal hasta las sociedades muertas al progreso, trazaba los altos destinos señalados por la Providencia á nuestra raza, y cuyo olvido es mil veces peor que el suicidio, porque el suicidio priva sólo de la vida y la abyeccion priva de la honra, y ya Cervantes dijo que un hombre sin honra peor es que un muerto.

No podrá apartarse nunca de la memoria de los que asistieron al Congreso aquel episodio del discurso de nuestro insigne Castelar: el fuego de la inspiracion iba encendiendo su palabra: el amor pátrio palpitaba en cada una de sus frases: entonces, en medio de un silencio religioso y de una atencion profunda, condensó las aspiraciones y los sentimientos del país con el acento con que debieron hablar los profetas de Israel, con el mágico prestigio que rodeaba á los oráculos del pueblo heleno, cuando los dioses les dictaban la política de raza como ley de vida para la civilizacion y el poderío de la Grecia.

«Si América se extremece, decia, si América se desangra, si América se retuerce en el dolor y España no la consuela, ¿quién la consolará? ¡Si estoy por decir que bajo otros Estados, bajo otras formas de gobierno, bajo mil nacionalidades diversas, aquel continente es más España que nuestra misma tierra! Las encendidas nubes del trópico guardan aún la ardiente mirada de Pinzon; las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida anda errante la sombra de Ponce de Leon, que pasará en alas de su fé desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatan ha sido adivinada por un Fernandez de Córdova, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparicion de la Carolina meridional en la escena de la historia á un Vazquez; ese gran rio, esa arteria de los Estados Unidos que lleva sobre sus caudales los productos de los más gigantescostrabajos, el Missisipi, yacera aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer tomarle las tribus salvajes por un Dios, sobre la tierra los nombres sublimes del Dios de los Cielos; el estrecho de Magallanes y el Mar Pacifico han sido surcados por la nave *Santa Victoria* á la sombra de la bandera de España, pues por do quier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo se refleja esta santa imágen de la patria; y España, dicen: los volcanes y los ventisqueros, los aludes de los Andes; España, los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; España, las ondas del Plata y las ondas del Amazonas, porque el génio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, avivó con el calor de su propia vida las naciones del Nuevo Mundo, destinadas á la república y á la democracia y á la libertad hasta la consumacion de la historia.»

Amigos y adversarios, conservadores y demócratas se confundieron en un sólo y ferviente aplauso para adherirse á aquella tendencia: la prensa despertó estimulada por la voz poderosa del génio para desarrollar aquella política: por coincidencia feliz la república peruana revalidaba sus antiguos pactos de amistad con España: Bolivia y el Ecuador la seguian en la senda de la reconciliacion; y en digna respuesta á la invocacion patriótica, contestaban hombres ilustres de América del Sur, dando público testimonio de sus simpatías á la España de la libertad y de la democracia.

Una nueva era puede abrirse para nuestras relaciones con aquellos Estados, si los Gobiernos dedican la preferente atencion que reclaman y buscan con tacto exquisito y generosa iniciativa los puntos en que coinciden los intereses de aquellos países con los nuestros, y despliegan ante las jóvenes repúblicas las ventajas de una política de alianzas.

Así como España, para ocupar el puesto que le corresponde en el mundo, necesita del concurso de sus hijos de América, aquellas naciones, para obtener grande preeminencia en la civilizacion, necesitan de la representacion de España en el viejo mundo.

Si nuestra industria y nuestra marina pueden hallar vastos mercados en aquellas regiones, su comercio y su tráfico deben hallar entre nosotros ventajas superiores, grandes almacenes de depósito y factorías ventajosas.

Respetuosos todos hasta en los escrúpulos más sutiles de la autonomia de cada país, la política interior ha de ser tratada con la benevolencia deferente de pueblos hermanos. A los progresos de la civilizacion y al tiempo quede tal vez el adelanto de que se establezca entre los países de nuestra raza aquella institucion ensayada en Grecia bajo el nombre de «Consejo de los Anfictiones» y que si hubiera subsistido jamás perdiera su hegemonia la patria de los dioses y de las artes.

En el entretanto, el primer paso está dado y ¡plegue al cielo que los frutos correspondan á las esperanzas! De hoy más, cuando en los juicios del Dios de las batallas se encuentren los que siguen las banderas de aquellos pueblos con los que vivimos al amparo de esta vieja enseña de Castilla, podremos repetir como el héroe de la Iliada:

—Eres hijo del huésped de mi padre: ahí tienes guerreros con quien probar tu valor: en cuanto á mí, jamás descargaré sobre tu carro mi lanza arrojada.

ANDRÉS MELLADO.

ELECTRICIDAD Y MAGNETISMO.

RESULTADOS EXPERIMENTALES Y TEORIAS DIVERSAS.

VII

Presentemos aún otro ejemplo.

En el interior de la tierra una gran masa de gases y de líquidos, masa dotada de enorme fuerza expansiva, oprime la corteza terrestre, y cuando al fin la rompe y al través de ella se abre paso, aparece la erupción volcánica.

Pues del mismo modo, el éter encerrado entre el cuerpo sobre cuya superficie se apoya, y la capa aislante de la atmósfera, rompe algunas veces esta última, como la erupción volcánica rompía la corteza terrestre, y como ésta arrastraba lava y ceniza y pedazos de roca, arrastra la erupción etérea pequeñas moléculas de la superficie del cuerpo en violento estado de agitación, de donde resulta la luz de la chispa eléctrica.

Y no es esto una vana hipótesis, sino un hecho real y positivo: el análisis espectral, por el exámen de las rayas que el espectro luminoso de cualquier foco presenta, determina la naturaleza de las sustancias en combustión; de suerte que el físico en su gabinete, recogiendo y estudiando la luz que emana de un astro, conoce y fija las materias que en ese astro, y á millones de leguas, se están quemando: pues bien, este mismo método aplicado á la chispa eléctrica, demuestra, sin que haya ocasión á la menor duda, que en la luz de toda descarga hay trozos pequeñísimos de los cuerpos que constituyen los polos.

El fluido del cuerpo A (figura anterior) arrastra consigo algunos de los átomos superficiales, más con tal violencia, en tan extremo grado de agitación, que al fin transmiten sus vibraciones al éter de la atmósfera y dan origen á la vivísima luz eléctrica.

Hé aquí, en resumen, una nueva serie de hechos y de transformaciones análoga á otras varias que hemos presentado anteriormente.

1.º Se frotan dos cuerpos uno contra otro, es decir, se consume cierta cantidad de trabajo ó de fuerza viva en el rozamiento.

2.º Esta fuerza viva se trasmite (al ménos en parte) á las dos capas exteriores de los cuerpos frotados, ó sea á la materia ponderable de dichas capas superficiales, y al éter interpuesto.

Tenemos ya una primera transformación del trabajo muscular en fuerza viva del éter.

3.º El fluido etéreo, mientras el rozamiento dura, se distribuye desigualmente en ambos cuerpos, abandonando al uno, y acumulándose en el otro.

Puede decirse con verdad que el trabajo primitivo del rozamiento se ha dividido en dos partes: empléase una de ellas en hacer el vacío ó en dilatar el éter del cuerpo electro-negativo (ó que ha de ser electro negativo), y sirve la segunda para condensar el fluido etéreo en el cuerpo electro-positivo. Es como si hubiéramos empleado el trabajo de una máquina de vapor en mover *dos bombas*, una para inyectar el aire en un depósito, otra para extraer aire de la campana neumática; sólo que en nuestro caso no es aire lo que extraemos ó condensamos, sino éter, y que las campanas de los dos aparatos,—el de condensación y el neumático,—son las superficies de los mismos cuerpos frotados.

4.º Se separan al fin los cuerpos sometidos á la experiencia, y la carga del *positivo* es tan grande que se abre paso el éter en la atmósfera, produciendo luz y calor; y el vacío del *negativo* es tal, que hace irrupción el éter atmosférico sobre el cuerpo en forma de chispa, es decir, produciendo luz y calor también.

La fuerza viva del éter se ha convertido, pues, en calor y en luz.

Unamos por el pensamiento esta serie de transformaciones á la serie que, al fin del artículo precedente, presentamos, y tendremos este ejemplo notabilísimo de la circulación dinámica de la materia.

1.º Transformación del calor solar en vibración del éter planetario, engendrando luz: ó sea, transformación del calor en luz.

2.º Transformación de la luz en *reacción química*, en el vegetal.

3.º Transformación del *choque atómico* en calor, en el pulmón de un hombre.

4.º Transformación del calor en *fuerza muscular*.

5.º Transformación de la *fuerza muscular* en rozamiento.

6.º Transformación del rozamiento en *fuerza viva del éter*.

7.º Transformación del éter condensado ó dilatado (electricidad) en luz y calor en la chispa eléctrica.

El movimiento ha sido, pues, sucesivamente calor, luz, *reacción química*, *choque atómico*, calor humano, *fuerza muscular*, rozamiento, *electricidad*, *chispa eléctrica*, luz y calor otra vez; y al circular de este modo por la naturaleza, siempre ha sido idéntico á sí mismo, siempre ha sido *movimiento*, siempre *materia*, siempre *fuerza*, siempre ha estado dentro de una magnífica y admirable *unidad*, tan espléndida en transformaciones, como constante en su inmutable esencia.

VIII

Todo cuerpo electrizado *influye* sobre los cuerpos inmediatos, y los electriza *sin estar en contac-*

to con ellos. A este fenómeno se dá el nombre de *inducción*, ó *electrización por influencia*, y se explicaba en la teoría antigua por atracciones ó repulsiones á distancia; suponíase que el cuerpo electrizado descomponía la electricidad natural de todo el que se hallaba dentro de su esfera de acción, y que atrayendo á la parte más próxima la electricidad de nombre contrario, rechazaba al extremo puesto la del mismo nombre.

El padre Secchi niega la influencia inductiva explicada de este modo, niega las fuerzas abstractas, y las atracciones ó repulsiones sin materia intermedia, y todo aquello, en fin, que es misterioso é incomprensible, porque á su juicio, la *ciencia*,—son sus palabras,—no se forma y se constituye con misterios, sino con hechos claros y tangibles, con verdades sencillas y evidentes.

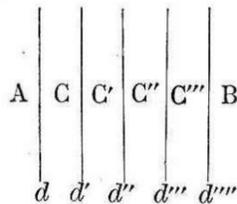
La afinidad química que va del centro de una molécula al de otra; la acción eléctrica que se ejerce á distancia; la pesantez, como la gravitación planetaria, que obra de una masa á otra, sin órgano intermedio que comunique el esfuerzo recíproco; toda influencia material, en una palabra, que, salvando el espacio, va de una manera abstracta é ideal de un centro físico á otro, es cosa incomprensible para el célebre astrónomo romano, que sólo concibe el *contacto inmediato*, y que pretende explicarlo todo por el choque de la materia contra la materia.

La *inercia*, la *impenetrabilidad* y el *movimiento* son las únicas categorías de su filosofía archipositivista.

Donde la acción á distancia se presenta, afirma el padre Secchi que hay algún intermedio que comunica esta acción, y la lleva, y la trasmite, por contactos y choques inmediatos, de uno á otro cuerpo: y así explica la afinidad química por torbellinos etéreos, y la inducción por trasmisión material de las presiones eléctricas, y la atracción solar por las presiones del éter que llena el espacio.

Sin detenernos á juzgar esta teoría, tomemos de ella lo que á nuestro objeto se refiere.

Supongamos, para fijar las ideas, un cuerpo A electrizado positivamente en un medio aislador, el aire por ejemplo, y á cierta distancia del primero, otro cuerpo B.



Si suponemos, para facilitar la explicación, dividido el aire intermedio en una serie de capas C, C', C'', C'''....., es claro que el éter acumulado en el cuerpo A ejercerá contra la capa C una presión tanto mayor cuanto mayor sea su carga eléctrica, determinando, por consiguiente, una desigual repartición del fluido etéreo en dicha capa, es decir, arrojando en parte al éter de la cara *d* y condensándolo en *d'*. Esta primera capa C obrará análogamente sobre la C', y transmitido de este modo el desequilibrio eléctrico hasta el cuerpo B, resultará finalmente una condensación de éter en la cara de este último, que se halla más distante de A, y una disminución en la cara próxima; ó dicho de otro modo, electricidad negativa en la parte que mira al cuerpo electrizado positivamente, y electricidad positiva en la opuesta.

En resumen, el éter de cada capa C, C', C''..... no puede salir de ella, porque el medio es aislador, pero dentro de la misma capa ejecuta pequeñas excursiones suficientes para transmitir á B, por *contactos directos*, las presiones de A.

Podemos asemejar hasta cierto punto las láminas aéreas C, C', C''..... á las fibras de un prisma de madera, ó á una serie de hojas de papel superpuestas, que por *pequeñas flexiones*, y sin transporte de materia, transmiten las presiones á la parte inferior.

Así explica el padre Secchi las atracciones y repulsiones eléctricas; y si bien en esta parte de su obra notamos cierta vaguedad, efecto, á no dudarlo, de no haber podido seguir un método riguroso y matemático en la exposición, se comprende que la idea es fecunda en combinaciones, y que de ella ha podido sacarse gran partido.

Admitida la hipótesis del astrónomo romano, se explican todos los fenómenos de la electricidad estática por condensaciones y expansiones del éter en las superficies de los cuerpos, y por las presiones que resultan: ningún nuevo fluido, ninguna acción á distancia, nada que no sea perfectamente claro é inteligible, hay en la nueva teoría. La materia, el éter, el movimiento, y las leyes generales de la mecánica, son los elementos racionales que ha sabido combinar el padre Secchi, con gran ingenio y extraordinaria habilidad, en la nueva hipótesis que propone.

IX

II. *Electricidad dinámica*.—El nombre que acabamos de escribir indica cuál es la naturaleza de los fenómenos que hemos de estudiar.

No son ya presiones ó contrapresiones; no es el éter, relativamente inmóvil, ó animado de agitación interna que sólo se hace sensible por la presión que ejerce; no son, en suma, fenómenos estáticos, en los que el movimiento aparece accidentalmente; es la *electricidad dinámica*, es decir, el

éter en marcha, la materia de que pasamos á ocuparnos.

Continuemos, pues, exponiendo á nuestra manera la teoría del padre Secchi.

¿Qué sucede cuando en un depósito lleno de agua se abre un orificio?

Nadie lo ignora: que el agua, hallando paso franco sale con más ó ménos velocidad según la carga que determina la salida.

¿Qué sucede, por ejemplo, cuando en el depósito del Campo de Guardias se abre la compuerta de uno de los tubos?

Que la *presión* pasa de potencia á acto, y determina el movimiento del agua á todo lo largo de la cañería.

¿Qué sucede, finalmente, en una fábrica de gas al dejar libre la entrada en el tubo que parte del gasómetro?

Que el *gas*, como el *agua*, corre por la cañería; y como ésta vá á las fuentes, á las bocas de riego, á las tomas particulares, así el gas llega, á impulso de la presión, hasta el mechero mismo.

Es decir, en resumen, que la *presión* del agua y la *presión* del gas se convierten en *movimiento*.

Pues bien, todo cuerpo electrizado *positivamente* es un depósito, no depósito de agua ó de gas, sino de *éter*; sus paredes son el cuerpo mismo y la atmósfera, y poner en comunicación la superficie de dicho cuerpo con la tierra por un hilo de hierro (que es sustancia conductora), vale tanto como abrir, en la pared que cerraba el depósito, un orificio, aplicar á ese orificio la boca de un tubo, y dar media vuelta á la llave: el éter, como el gas y el agua se lanzaban por la cañería y se lanzará por el alambre con extraordinaria velocidad, determinando una *corriente etérea*.

Una explicación análoga podemos dar de la corriente que determina en un conductor todo cuerpo cargado de electricidad negativa.

Cuando en una capacidad cerrada se hace el vacío, y despues se practica una abertura, el aire exterior se precipita para llenarla: cuando á esta abertura se aplica un tubo, por su extremo libre entra el aire, recorre toda la longitud de dicho tubo, y penetra al fin en el depósito: ahora bien, aplicar un alambre á un cuerpo electrizado negativamente, y poner este alambre en contacto con el suelo (depósito infinito de éter), es lo mismo que poner en comunicación con la *atmósfera etérea* (el suelo), un *depósito* de éter dilatado (el cuerpo), por el intermedio de un *tubo* (el alambre). El éter del suelo entra en el alambre, recorre su longitud, llega á la superficie del cuerpo, y restablece el equilibrio eléctrico.

En los dos ejemplos citados la corriente dura brevísimos instantes, y termina al restablecerse la carga normal del cuerpo, pero no deja de ser una verdadera corriente eléctrica.

Imaginemos ahora que son *dos* los cuerpos: uno electrizado *positivamente*, *negativamente* el otro, y que se ponen en comunicación por un hilo conductor. Esto es lo mismo que poner en comunicación un depósito de aire condensado, con otro de aire dilatado por medio de un tubo.

El éter en el primer caso, como el aire en el último, se escapa impetuosamente del depósito en que está en exceso (cuerpo electrizado positivamente), y viene á llenar el segundo (cuerpo electrizado negativamente), corriendo por el alambre.

Estos dos cuerpos,—uno cargado de éter, otro que ha perdido la cantidad que en estado normal le corresponde,—*unidos por un conductor*, constituyen, según la teoría del padre Secchi, la *PILA ELÉCTRICA*; y el éter que de un cuerpo (polo positivo) va al otro (polo negativo), por el alambre, como el aire por el tubo desde el depósito de condensación hasta el neumático, constituye la *CORRIENTE ELÉCTRICA*.

La explicación es natural, es sencilla, y si es cierta, nada deja que desear.

JOSÉ ECHEGARAY.

(Concluirá en el próximo número.)

LA GUERRA DEL PACÍFICO.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

LONDRES 20 de Agosto de 1879.

Muy señor nuestro: Nos consta, y nos complacemos en declararlo, que esa AMÉRICA, que Vd. dirige con tan noble y alto criterio, es la revista española que más leal y sinceramente se preocupa del porvenir y de la fortuna de los pueblos hispano-americanos. ¿Qué interés pueden tener en el honor y en la prosperidad de aquellas naciones, por ejemplo, periódicos que desde lejos huelen á los verdugos de las simas de Eguzquiza ó á las láminas frenéticas de Cuenca? Si alguna vez afectan interés, es para falsificar la opinión, deprimiendo todo lo que se parezca á ciencia, libertad y progreso.

Hé aquí la razón que tenemos para apresurarnos á transmitir á Vd., traducidas, las últimas noticias del Pacífico que acaban de recibirse así como nos proponemos comunicarle con la mayor oportunidad y diligencia las que se reciban en lo sucesivo.

Entre esas noticias que últimamente se han recibido aquí, es interesantísima una correspondencia que acaba de publicar el *Standard* procedente de un corresponsal de ese diario establecido en el mismo teatro de la guerra. (From our special correspondent.)

IQUIQUE, 22 de Mayo de 1879.

Apenas declaró Chile la guerra al Perú y Bolivia, cuando comenzó el bloqueo de este puerto (el más im-

portante para la exportacion del nitrato), presentándose aquí la escuadra chilena, como ya anunció á Vds. por el telégrafo y por el correo á principios de este mes con tan minuciosos pormenores que fuera inútil amplificarlos. Los chilenos bombardearon y destruyeron casi al mismo tiempo, causando grandes perjuicios á la propiedad extranjera, el puerto de Pisagua, por donde tambien se exporta nitrato, y que está situado 37 millas al N. de éste. El buque blindado chileno, *Almirante Cochran* (*Cócren*), bombardeó así mismo á *Mollendo*, (17^o l. S. cerca de Islay), que es el puerto en que termina el ferrocarril de Arequipa (50.000 h.); las pérdidas, sin embargo, no han sido allí considerables. A consecuencia de todo esto, ha cesado el embarque del guano, procedente de los depósitos de Huanillos y de Pabellon de Pica: todos los muelles han sido destruidos, las lanchas capturadas ó echadas á pique y el almirante *Rebolledo* intimó á todos los buques que cargaban ó que estaban á la carga, que salieran á las 48 horas; de manera, que el embarque ha cesado casi completamente en toda la costa, y la esperanza de que comience de nuevo se presenta muy débil y nebulosa.

Como ya dije á Vds., el bloqueo de este puerto comenzó el 5 de Abril, y si prescindimos de los misteriosos movimientos de la escuadra chilena, del arribo ó salida de trasportes, nada notable ocurrió hasta el día 17, en que el grueso de la escuadra chilena, compuesto de dos buques blindados y tres corbetas salió repentinamente de este puerto, haciendo rumbo al N. Aquí nos dejaron para continuar el bloqueo dos buques de madera á saber: la *Esmeralda*, con cerca de mil toneladas, y la *Covadonga* con 800, ambas bien armadas y equipadas. El día de ayer, al rayar el alba, se avistaron al N. dos buques de guerra: creyóse al principio que era la misma escuadra chilena que regresaba; pero bien pronto observamos que la *Covadonga* salía, sin duda, para practicar un reconocimiento y muy en breve la vimos volver, haciendo señales á la *Esmeralda*, y el transporte chileno *Lamar*, que estaba anclado, salió inmediatamente para el Sur. Así que los buques se fueron aproximando, se vió que eran los buques blindados peruanos, la *Independencia* (3.500 toneladas) y el *Huascar* (1.100), con cuyo motivo el regocijo, el entusiasmo y el estrépito de la poblacion fueron indescriptibles: la playa se cuajó de gente y las torres se coronaron en un momento: por todas partes se oían vitores, músicas, gritos y campanas. A dos ó tres millas de la bahía izó el *Huascar* el pabellon peruano y rompió el fuego sobre la *Covadonga*, cuya contestacion no se hizo mucho esperar. Este combate duró quince minutos sin averias ni pérdidas considerables. Algunos tiros se dispararon al transporte *Lamar*; pero ese buque se salvó, izando la bandera americana, y ahora falta averiguar, y sin duda se averiguará, si, en efecto, estaba autorizado para emplear ardid de ese género. En esto la *Independencia* se dirigió al S. á detener la *Covadonga*, que pugnaba por escaparse, y entonces fué cuando realmente comenzó el combate.

Estando la *Esmeralda* cerrada en la bahía, y siéndole muy difícil escaparse, el *Huascar* abrió sus fuegos sobre ella, pero tirando muy alto, siendo por entonces su propósito obligarla á rendirse. Esto dió lugar á que no pocas balas cayesen en tierra detrás de la poblacion, llevando de espanto á muchas personas que se habian refugiado allí precisamente. Mientras tanto, en la plaza, las tropas se formaron y la artillería se colocó cerca de la playa para impedir que la *Esmeralda* se cubriera con la poblacion, como lo hacia. Esa maniobra produjo el resultado apetecido. La *Esmeralda*, sin embargo, sostenia el fuego con admirable tenacidad y valentía.

Al mismo tiempo la *Covadonga* navegaba hácia el Sur á toda máquina (*all speed*) seguida por la *Independencia* casi de costado y cambiando tiros bien certeros, pero siendo el buque chileno de menor calado que el peruano, pudo arrimarse á la costa, y cuando estaban á diez millas al Sur de este puerto en Punta gruesa, pasó la *Covadonga* por delante de la *Independencia*, haciendo fuego de cañon y de rifle, y entonces quiso el capitán peruano terminar el combate poniendo en juego su espolon; pero ya sea por el mal manejo del buque, ya sea por algun accidente de la máquina, lo cierto es que la *Independencia* chocó con una roca y comenzó á hundirse. En medio de la mayor confusion se echaron los botes al agua para salvar la tripulacion, y muchos saltaron desde abordó y nadando arribaron á la playa. Empero, aunque se hicieron señales á la *Covadonga* anunciándole la catástrofe, continuó haciendo fuego sobre la *Independencia* y sus botes, de manera que muchísimos infelices perecieron. De 375 personas que tenía á bordo la *Independencia*, parece que se han salvado 250 solamente.

Durante ese tiempo, el combate entre el *Huascar* y la *Esmeralda* tomó grandes proporciones; muchas veces el *Huascar* le intimó la rendicion; pero la *Esmeralda* siempre contestó á balazos. Viendo por fin el capitán Grau que toda consideracion era inútil, resolvió terminar aquel peligroso combate echando á pique la *Esmeralda* con el ariete. En efecto, á la primera embestida la hirió, inutilizándole además cuatro cañones; á la segunda le sacó de su lugar la máquina y comenzó á hacer agua á la vez que un tiro le mataba 40 hombres. En virtud, sin embargo, de una increíble evolucion, la *Esmeralda* presenta la banda de estribor y el *Huascar* se vé obligado á embestirla por tercera vez haciendo fuego. Este golpe fué decisivo: muchos murieron, el casco cedió y la *Esmeralda* comenzó á hundirse... Pero aún medio hundida hacia fuego, y lo último que se vió fué la bandera de Chile flotando todavía.

No hay honor ni alabanza que deba negarse al valiente capitán y á la esforzada tripulacion que así pelearon y murieron en defensa de su patria. El intrépido y sereno capitán Grau, hizo bajar los botes del *Huascar*, y consiguió salvar cuarenta y cinco personas, entre ellas nueve oficiales, que fueron enviados á tierra, y aquí detenidos como prisioneros de guerra, con buen tratamiento y toda clase de consideraciones. La dotacion de

la *Esmeralda* era de 205 hombres, de manera que la pérdida ha sido considerable. La del *Huascar* ha consistido en un oficial muerto y otro herido, con siete soldados. Prats, el capitán de la *Esmeralda*, murió en la segunda embestida del *Huascar*, la cual fué tan violenta, que le hizo saltar ya cadáver sobre la cubierta del mismo *Huascar*, de donde fué trasportado y enterrado aquí en el cementerio.

Así que el *Huascar* recogió todos los chilenos que pudo, partió rápidamente á dar auxilio á la *Independencia*; y viendo que era imposible salvarla, le pegó fuego, lo cual produjo, invadiendo el fuego á la Santa Bárbara, una explosion verdaderamente espantosa.

IQUIQUE 20 de Junio de 1879.

Después del combate entre los buques de Chile y el Perú, que describí en mi última del 22, y en que triunfaron los peruanos, pero con la gran pérdida de la *Independencia*, cesó, por consiguiente, el bloqueo de este puerto, y vino á alegrarnos una abundante importacion de todo género de provisiones. Las máquinas de condensar comenzaron á ocuparse bien pronto, nuestros depósitos de agua fresca se rellenaron, y todo recobró su animacion y alegría. Pero esto, como después se ha visto, debia ser de duracion muy breve. En efecto, el *Huascar* sólo permaneció aquí dos días, y luego salió para el S., de donde volvió al cabo de cuatro. Entonces supimos que habia estado en Antofagosta, que es el puerto boliviano de que acaban de apoderarse los chilenos: que allí hizo algunos disparos con objeto de paralizar y destruir las obras del nitrato y las máquinas de condensacion; pero que el daño no debe haber sido muy grande, puesto que siguen trabajando. Tambien bombardeó los fuertes del puerto, y aún logró apagar sus fuegos.

Allí estaba la famosa *Covadonga*, y aun respondió á los fuegos del *Huascar*; pero siendo de corto calado por una parte y estando por otra cubierta por los buques extranjeros, aunque en muy mal estado, tuvo el *Huascar* que dejarla. Durante esa expedicion hizo el *Huascar* varias presas, siendo las más importantes dos barcas, á saber: la *Anita* cargada de cebada y yerba, y la *Emilia* que navegaba con pabellon nicaraguense, sin poseer los documentos necesarios para usarle. Tambien persiguió á los transportes *Ica* y *Rimac*, pero pudieron escaparse. Sabemos ahora de buena tinta que la *Covadonga* sufrió tanto en el combate con la *Independencia*, que á duras penas pudo llegar á Antofagosta en donde poco después un tiro del *Huascar* la atravesó de banda á banda, destruyéndole en parte la máquina: que sus cañones, provisiones, etc., se han desembarcado y que hasta hoy Chile ha perdido dos buques.

El 30 de Mayo vino á producirnos grande excitacion el arribo del grupo principal de la escuadra chilena, compuesto del *Cochran*, del *Blanco Encalada*, (antes *Valparaiso*), y de dos buques de madera, el *Magallanes* y el *Abtao*; pero al divisar al *Huascar*, que no andaba muy lejos, la escuadra se dividió, marchando una parte en persecucion de aquél y permaneciendo algunas horas la otra á la altura de este puerto, en donde entró por fin á medio día. Todos esperábamos un inmediato bombardeo, y en ese sentido se tomaron muchas precauciones; pero con agradable sorpresa de nuestra parte el día terminó pacíficamente. A las dos de la mañana siguiente vinieron, no obstante, á despertarnos grandes descargas de cañon y de fusilería, y hubo sobresaltos, idas y venidas, fuimos al muelle, preguntamos, subimos á las torres; pero estaba la noche tan oscura, que sólo se veían á lo lejos los fogonazos. Ninguna noticia pudimos recoger. A las tres de la mañana todo quedó en profundo silencio y nos volvimos á dormir, y hasta tres días después no desapareció todo el misterio. Parece que habiendo ganado á sus perseguidores grandes ventajas el monitor peruano, hizo de súbito rumbo al S., aproximándose como tres millas á este puerto, y divisando un transporte de carbon se lanzó sobre la presa; pero en aquellos momentos llegó el *Cochran* remolcando una barca, y creyendo el *Huascar* que habia sido descubierto, hizo fuego al buque chileno, y ustedes pueden imaginarse cuán próximos estuvieron los dos buques, puesto que se pudo cruzar la fusilería. El *Huascar* hizo rumbo á fuera é inmediatamente quedó fuera de peligro.

Esta feliz y magnífica evolucion pone de manifiesto toda la habilidad, y sobre todo, la audacia heroica del capitán Grau. Véase obligado á huir con un buque maltratado delante de una poderosa escuadra, y se salva dejando detras de sí la desolacion y la muerte, y en vez de refugiarse en el Callao, vuelve á sorprender al enemigo, á combatir de nuevo y hacer nuevas presas.

El 21 último, el almirante chileno *Rebolledo* notificó á las autoridades de este puerto que el bloqueo quedaba restablecido; de manera, que entramos en otro período de monotonía y de miseria. Nuestras observaciones diarias son tan continuas como infructuosas. Nada podemos inferir de los movimientos de la escuadra chilena, tan misteriosos como siempre.

Pisagua permanece aun en ruinas, y por ahora no se trata de reedificar nada. Su puerto, sin embargo, está libre y continúa embarcándose el nitrato. Vapores que llegan allí regularmente traen provisiones, géneros, etcétera, para Iquique, las cuales se trasportan después á esta poblacion por medio de mulas, salvando una distancia de noventa millas, aunque por mar no hay más que treinta y siete.

El general Prado, presidente del Perú, ha tomado posesion, en virtud de un decreto, del mando de las fuerzas de mar y tierra, quedando encargado de la presidencia de la República durante su ausencia de la capital, el vicepresidente, general La Puerta. El general Prado visita varios puertos, inspeccionando las fuerzas. Aquí estuvo cerca de una semana y dispuso en el ejército reformas útiles: luego volvió á Arica con el ánimo de encontrarse con el general Daza, presidente de Bolivia, que tambien se ha puesto á la cabeza del ejército de aquella República, habiendo hecho salir ya de la Paz 4.500 hombres, y

se cree que vendrán á unirse con el ejército peruano en esta provincia, que ya consta de más de 7.000 hombres, además de la Guardia Nacional que es numerosa y esta bien armada.

Parece que el *Huascar* se halla reparándose en el Callao. El resto de la flota peruana, que consta de dos monitores, el *Manco Capac* y el *Atahualpa*, de la corbeta la *Union*, de la cañonera *Pilcomayo* y de cuatro trasportes que son el *Chalaco*, el *Talisman*, el *Lima* y el *Oroya* tambien están allí, y no es verosímil que por ahora, hallándose aquí la escuadra chilena, ocurra algun nuevo combate naval.

Aquí termina la correspondencia del *Standard*, que como es natural, ha sido leida en este país, como todo lo que se refiere á batallas navales, con una curiosidad extraordinaria.

Después se han recibido dos telegramas á cual más importantes. El primero afirma que habiéndose presentado el *Huascar* repentinamente en Iquique, sostuvo un largo combate con la escuadra chilena, dejando fuera de combate el *Cusiño* y el *Abtao*, retirándose el mismo *Huascar* sin pérdida considerable. El segundo que tenemos á la vista dice literalmente así:

(*Renter's telegram*)

NUEVA-YORK 1.º de Agosto.—Noticias recibidas aquí de Panamá, con fecha del 24 de Julio, afirman que el ministro de Negocios extranjeros de Chile ha visitado á los presidentes del Perú y Bolivia; pero nada se ha publicado aún relativo á esta entrevista.

Si estos dos telegramas reciben la confirmacion que necesitan, resultará que el capitán Grau se ha coronado de laureles inmarcesibles, y, lo que es aún más fausto y útil para todos, que no está distante el día en que se reconcilien y abracen esas tres naciones hermanas, y por tantos títulos dignas de comprenderse, sin recurrir jamás al odioso arbitrio de la guerra. Si se obstinan en esa lucha fratricida, quizá asombren al mundo con el heroísmo de hombres como Prats y Grau; pero no por eso podrán sus traerse á los horrores de una lucha temeraria con su secuela de odios y miserias.

En fin, para completar el cuadro de las sorprendentes evoluciones del *Huascar*, hé aquí los siguientes telegramas que traducimos al pié de la letra:

(*Through Renter's Agency.*)

WASHINGTON, 5 DE AGOSTO.

El Ministro peruano en Washington, ha recibido de Panamá el siguiente telegrama con fecha del día de ayer:

Los monitores peruanos, el *Huascar* (1.100 t.) y la *Union* (800 t.) han visitado las costas de Chile destruyendo lanchas y capturando el vapor *Rimac*, que llevaba á bordo todo el regimiento de caballería Yungay, perfectamente equipado: tambien apresaron los peruanos tres buques cargados de carbon y cobre.

Ayer por la mañana recibí de Panamá, con fecha del lunes, el siguiente telegrama:

La flota chilena ha bombardeado de nuevo á Iquique. Solo hubo dos personas muertas, y los estragos fueron insignificantes. El *Huascar* ha capturado el transporte chileno *Rimac*, que conducía á todo el regimiento de caballería bien equipado. Asimismo apresó tres buques chilenos cargados de carbon y de cobre.

No queremos terminar esta correspondencia sin felicitar á Vd. por el verdadero lujo literario y científico con que han aparecido los últimos números de esa excelente revista. El artículo de Castelar, que se refiere al príncipe imperial, nos parece lo más elocuente que en Europa se ha escrito, á consecuencia de esa desgracia. La *Apología de la razon* de Pi y Margall, es sólida, fundamental, profunda, muy digna del gran repúblico y los artículos de Echegaray honran á la vez la literatura y la ciencia de las naciones españolas.

De Vd. afectísimos servidores

Varios americanos.

SUIZA EN 1826.

El vestibulo de mi entrada en las realidades de la vida.—Reminiscencias de Voltaire.—Ferneu.

Iba á empezar para mí uno de los períodos difíciles de una vida en la que entré halagado por los favores de la fortuna para verme de repente reducido á muy limitados haberes. Mi viaje á Suiza, poniéndome en contacto con opulentas familias inglesas, rusas, alemanas, que en la bella estacion visitan aquellos pintorescos valles y magestuosas montañas, me condujo á hacer gastos que mal se avenían con el golpe que me preparaba la adversa fortuna. El deseo de lucir, á que la juventud y la inexperiencia arrastran, hizome llevar la vida de un pequeño *Nabab*. (1) Entrado siendo relativamente rico en Suiza el año de 1826, me alejaba de ella cuatro meses después en la situacion que más adelante conocerán mis lectores; pero debo detenerme antes á narrar los incidentes de mi primera y agradable correría por las pintorescas montañas de la patria de Guillermo Tell.

De paso en Turin para Ginebra, hice el hallazgo de mi condiscípulo lord S... y tuve por feliz un encuentro que me proporcionaba la sociedad de un compañero de viaje á la vez amable é instruido. Milord transitaba en su silla de postas, y á la hospitalidad que en ella me fué dada debí evitar el suplicio de las diligencias francesas, estrechos é incómodos vehículos, que por aquel tiempo, en que no habian hecho todavía su aparicion los caminos de hierro, eran el único medio de locomocion al alcance de las fortunas medias.

Salimos de Lyon para Ginebra, y al cruzar la

(1) Nombre que se dá en la India á los opulentos magnates.

frontera que dividía el entonces reino de Francia de la todavía república helvética, el postillon nos señaló las torres de un *Chateau* campestre, cuyo nombre y localidad hizo célebres el hombre extraordinario que mayor influjo ejerció tal vez en el movimiento intelectual del siglo XVIII, origen del volcán del que salió la gran revolución francesa. Nos hallábamos a la vista de Ferney y de la propiedad donde pasó los últimos años de su ruidosa vida Francisco Aronet de Voltaire. Nada más dire por ahora acerca de Ferney, á cuya visita, que no tardé en verificar, me acompañarán mis lectores.

Ginebra es la Roma de los protestantes; es uno de los sitios de solaz y de recreo que en mayor número y excelencia en punto á rango y fortuna, reúne los extranjeros en la estación de verano; habiendo sido, en la época á que me refiero, los ingleses los que con más apresuramiento iban á Suiza á brillar gastando sus guineas. Seguían á los ingleses los rusos y los alemanes, no figurando los franceses sino en tercera línea. Pero no tropecé con un solo español y escaso número de Norteamericanos preluía á la avalancha de *yankees* que en la actualidad predominan en todas las localidades de Europa, presentadas por los excursionistas.

La hermosura del lago de Ginebra, en el que circulaban ya buques de vapor en condiciones de elegancia, las más esmeradas, diéronnos ocasión para visitar á Lausana, donde Guibbon comenzó y dió fin á su célebre historia de la grandeza y de la decadencia del imperio romano. Siguiendo la orilla del lago vecino á Vevey, se halla el castillo de Chillon en cuyos sótanos el patriota Bonivar padeció encadenado por su amor á la libertad: Copet, antigua residencia de la célebre madama Stael, la varonil mujer que no doblegó su privilegiada cabeza ante los halagos ni ante las amenazas de Napoleon I en todo el apogeo de su gloria. Basta evocar el recuerdo de aquellos sitios, todos ellos memorables, para comprender cuán vivas serían las impresiones que al visitar tales parajes debió experimentar el adolescente que, como yo, se alimentaba y vivía en las regiones de la imaginación y del ardor de un civismo exagerado.

Antes de emprender la romería que milord y yo nos proponíamos efectuar á todos los cantones del floreciente y atractivo país en que nos hallábamos, quisimos dar cumplido nuestro peregrinaje intelectual á Ferney. Poco más de una hora basta para efectuar la travesía de Ginebra á la que fué morada de Voltaire, y favorecidos por una hermosa mañana de Junio, á las once de ella deteníase nuestro carruaje delante de la cancela del nobiliario de Chateau. Abriónos la puerta un anciano de elevada estatura, cabello blanco y porte que denotaba sus hábitos de hallarse al servicio de familias aristocráticas. No necesitamos decirle el objeto que nos conducía á Ferney; adivinó el sagaz conserje, ofreciéndose á servirnos de *Cicerone*. La suerte ó el esmero y buen gusto de parte de los dueños de la posesión, apenas ha cambiado la fisonomía de la residencia del que fué rey de los literatos y filósofos del siglo XVIII. La huerta y el jardín conservaban las mismas divisiones que tuvieron en tiempo de su antiguo señor feudal. El amueblamiento del palacio, hallamos ser de la época de Luis XV, y en las habitaciones que ocupó Voltaire se veían casi todos los objetos que fueron de su uso personal. Su cama, la mesa en que escribía, el sillón en que se sentaba, la estufa de pederal que daba calor á su salón y á su gabinete; solo faltaban los libros de su biblioteca. La curiosidad ó el fanatismo de los millares de turistas que en cerca de medio siglo han hecho el peregrinaje de Ferney, no respetaron siempre las colgaduras de la cama, bastante mermadas de resultados de los cortes que han sufrido, y también la estufa ha recibido lesiones para suministrar á la intemperancia de los viajeros empeñados en llevarse alguna prenda que autentizase su visita á Ferney.

En un semicírculo que rodea la entrada principal se levanta un corpulento y frondoso árbol plantado por la misma mano de Voltaire, y á corta distancia se conserva un *kiosco* entre cuyo ramaje es tradición se ocultó Guibbon, quien empeñado en conocer á Voltaire, que se había negado á recibirlo, sedujo al jardinero, que se prestó á esconderlo en el kiosco, para que desde aquella guarida pudiese contemplar al filósofo al salir á paseo. Satisfecha que hubo su curiosidad por medio de este ardid, cuéntase que Guibbon abrió su bolsa y dijo á su cómplice. *Tomad el doble de lo que ofrecí y habré pagado el poder ver otra vez al oso*. La anécdota podrá no ser cierta, pero el conserje que nos la refirió fué page de Voltaire y tenía quince años cuando murió su señor.

De regreso á Ginebra, milord y yo tuvimos el capricho de organizar una regata en el lago, para lo cual hicimos construir botes con quilla, clase de embarcaciones no usadas entonces por la marinería del lago, siendo las lanchas de que se servían del todo chatas en su fondo. La novedad de nuestro equipo marítimo produjo sensación; fuimos los *leones* de la temporada, y hubo empeño por parte de las celebridades del bello sexo en ser paseadas en nuestros esquifes á los vecinos puertos de Vevey, de Villeneuve y demás fondeaderos de la costa italiana y suiza del lago.

El monte de San Bernardo.

Antes de alejarnos de Ginebra, quisimos hacer la excursión del monte de San Bernardo, y al efecto tomamos pasaje á bordo del vapor *Winkelried*, que

nos condujo al puerto de Villeneuve, desde donde emprendimos la jornada en mulos, en dirección del convento, que constituye la habitación permanente más elevada conocida en el continente europeo.

La utilidad del célebre monasterio consiste en hallarse situado en la cúspide del único paso que ofrece la cadena de los Alpes, para transitar desde Suiza al Piamonte. En la estación de verano la caminata es fácil y no ofrece peligro alguno, no así en los meses de invierno, pues en ellos los jornaleros que van en busca de trabajo á los valles del Pó, tienen por precisión que atravesar la montaña, cubierta de nieve sus laderas, cuyos desprendimientos entierran con frecuencia á los infelices viajeros pedestres, quienes frecuentemente perecen víctimas del frío cuando no lo han sido de los remolinos y copiosas lluvias de nieve.

En auxilio de los desvalidos transeuntes salen del convento, y descienden en dirección de las vertientes, tanto de Italia como de Suiza, los filantrópicos monjes provistos de lanternas, de medicamentos y de provisiones. Ayúdanlos eficazmente en su cristiana tarea los célebres perros que, guiados por su instinto y aleccionados por los religiosos, recorren las montañas llevando en su boca cestos llenos de alimentos y de bebidas reconfortantes que ponen al alcance de los extraviados y de los enfermos.

Estos inteligentes animales hacen las veces de enfermeros, ayudando á los caídos á levantarse, escarvando la nieve para que puedan sustraerse á su presión los medio enterrados en ella: llevan los perros colgadas del cuello, campanillas que sacuden fuertemente cuando encuentran viajeros en peligro para que, acudiendo al ruido los religiosos y los servidores del convento, puedan arrancar víctimas á la muerte.

Los transeuntes que en la estación peligrosa llegan á San Bernardo son albergados en el hospicio destinado á los pobres durante tres días y sólo se les permite prolongar la estancia cuando el estado de su salud exige que permanezcan en el hospital, hasta que, restablecidos, puedan continuar su caminata.

Una curiosidad encierra el San Bernardo digna de ser conocida. Frente al Hospicio se halla un edificio ó sala cuadrada, especie de Necrópolis que encierra los cadáveres momificados de los transeuntes que han hallado su muerte entre la nieve. Para conservar aquellos cadáveres insepultos, no ha sido necesario emplear el embalsamamiento ni ningún otro proceder químico. El frío y la pureza del aire han bastado para conservar en carne y hueso y casi sin alteración, los cuerpos de las víctimas de las catástrofes, tan frecuentes en aquellas asperezas en la estación de invierno. La fisonomía de los emparedados difuntos no presenta otra alteración que la consiguiente á la contracción nerviosa del género de muerte que encontraron; empero el cutis y las partes blandas de su estructura, aunque algo acartonadas, conservan marcada analogía con el estado normal de la naturaleza animada.

Los religiosos de San Bernardo no son frailes, ni quieren tampoco pasar por monjes. Se dicen canónigos regulares, y su abad goza del privilegio de la mitra. Las rentas de la comunidad eran muy pingües antes de la revolución de 1790. La entrada de los franceses en Italia y de la transitoria existencia de las efímeras repúblicas que del lado allá de los Alpes instituyó el general Bonaparte, desposeyó á los religiosos de la mayor parte de sus bienes, que fueron vendidos como propiedad nacional. Pero el primer cónsul, á su paso por el San Bernardo, supo apreciar la utilidad de la Santa Casa, y en cuanto fué emperador la dotó con una renta de 20,000 francos, que aun conservaba el convento en la época en que lo visitamos.

Mas si durante los meses de invierno la tarea de los religiosos es dura y dispendiosa, en la estación de verano se transforma en grata y productiva. En los meses de canícula raro es el viajero que entre los numerosos y opulentos excursionistas que atraviesan los cantones suizos, deje de visitar el convento, casi siempre lleno de regalados huéspedes que en él reciben la más confortable hospitalidad. Las celdas destinadas á esta clase de viajeros reúnen todas las comodidades que pueden hallarse en el hotel mejor montado. La mesa es abundante y escogida y el trato de los religiosos de la más exquisita amabilidad. Nada se paga por la estancia, ni es tampoco permitido dar gratificación á los sirvientes. Un cepo fijado en la iglesia recibe las ofrendas que voluntariamente quieren depositar en él los viajeros, y contado es entre éstos el que no echa dos ó tres luises de oro á título de limosna.

Con Lord S... y conmigo, el Clavandier, jefe de la casa, estuvo de una amabilidad extrema: se empeñó en que pasásemos en su compañía cuando menos dos días de los tres de ordenanza, y al despedirnos diónos una prueba de buena voluntad, para nosotros de gran precio. Le manifestamos el deseo de poseer un cachorro de la célebre casta de los perros del convento, y aunque por razón de la gran mortandad que la casta había experimentado en los dos últimos inviernos, el número de estos preciosos animales se hallaba reducido á tres, y no obstante haber rehusado el convento desprenderse de uno solo de los cuatro cachorros que lactaba la hembra en favor de un príncipe alemán, el obsequioso Clavandier nos hizo el obsequio de regalarnos uno de aquellos preciosos animales.

Con sentimientos de la más sincera y merecida estimación, nos despedimos de los religiosos y tomamos el camino de Berna, impacientes de dar principio á nuestra correría de Overland y de los pintorescos valles de los cuatro cantones. Nuestra primera etapa, salidos que fuimos de Berna, la hicimos en Interlaken con ánimo de visitar al día siguiente el célebre valle y cascada de la Stauvach, la más elevada que se conoce en Suiza.

La hermosa remera del lago de Thune.—Los heladeros de los Alpes.

En el lago de Thune, á cuya orilla se hallaba la población, hallamos una de las maravillas que en aquel tiempo eran objeto de la general curiosidad, toda vez que su imagen se veía reproducida en los albums de casi todos los viajeros. Isabel Koffman, llamada la *Belle Batelliere* de Brienz, era la mujer más hermosa que las generaciones contemporáneas hubiesen conocido en una comarca donde el bello sexo es por lo general tan aventajado. Hija del pueblo, Isabel ganaba la vida trasportando en la lancha que regia de una orilla á otra del lago, á los pasajeros que á porfía se disputaban la vez de tener cabida en el bote de la mágica remera. Alta, formada á torno, con una tez tan blanca como la nieve, el cabello rubio, ojos celestes, dulces y rasgados; porte elegante, al paso que sencilla y modesta en todos sus ademanes, Isabel no se había visto menos buscada por señores y magnates que suelen serlo las más célebres *divas* y las *terpsícores* más á la moda; pero aunque afable y grata con sus parroquianos y con los viajeros en general, la virtud de la Koffman había salido tan ileso, que ni la envidia de que era objeto logró empañar su fama con la más leve sospecha. Mas fuera virtud ó cálculo, la irreprehensible conducta de Isabel servía tan cumplidamente á sus intereses, que bien pudiera creerse que su rigidez de costumbre era la mejor de las especulaciones; pues no había día de buen tiempo en que dejase de trasportar centenares de pasajeros que llenaban de plata y de luises de oro el cesto en que una hermanita menor de edad recogía las ofrendas de los devotos de la *Belle Batelliere* de Brienz.

Llegados á Thune con un tiempo delicioso, esperábamos que al siguiente podríamos efectuar nuestra visita al valle y á la cascada de Lauterbrunne; pero en Suiza no es posible responder de que haga buen tiempo dos días seguidos, principalmente en la elevada latitud en que nos encontrábamos.

Al amanecer, el valle se hallaba cubierto de una densa niebla, y de sol á sol no cesó la lluvia de caer á torrentes. Dos días permanecimos secuestrados en nuestro hotel, que por cierto hallé uno de los más caros en que he parado; pero tuve la buena suerte de que el tercero se presentase despejado y apacible, y quise llevar adelante mi propósito de atravesar el valle y de ascender á la cadena de los Alpes, que divide el cantón de Berna del Valais, á una elevación media de 11,000 piés sobre la superficie del mar. No participó lord S... de mi deseo por haber hecho en Interlaken, pueblecito situado á la entrada del valle de Laurbrunne, el encuentro de dos damas inglesas, de las que tendré ocasión de hablar en estas Memorias. Mi amigo, como he dicho, prefirió quedarse haciendo compañía á sus lindas compatriotas, interin yo completaba mi excursión para reunirnos más tarde en Zurich.

La caminata que me había propuesto no dejaba de ofrecer peligro, pues para ascender á la cúspide y atravesar en toda su extensión los Alpes bernezes, había que pasar por desfiladeros, de cuyos costados, cuando menos se piensa, suelen desprenderse avalanchas de nieve que barren á los imprudentes ó poco afortunados viajeros, precipitándolos en las hendiduras sin fondo, situadas á uno y otro lado de las estrechas sendas que hay que recorrer para llegar á la cima.

La víspera del día fijado para mi excursión, hube de proveerme del indispensable equipo que requieren las peregrinaciones alpinas. Calzado herrado *ad hoc* para pisar sobre el hielo, bastones con regatón de hierro puntiagudo que sirviesen de sosten, instrumentos para observaciones, un botiquín, mantas, provisiones y una escuadra de guías, conductores prácticos de aquellas montañas, cuyo ministerio era tan indispensable para la correría que me había propuesto, como lo son los diestros pilotos para los que navegan en alta mar.

Salimos de Interlaken tendido que húbose el sol, llegando alegres y sin tropiezo al pié de la célebre cascada. Desprende esta de una altura de 800 piés, y cae el agua perpendicular rompiéndose sobre peñascos salientes, para sumergirse en el cáuce, que la recibe desmenuzada en partículas ó gotas tan divididas, que más bien parece rocío de blanca azúcar que se desprende de las rocas que líquido desgajado de la montaña.

Pero todavía nos quedaba que llegar á otra cascada más pintoresca y de aspecto más monumental. La Schmandribach, arranca en la violencia de su desprendimiento un torrente voluminoso, de las últimas laderas de la Innfrau, y viene á romperse sobre una meseta de la que se precipita por conductos invisibles para venir á reaparecer dividida en tres grandiosos brazos que, cayendo de una altura de 400 á 500 metros, unas veces se dividen y otras se juntan para venir á formar una masa que cae perpendicular, cual si fuera un pequeño Niágara que va á perderse en el lago de Thune. Pro-

dúcese este bellísimo espectáculo en medio de una naturaleza agreste, en el riñon mismo de la colosal cadena alpina y lejos de todo vestigio de habitación ni de síntoma siquiera de que planta humana visite aquellas gigantescas y agrestes soledades. La contemplación de semejantes bellezas de la naturaleza salvaje nos detuvo hasta muy cerca de ponerse el sol, cuando fui advertido por el jefe de mis guías, que debíamos apresurarnos a ganar el Chalais, situado al pie de la Iunfrau, donde debíamos pasar la noche, y tomar a la mañana nuestro punto de partida para la proyectada excursión del siguiente día. Mostréme dócil cual debía estarlo a las indicaciones del personal facultativo de mi escolta, y nos encaminamos a la gruta, que solo durante el verano se halla habitada por cazadores de venados. El albergue no podía ser más primitivo. La barraca ó choza era de madera cubierta de espesa anca y techo de lo mismo; un grande hogar era la pieza de recibo; bancos bajos de madera los asientos, y una gran mesa el mueble de respeto. Pero como íbamos muy bien provistos de mantas y de víveres, pasamos una alegre noche que nos separó muy pocas horas del alba, momento fijado para nuestra partida. Previnieronme mis guías la necesidad de un reconfortante desayuno antes de emprender nuestra marcha, pues comenzada esta, no habría que parar hasta llegar al valle de Leuche, término de nuestra jornada.

Pocos espectáculos pueden ser tan solemnes como el que ofrece el despuntar el día en medio de las colosales masas de hielo de que nos vimos rodeados apenas comenzó nuestra marcha. Hay que caminar con exquisita precaución por aquellos profundísimos barrancos que, escalonados a corta distancia unos de otros, debían conducirnos a la cumbre, formada por dos crestas de montañas que dejan entre sí una planicie ancha y dilatada; majestuoso valle cubierto de eternas nieves y que separa el territorio del Canton de Berna del Valaisano. Nuestra comitiva se dividió en tres escuadras. A la vanguardia iban como de descubierta los exploradores encargados de catar, digámoslo así, el terreno; pues cubierta de nieve toda la superficie, podía esconder hundimientos en los que halláramos nuestro sepulcro. A los exploradores seguían los conductores de escala de cuerda y de equipo excursionista, y dos hombres cargados de provisiones. Los exploradores iban dejando señales de los pasos seguros, por medio de estacas con banderolas que clavaban sobre hielo de trecho en trecho. A retaguardia venía yo precedido de un guía y acompañado de otros dos que no se separaron de mi lado durante toda la ascension. De cuando en cuando, teníamos que pararnos para cobrar aliento por lo extremadamente rápida que era la subida.

En uno de estos descansos dí yo voces para pedir una manta a los guías que iban delante, pero fui fuertemente amonestado por el jefe de la cuadrilla de lo mucho que importaba guardar silencio, pues era sumamente fácil que la simple repercusión del eco de nuestras voces desprendiese de las laderas que nos circun daban alguna masa de nieve en forma de avalancha, de resultas de cuya caída podíamos quedar sepultados. La advertencia no pudo ser más oportuna, toda vez que a los pocos segundos un ruido espantoso precipitaba a cincuenta pasos de nosotros una montaña de nieve, cuya caída al fondo del valle prolongó por algunos segundos el terrorífico estruendo del desgajamiento de la montaña. Confieso que hasta aquel momento no tuve conciencia de lo arriesgado de la empresa, ni del peligro que corríamos. Díme por advertido y guardé religioso silencio, interrumpido de cuando en cuando por voces tan apagadas y bajas, como cuando se habla al oído ó a la cabecera de un moribundo. Dos horas duró nuestra ascension; al cabo de las cuales pisamos el terreno firme cubierto de nieve pero donde no había que recelar hundimientos. Halláramos a una elevación de más de 11.000 pies sobre la superficie del mar y nos quedaban por andar ocho leguas para franquear la cordillera y descender al valle de Leuche, término de la jornada.

Los guías de nuestra vanguardia, como prácticos del terreno, nos llevaban bastante delantera, cuando a eso de las diez de la mañana me sentí acometido de un hambre tan devoradora, no obstante haber hecho copioso desayuno en el Chalais, que no pudiendo resistir al voraz deseo de que me sentía presa, reclamé de mis guías que uno de ellos se adelantara para hacer detener a los que conducían las provisiones. Pero el jefe de la cuadrilla se opuso resueltamente a mi deseo señalándome una ligerísima nube flotante sobre nuestras cabezas, la que señaló diciéndome: Nos hallamos en un sitio en el que esa ligera nubecita puede en un breve rato condensarse, siendo precursora de una lluvia de nieve que nos sepulte y no nos deje salir de estas asperezas. Calléme sorprendido y continúe diligente la marcha, pero cada paso que daba aumentaba el apetito devorador que me consumía: una especie de frenesí de hambre se apoderó de mí, y no teniendo otra cosa con que apagarla, enagenado y como ébrio saqué de mi bolsillo una vejiga americana llena de tabaco que en mi demencia mordí, masqué y tragué cual si fuera un manjar delicioso. Pero no tardé en pagar la pena de mi desvarío con una borrachera de tabaco que sublevó mi estómago y me hizo perder la cabeza hasta el extremo de ser cogido en brazos de mis guías y llevado sobre sus hombros como un muerto. Duró mi embriaguez hasta las cinco de la tarde,

hora a la que ya ganábamos el descenso de la cordillera menos áspera y accidentada que lo habían sido los peligrosos estribos franqueados durante la madrugada.

ANDRÉS BORREGO.

COLON Y JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

(Conclusion.)

II

Al hallar Colon nuevo mundo por Castilla, quiso la suerte acumular sobre la grandeza del portento la permanentemente grandeza.

El pueblo de la católica Petronila, Berengueros y Jáimes, que había echado a pique sus naves para reconstruir un imperio en Oriente, unió sus destinos al de Pelayos, Alfonsos é Isabel la Católica, que había quemado las suyas para conquistar un gran imperio en Occidente. ¡Lástima que no hubiera también unificado sus leyes y abierto el Océano a los que ya encontraban el mar interior estrecho a sus levantadas aspiraciones.

El casual descubrimiento de Balboa despertó en el mundo marítimo el deseo de hallar en el continente de Colon un paso a ese mar del Sur que condujera a las regiones descritas por Marco Polo, abreviando el camino seguido por las expediciones portuguesas a la India, y facilitando uno a las españolas. Planteóse de nuevo el problema de buscar por Occidente las Indias Orientales.

Vicente Yañez Pinzon, que había sido el primero en cortar la equinoccial por Occidente, en el año de 1500, intentó la empresa catorce años despues en union de Solís. En el siguiente, volvió el segundo a acometerla, y todos sabemos que fué devorado por los indígenas en el río a que dió su nombre y conócese hoy con el de la Plata.

Así las cosas, presentáronse en Sevilla dos hidalgos, llamados Fernando de Magallanes y Rui Falero, ofreciendo al emperador con su vasallaje ir a la exploración del soñado estrecho y comenzaron a estipularse las condiciones de la expedición.

Magallanes era de ese valeroso pueblo que, despues de sellar su heroísmo en las abrasadoras playas de Libia, desafiaba en arrogantes quillas los furiosos del Océano para atar con férreas ligaduras las Indias Orientales al cetro de sus reyes, poniendo bajo su corona más leguas de territorio allende el mar que estadios media el de su metrópoli; de ese pueblo codicioso del saber de la náutica que, con asombro del mundo, iniciaba las grandes expediciones marítimas; de ese tropel de héroes que tuvo reyes como D. Juan II y D. Manuel, príncipes como D. Enrique, conquistadores como los Alburquerque y Castros, Meneses y Acunhas, navegantes como Bartolomé Diaz, Vasco de Gama, Cabral Almeida y mil otros: de ese pueblo cuyas glorias eran tantas que para cantarlas dignamente le deparó el cielo un Camoens.

Criado al servicio de la reina Doña Leonor este hidalgo de Oporto, conocido ya en Portal durante el reinado de D. Manuel por sus servicios en la India, formando parte de la primera expedición sobre Malaca, y de la que fué en descubrimiento de las Molucas, y agravado por dos ocasiones en vez de remunerado, se sublevó su enérgico carácter hasta el punto de desnaturarse de su patria para naturalizarse en España y proponer al emperador la exploración del paso al mar del Sur.

No supo Portugal cuánto perdía hasta ver en vías de hecho el proyecto de Magallanes. No presumió Xebres y Fonseca todo el bien que reportaba España de sus persistentes consejos al emperador para que desoyera a los emisarios del rey de Portugal, que con el ahínco de la emulación querían estorbar la empresa. No sospechaban los oficiales de la contratación la injusticia que inferían a Magallanes al ponerle entorpecimientos y desconfiar de su lealtad.

A pesar de todo, la expedición se realizaba. Cinco naos la componían, nombradas *Trinidad*, *Concepcion*, *San Antonio*, *Victoria* y *Santiago*.

La capacidad de todas juntas (1) no alcanzaba la que hoy tiene cualquier fragata mercante de la carrera de Indias; el porte de la mayor sería desdeñado por un buque de cruz de los que emplea el comercio de cabotaje: las condiciones para la vida de a bordo horrorizarían al navegante de nuestros días más habituado al sufrimiento; las de higiene al capitán de una de esas fragatas objeto de tráfico inmoral; las provisiones serían deficientes hoy en cualquier mesa de humilde buque de pasaje; los palos, vergas, antenas, velámenes, jarcias, el aparejo en suma, motivo de burla de los marineros de nuestra época; los instrumentos para situar la nave, reducíanse a mala brújula y astrolabios y cuadrantes groseros, que daban alturas con dos, tres y más grados de error; los medios de calcularlas, tan rudimentarios, que el punto de situación vagaba en centenares de millas de las observaciones de unos las de otros.

Y sin embargo, el mar conocido era el mismo en sus accidentes; el que iban a explorar ¡sábalo Dios!

El mismo Magallanes, general de la Armada, honrado por el emperador con la encomienda de Santiago, mandaba la *Trinidad*; capitanes de las otras, éranlo a su salida, Gaspar de Quesada, Juan de Cartagena, con el cargo de veedor, Luis de Mendoza, con el de tesorero, y Juan Serrano.

(1) La *Concepcion* era de porte de 90 toneles; la *Victoria* de 85; la *San Antonio* de 120; la *Trinidad* de 110; la *Santiago* de 75. La suma es 490; aumentando la quinta parte, por hallarse el tonel con la tonelada en la relación de 4 : 5 dá un total de 576 toneladas para los cinco buques de la expedición. Cualquier fragata de la carrera de Indias mide de 800 toneladas en adelante. Véase cómo no hay hipérbole en el texto.

El coste de cada una fué: el de la *Concepcion* 228.750 maravedises; el de la *Victoria* 300.000; el de la *San Antonio* 330.000; el de la *Trinidad* 270.000; el de la *Santiago* 187.500.

Doscientos treinta y nueve individuos sumaban las dotaciones, y en las listas triplicadas de la *Concepcion* léase por Maestre en una Juan Sebastian del Cano, en otra Juan Sebastian de Elcano, y en la tercera tan solo Juan Sebastian. En el márgen, bajo el membrete del pueblo de naturaleza, aparece en todas Guetaria.

¡Quién hubiera dicho al maestre de la *Concepcion* en 27 de Setiembre de 1519, día en que zarpó de Sanlúcar la flota, el lauro que la fortuna le aparejaba a los tres años de su salida! ¡Ni cómo imaginarlo tan grande que empeñase el origen y ortografía de su nombre a continuadas y nunca concluidas polémicas! (1)

No es ocasión ahora de terciar en ellas, pero debiendo elegir una lección, acepto la que el uso ha hecho triunfar, y de tal modo, que si le llamára Cano sin referencia a hechos concretos, acudiría a vuestra mente la alusión a Melchor, a Alonso y a otros Canos, que bajo sus apellidos inalterables, los ha pregonado la fama.

De setenta y cuatro extensos artículos constan las instrucciones que podríamos llamar a la vez ordenanzas de esta Armada, segun costumbre de la época en que la legislación sobre tales puntos era casuística.

Las relaciones de unos a otros cargos, la conserva de las naves, el modo de recuperar la union, las señales por medio de los fuegos, la custodia y distribución de provisiones, la gradación de penalidad, la manera de rescatar especería, perlas y piedras preciosas, detallando la forma, grandor y oriente, segun estuvieran ó no horadadas, la repartición de presas...; hasta se prefiaba el tiempo, por días exactos, que podían esperar las naves en el surgidero a la retrasada ó extraviada. No he visto instrucciones más precisas, más menudamente previsoras, y por ello más contraproducentes.

Los oficiales de la Casa de contratación de Sevilla acreditaban su saber absoluto en el apresto de armadas; pero también su desconocimiento de aplicación en este caso especialísimo. Obraban como pintores escenógrafos que alardeasen en sus trabajos de excelentes miniaturistas.

Ni en la provision de cargos se tuvo en cuenta la rivalidad entre portugueses y castellanos, a pesar de exponerla con repetición para entorpecer el apresto, ni se paró mientes en la necesidad de corregir las atribuciones del veedor dictadas para Falero al trasferir el destino a Cartagena.

En tal estado la flota, y en disposición tal los ánimos, aventurábase a esa vasta superficie, límpida a veces, azul y cristalina, como la mirada del niño; a veces bulliciosamente rizada en argentados penachos, cual trasunto de la alegría del jóven, ya ondulada en sordos y amenazadores senos, como el espíritu de aquellos navegantes a su salida, ya, en fin, montañosa, horrible, rota en hirviente espuma, cual las pasiones de los oficiales de las naos a su llegada al primer puerto.

No iban solamente a afrontar la lucha contra elementos contrarios, sino a defenderse de borrascas que no calman tan pronto cual las del mar.

Así como de los vapores de la tierra se forma la nube, de la acumulación de nubes la tormenta, y del choque de las de contrario fluido se desprende la chispa, así del cúmulo de pasiones se fué levantando aquella tempestad que descargó sus chispas en tierras vírgenes del nuevo continente.

Diferencias de apreciación en las facultades de diversos cargos, manifestaciones irónicas de respeto, resentimientos de categoría traducidos en ofensas personales acentuaron la rivalidad, acrecieron el encono, movieron a sublevaciones, y comenzando por la prisión de Juan de Cartagena y continuando con la muerte de Mendoza apuñalado por orden general, descargó Magallanes los rayos de su ira en Quesada, Cartagena y un capellan su cómplice. Aquél fué ahorcado y su cadáver hecho trozos a pregon público juntamente con el de Mendoza: los otros abandonados en tierra desconocida, de feroces patagones recibían castigo más cruel.

Depurada la atmósfera que había producido el motín, sucediendo la calma a la tempestad, y en Magallanes la prudente clemencia a la ira, continuó la expedición hacia su destino hasta encontrar las naves (ménos la *San Antonio*), el anhelado paso al mar del Sur, merced a la terrible energía de su caudillo combinada con el proceder hábil, prudente y mañoso que desplegó.

Más de cuarenta fueran completamente perdonados, y entre ellos, contra toda probabilidad, Juan Sebastian de Elcano que tomó el mando de una de las naves sublevadas. Nadie lo hubiera creído al ser preso con el capitán de la *Concepcion*, alma del motín y casi tan delincuente como él. Ya hemos visto el triste fin del uno; todos sabemos el glorioso destino del otro. ¡Obraba la casualidad, ó nos descartamos con tal nombre de lo que no está al alcance de nuestra limitada inteligencia? Si lo primero, quedan todavía por apuntar varias casualidades concausas del mismo fin.

Magallanes alcanzaba un triunfo para la Geografía y su mayor título de gloria con el descubrimiento del estrecho de su nombre, que él llamó de Todos los Santos.

(1) En razones sólidas se fundan los que sostienen que era Juan Sebastian del Cano; sin que deje de haberlas también de fuerza para mantener de Elcano. La razón principal a que atiendo para llamarle de este último modo, es que si así no hubiera sido, así lo ha hecho prevalecer el uso, y bajo tal nombre se conoce hoy en el mundo al primer circunnavegador del globo.

Los apellidos, como todas las palabras, sufren modificaciones que hay que respetar.

A Florian Campo nadie le conoce hoy por do Campo, a los Dávilas no se les ocurre eliminar la contracción que altera su apellido de *Avila*. El mismo descubridor del Nuevo Mundo firmárase, como quisiera ó debiera, no es conocido en España más que por Colon, y así se nombran sus ilustres descendientes.

¡Quién sabe si los abuelos de Juan Sebastian se nombrarían Elcano, y su padre y él especialmente aceptarían la alteración que en Castilla pudo sufrir su apellido! Porque, no obstante los documentos oficiales en que aparece *del Cano*, y a pesar de su firma, llama mi atención la preposición de genitivo que le afecta y que nunca se ha usado en apellidos determinantes de cualidad si no de localidad.

Tenía ya á la admiración de las gentes, con su intrepidez, energía y constancia, demostradas cuando dió sus instrucciones para que nadie hablara de retroceder sin haberse remontado hasta los 75°, y desarboladas por dos veces todas las velas de sus palos maestros, decidido como estaba á cumplir su palabra al emperador, pues antes que desistir, decía el piloto Estéban Gomez, «sabré comerme los cueros de baqueta de que están forradas las antenas.»

Y tal carácter, que no desmayó ni aun al desertar la nave *San Antonio*, donde iban gran número de sus compatriotas y mejores amigos, fué el resorte mágico para el éxito de la expedición que inmortaliza su nombre. Así llegó á la isla de los Ladrones, hoy Marianas; y á Zebú en el archipiélago de San Lázaro, conocido despues por Filipino, á los tres y medio meses de surcar aquellas aguas de intenso color, que por lo tranquilas nombraron mar Pacifico, dando á creer á navegantes posteriores que la ironía debió presidir al dictado.

No recordemos la oscura muerte que á Magallanes procuró en Mactan un alarde temerario en defensa del rey de Zebú aparentemente convertido al cristianismo. Aquel hombre de sin par energía que, naturalizado en España, había desoido las repetidas sugerencias de emisarios de su antiguo rey; aquel carácter invencible, grande como el Océano en sus furiosos y en sus bonanzas; aquel Titan que desafiaba los elementos y confundía como Júpiter la ira de los hombres; aquel gigante en sus pasiones, de fisonomía majestuosamente fiera y terriblemente hermosa; aquel coloso de los mares, al morir revolviéndose en el lodo por mano de miserables indios, era nuevo Prometeo que decía á las generaciones cuán cerca del lodo se halla lo más sublime de la tierra (1). No nos detengamos tampoco en reflexionar sobre la imprudente confianza que costó la vida al sucesor en el mando, Duarte, y principales de la expedición, ni en describir las privaciones, penalidades y angustias de los demás, cuando de cinco naves sólo les quedaban en malísimo estado la *Trinidad* y la *Victoria*, y de 239 hombres escasamente la tercera parte.

Pero fijémonos en que sólo una causa de fuerza mayor pudiera excusar la asistencia de Elcano al traidor convite, dada su categoría en el resto de la flota, y tal causa se manifestó por medio de una enfermedad que le retuvo á bordo. ¡Segunda casualidad, ó, como creo, Providencia, que le libraba de segura muerte, al par que de rivales y superiores que le hubieran impedido la sucesión en el mando de la nao *Victoria*!

Así, de una en otra contingencia, procesado Carbalho y depuesto del cargo de general, elegido Gonzalo Gomez de Espinosa en union de Elcano y de Juan Poncevera, visitadas las Molucas, que era el fin de la expedición, y agasajados los castellanos por el noble rey de Tidore, constreñido Espinosa á verificar allí una carena en firme á la *Trinidad* por una vía de agua descubierta al dar la vela de regreso, hubo de verificarlo solamente la *Victoria* apremiada por circunstancias que constituyen la tercera casualidad.

Con tal nave, cascada, vieja, carcomidos sus fondos de la broma, mal acosturados sus aparejos, peor remendadas sus velas, debilitados y enfermos sus tripulantes, emprendió Elcano su viaje por el cabo de Buena Esperanza. ¡No es maravilla que muchos prefiriesen arrojarse en las Molucas todo género de riesgos á correr hácia una muerte tan oscura como cierta en aquellas tablas que más que medio de transporte parecían ataúd de la tripulación! Hasta la cruz de Santiago que en señal de buena-ventura pintaron en la mayor de sus velas, remedaba el sudario que había de envolver sus cuerpos en el abismo de los mares. ¡Cómo describir las privaciones, sufrimientos, peligros, sobre todo, las emociones de aquellos cuarenta y siete hombres durante un viaje de eternos meses, de días sin fin, de angustiosas horas para quienes inflamaba el corazón y la mente la fama del nombre, la vuelta á la patria, el anhelo del hogar, el suspirado abrazo del hijo, de la esposa, de la amada, de los padres!

Si contrarios vientos le obligaban á tomar tierras señoreadas por los portugueses ó á topor con velas de esta Corona tan celosa de sus conquistas; si continuadas calmas agotaban sus provisiones; si los temporales desmentían uno siquiera de aquellos mal ligados leños; si los embates de embravecidas olas ó los contrastes de huracanadas ráfagas, ó la fuerza de rápidas corrientes daban con la nao en el abismo; en el abismo quedaban, fama, nombre, patria, hogar y en soñada aspiración, el momento de abrazar á los seres queridos; instante bendito de dicha pura, que de no ser tan breve no habría materia que resistiera la expansión del alma!

¡Y cuán poco faltó para la realidad de tales presentimientos! Arroz y agua era su alimento durante tres meses corridos desde el cabo de Buena Esperanza, y en razón tan exigua, que ni á los más débiles bastó para vivir, ni á los más robustos para continuar achicando la media anegada nave. Extenuados, incapaces de toda faena, faltos de fuerzas para arrojar al mar las víctimas de la fatiga y el hambre; consumido ya el último grano de arroz; infestado el buque por los pútridos miasmas de carnes corrompidas y por los deletéreos de los cadáveres que un sentimiento piadoso les movía á exponer ántes de lanzarlos sobre la borda, decidieron á surgir en el Puerto de Santiago de las Islas de Cabo Verde, dominadas por la corona de Portugal.

Mientras allí no se enteraron de la procedencia, recibieron Elcano y los suyos hospitalidad digna de aque-

lla gran nación; pero al sospechar que venían de tierras disputadas á la demarcación de su línea, y confirmar la sospecha las raras aves, indios, especería y regalos del Rey de Tidore, se manifestó la rivalidad tan enconada y amenazadora, que Elcano, para no ser prisionero con su nave, abandonó el batel con los trece que habían ido á completar las provisiones y comprar esclavos.

Con diez y ocho hombres, resto de la dotación, y unos seis isleños de las Molucas, escasos víveres é invadida la bodega del agua, que continuamente era preciso desalojar, llegaron á las costas aun llamadas de Castilla; y al cabo de tanto padecer, reanimados los espíritus con la vista de la tierra patria, surgió aquella gloriosa nave en Sevilla, á 8 de Setiembre de 1522.

Día lodo por la posteridad, célebre en los anales del mundo, famoso cual ningún otro para la Geografía, porque determinaba el momento histórico de demostrar á los hombres la verdadera forma y extensión del planeta; y cual si el planeta se avergonzara de que miserables vivientes suyos le hubieran arrancado en tres años el secreto de su rotación diurna, velada desde que fuera lanzado á los espacios, quisieron misteriosos designios fundar la revelación en la discordancia de dos fechas innegables.

Un miércoles 9 de Julio llegaron á las Islas del Cabo Verde; allí contaban jueves 10. Unos y otros estaban seguros en sus cuentas y ambos tenían su razón. ¡Qué fenómeno era este?

Imaginad un inmenso volante girando con rapidez sobre su eje en un sentido, un sér microscópico caminando con lentitud sobre los bordes en sentido opuesto; y al llegar el caminante al punto de su partida habrá de contar de menos la vuelta de su viaje. Tal acontecía á los tripulantes de la inmortal nao, que por navegar en contra del movimiento de rotación del globo, no podían darse cuenta de que en tres años habían andado tanto como la tierra en veinticuatro horas. De aquí que aquel día, síntesis de la empresa más heroica y trascendental para el saber que vieron los siglos no fuera contado por los que la realizaban.

Fama, gloria, patria, hogar, soñado abrazo, todas las aspiraciones del alma, todos los ensueños de la mente, todas las esperanzas del corazón realizaban aquellos hombres en el día no contado en sus fechas. Resucitaban á la vida, y entraban en el templo de la inmortalidad en una para ellos misteriosa.

¡Oh! benditos sufrimientos, penalidades, privaciones y angustias que les deparaba un día, trasunto, aunque pálido, del día eterno que el alma del justo debe gozar despues de combatir con entereza contra las tempestuosas é incansables borrascas del proceloso mar de la vida.

Al otro día, 9 de Setiembre, dirigíanse los diez y ocho resucitados en procesión á la Virgen de la Victoria y á Nuestra Señora de la Antigua, en camisa y descalzos en señal de humildad cristiana, y con sendos cirios como atributos de cristiana fé.

No extrañarán el sentimiento que les movía, ni aun los exépticos de hoy que conozcan aquella época; lo aplaudirán sin conocerla los nacidos en el pueblo de San Fernando y Alfonso; y sin reserva ni comentarios, ni apelación á la historia, se identifican con aquel sentimiento las piadosas mujeres de esta tierra, cuyos ojos, retratos de almas educadas en la más santa de las virtudes, roban al día partículas de sol para irradiarlas al cielo durante la noche, al elevar sus preces en favor de los pobres navegantes.

Nada hablo del marino, porque en la mar no hay ateos.

Los que, aislados del mundo en reducido espacio é ilimitados horizontes contemplan en noche silenciosa la breve desaparición del fosforescente surco que va abriendo la nave, comprenden el efímero brillo de las pompas humanas; los que, agotadas sus provisiones en esas calmas, trasuntos de naturaleza inerte, no les sirve el oro que repleta su buque para obtener un pedazo de pan con que prolongar la existencia, tocan la miseria absoluta de la riqueza del mundo; los que dilatan la mirada sobre una superficie que siempre limita la celeste ó tachonada bóveda, tienen ante los ojos una imagen de lo infinito; los que al elevarla observan el silencioso, uniforme y al parecer pausado movimiento de millares de astros que ruedan por los espacios sin chocar no obstante la proximidad aparente de sus órbitas y la velocidad real de sus carreras; los que saben que nuestro globo es microscópico grano de arena del sistema solar, y todo el sistema leve mancha de la inmensa bóveda; los que admiran la perfecta armonía del universo, del que sólo alcanzan una pequeñísima parte, perdiéndose la mente en mil mundos más allá, adivinan uno en que el alma, abstraída de la cárcel que la aprisiona, anhela romper sus lazos para remontarse á regiones de más feliz morada, donde todo sea amor, verdad, libertad, justicia, bienaventuranza eterna. En una palabra, sienten la pequeñez del hombre, la inmortalidad del alma, la omnipotencia de Dios.

Aun así, puede la soberbia destellar sus exhalaciones. Pero, ruge el viento, las nubes cien veces hendidas por el rayo estrechan los horizontes hasta posarse sobre el mar; el mar se agita levantando y hundiendo la frágil nave en su ondulado seno; las ráfagas se suceden, intensan y rolan con vertiginosa rapidez; las velas se rifan en atronador gualdrapo ó rinden con pavoroso crujido las vergas en que se arraigan; los elementos en su furiosa lucha confunden mar, cielo, nubes y viento en horrible atmósfera que semeja la naturaleza desencadenada; las voces que en el principio no se oían, ya no se entienden, despues no se emiten; las fuerzas se acaban; agótanse los medios de combatir; los atteridos miembros del hombre apenas bastan á sostenerlo contra los rudos embates de la mar; y al contemplar esas montañas convertidas en espantosos torbellinos que, imagen de la humana soberbia, parecen escalar el cielo para volver sobre sí demostrando la impotencia de todo lo que intenta traspasar los límites impuestos por el Creador, y al ver señoreado del buque el roto penacho de hirviente ola, y por ella barridos y misteriosamente sepultados algunos de sus com-

pañeros, comprenden toda su pequeñez; truécase en humildad el orgullo que de ordinario les posee; acude á su memoria la imagen del sér más querido, y si la conciencia en aquellos terribles momentos les grita que su alma naufraga en las borrascas de la vida, no merece la mirada salvadora de la justicia eterna, elévase con trita y atribulada á la que su madre cuando niño le enseñaba á adorar como fuente de misericordia; y niño el hombre ante una muerte que le amaga sin acabar de tocarle, invoca á una mujer infinitamente superior á todas las mujeres, de incomparable belleza mística, pura como ella sola, más poética que las más sublimes creaciones, síntesis de la armonía del universo, y en cuya mirada que nadie merece y la obtienen todos los que con fe la imploran, debe arrojarse el alma con éstasis comparable á la gloria que adivina el alma, cuando siente que su mundo no es el mundo en que el cuerpo vive.

Por eso iban Elcano y los suyos á cumplir el voto ofrecido en momentos tales á la Virgen de las Victorias.

Pero á la tempestad sucede la calma; cielo y mar toman distinto aspecto; se alza la vista hácia inmensa bóveda de intenso azul; dilátase sobre extensa y argentada superficie; se respira suave brisa en atmósfera pura perfumada por el ambiente de las costas; la naturaleza, tan airada poco antes, parece ahora obedecer á una sonrisa del Hacedor; olvidase lo pasado; renace la confianza y vuelve el hombre á hincharse de orgullo fantaseando el dominio de cuanto le rodea.

Por eso Elcano volvería á alistarse en una segunda y desventurada expedición.

Llamado á la presencia del emperador, presentósele en Valladolid con algunos de sus compañeros, llevando consigo los indígenas de las Molucas, regalos del rey Almanzor, especerías, perlas, raras aves y frutos de aquel país. Todo fué placemes en el principio; despues le esperaban en acecho la emulación, la envidia y la ingratitude más ó menos embozada.

Para conmemorar su empresa se le concedió un escudo de armas en cuya primera mitad figurase un castillo de oro en campo gules, y en la segunda, sobre campo dorado sembrado de especerías, dos palos de canela en aspa, tres nueces moseadas y dos clavos de especie. Completaban el emblema un yelmo cerrado y por cimera el globo terráqueo con la inscripción ó mote *Primus circumdedisti me*. Se le perdonó la pena en que incurriera al vender en su juventud una nave de su propiedad á unos comerciantes saboyanos, y se le hizo merced de una pensión vitalicia de quinientos ducados anuales.

Casi valiera más no detenernos en el exámen de este punto, para no tener que decir que al hombre aclamado por haber hecho lo que ningún otro de los nacidos, se le negaba la capitánía mayor de cualquier armada ó armadas que se enviasen al Maluco y la tenencia de las fortalezas que allí se construyesen; se desatendía su deseo del hábito de Santiago que á Magallanes y á Falero se había otorgado antes de su viaje, y á la remuneración que pedía para sus parientes pobres, que tanto le habían auxiliado en sus expediciones, se le contestaba que ya se había previsto lo conveniente.

No nos maraville; el contraste tiene su ley como la armonía la suya. ¡A tanta grandeza correspondía tal pequeñez! Uno de los tripulantes de la *Victoria* que había pasado á Italia era objeto de la curiosidad y admiración de las poblaciones que en masa salían á verle como á un sér extraordinario. Su insigne capitán, que á su llegada fué también en España admirado, al poco tiempo se le negaba las más modestas pretensiones.

Su distinguido biógrafo excusa la negativa del mando de la armada con darse entonces demasiada importancia á los privilegios de cuna. Pero entre mil ejemplos que pudiera recordar, ¿no se había ya dado á un guardador de cerdos, con muy justo motivo, el vireinato del imperio de los Incas? No; la verdad es que en aquella y en éste y en todas épocas, la misera condición de nuestro linaje no ve gloria mayor que la que irradia el reluciente acero al esgrimirse contra la especie humana. Elcano resolvía el más importante de los problemas del saber; de sus luchas, de sus trabajos, penalidades y privaciones sólo tenía por testigos y consortes un puñado de héroes aislados del mundo, sin que les estimulara el aplauso del momento, ni los vítores de la muchedumbre, ni el entusiasmo de las masas, ni la admiración de los pueblos. Si hubiera sucumbido en alguna de sus tremendas batallas contra enemigos mucho más temibles que el hombre, sería una nave más, sepultada misteriosamente en el insondable piélago.

Elcano por otra parte no era de condicion tan humilde como generalmente se cree; y de esta verdad apelo al cronista de Indias, que le conoció y trató, al decir que con las armas concedidas le mejoró el emperador en sus armas aumentándosele de nuevas insignias y honores.

¡Pero las armas! si no le hubieran otorgado, el mundo, al recordar el nombre del primero que circunnavegó el globo, habría de proclamar el *Primus me circumdedisti* como síntesis de un hecho de todos reconocido. La remisión de la pena por la infracción de ley respecto á la venta de la nave, hubiérala granjeado cualquier mediana influencia en el Consejo de Indias. En cuanto á la pensión, ni llegó á cobrarla, ni tampoco su madre ni herederos de ésta.

¡Qué importan efímeras mercedes ni mermadas recompensas á quien alcanza títulos á la inmortalidad! Disgustos más serios trabajaban su ánimo. No aludo á los que le produjera su complicación en el proceso abierto sobre la conducta de Magallanes: sus declaraciones siempre hostiles al malogrado descubridor guiábalas el conato de salvar á sus compañeros y quizá las acentuase su indignación, aún no calmada, por el atropello de toda forma en los castigos de las víctimas.

El capitán de la *Victoria* había conquistado fama; debía, pues, tener enemigos; era objeto de universal admiración, debía serlo de la envidia ó la calumnia; en una palabra, no podía ser feliz desde que comenzara á ser grande.

(1) Magallanes casó en Sevilla con una hija de su compatriota Duarte Barbosa, vecindado en aquella ciudad. El hijo que dejó á su muerte, falleció en el mismo año de 1521: su mujer en el siguiente; su suero que le heredó, en 1525, quedando herederos los primos Juan de Silva, Martín de Magallanes y otro Duarte Barbosa. En 1567 pretendía se le declarara heredero un nieto de un primo hermano del ilustre descubridor del estrecho, llamado Lorenzo de Magallanes, vecino de Jerez de la Frontera, el cual pleiteaba por pobre.

Ello es que temia al puñal asesino. De aquí la cédula que se le expidió en Burgos á 20 de Mayo de 1524, para que *podiera llevar dos hombres armados de todas armas en guarda de su persona.*

¿Por qué y de quienes recelaba que lo hiriesen, lisisen ó matasen? ¿Podría la muerte arrebatarse la gloria? Luego la envidia no armaba el brazo. ¿Sería el cálculo político para que no guiase otra expedición al Maluco, como álguen conjetura? La acción no era impropia de la época, y con ella debió cohonestar la demanda; pero el objeto no se conseguía de no acabar también con su piloto Albo, con Estéban Gomez y otros de la *Trinidad* que habían sido devueltos por el Gobierno de la nación vecina. Sobre todo, ¿no habría mayor fundamento para suponer tal animosidad contra Magallanes y Falero? Y si hubo quienes opinaran que se obrara así, debe inferirse que fué rechazada tal opinión, dada la facilidad con que hubiera podido realizarse.

Sin negarlo en absoluto, presumo otra causa: con mayor razón si en la cédula se expresaba marcasen, en vez de matasen, como aparece en el texto de la biografía.

Elcano á la vuelta de su viaje apenas frisaría en los cuarenta y seis años; más que contara no estaba libre de un sentimiento tan avasallador que se apodera con mayor fuerza de los más grandes corazones, tan vario que lo mismo conduce al heroísmo que al crimen, a lo trágico que á lo ridículo; tan universal, que sin él no se comprende ni el objeto de la vida, ni la belleza del universo, ni la sublimidad de las creaciones de la mente; sentimiento alma del mundo y mundo del alma que nace en el cielo, vive en la tierra, se desarrolla entre lágrimas, tiraniza las voluntades, y, fantasma unas veces, y triste ó dulce realidad otras, parece en ocasiones creado para probar el temple de las almas en esta lucha incesante del corazón y la cabeza, de la materia y del espíritu que sostenemos en la vida.

Cuál sea tal sentimiento no he de decirlo; pero sí que, dados el gran corazón de Elcano, las miradas que su fama le atraía, y los ojos con que miran las que lo infunden en esta tierra de cielo puro, radiante sol, melancólica luna y fragantes flores, pudiese afirmar que en su corazón infundía otro los más dulces latidos, y repercutían en un tercero con los más horribles de venganza y muerte.

Por fortuna no se realizaron sus temores. Juan Sebastian, que así á secas se le nombra también en el Decreto (1) designándolo vocal de la Junta de letrados, astrólogos y pilotos españoles y portugueses reunida en Badajoz para dirimir las cuestiones de pertenencia sobre la situación del Maluco, expuso su dictámen práctico, en unión del de D. Fernando Colon, ilustrado hijo del Almirante, que allí lucía en primer término, y regresó á Valladolid con ánimo de formar parte de la flota que se apostaba para repetir el viaje por él realizado.

Cuatro naves que armó en Portugalete, y tres alistadas ya en la Coruña formaron la armada, que bajo el mando del Comendador de San Juan, Frei García de Loaisa y por capitanes de las naves caballeros tan linajudos como Pedro de Vera, Rodrigo de Acuña, Jorge Manrique de Nájera, Francisco de Flores y Santiago de Guevara se hacia á la mar nuevamente en demanda del Estrecho.

Elcano era capitán de la *Santi Spiritus* y piloto mayor, ó sea verdadero jefe de la derrota. Además nombrábase en provision secreta general en jefe si llegaba á faltar Loaisa. Prueba de que la nobleza no tenía en ménos subordinar los antiguos timbres de sus pasados á los blasones de ayer reconocidos como mejores.

Desventurada expedición aquella, mucho más infeliz que la de Magallanes, si no por las revueltas de los hombres, por las contrariedades de los elementos. ¿A qué narrarlas ni aun someramente? Todos sabemos la forzada dispersion de los buques, y el término fatal de la suerte les tenía deparado; el descubrimiento de la isla Pedro Fernandez y el del cabo de Hornos, verificado por la nave *San Lesmes* en su forzada corrida hasta el acabamiento de las tierras; el período interminable de 50 días ó sea un mes más que el tardado por la de Magallanes en el paso del Estrecho, la pérdida de la *Santi-Spiritus*, y trasbordo de Elcano á la *Capitana* que, por rara coincidencia, nombrábase también *Victoria*; el aislamiento de ésta en medio de ese mar que se les mostraba tan proceloso como pacífico se había presentado á la expedición anterior; todos imaginamos las angustias de aquellos navegantes al ver sucumbir cada día á dos y tres de sus compañeros, en medio del rugir de las olas que invadían la cubierta aumentando el agua que las aventadas costuras dejaban entrar por el fondo; todos, en fin, traemos con dolor á la memoria el desaliento y postración de Elcano, y el presentimiento de su próximo fin, al redactar sus últimas disposiciones, en que corren parejas la fe y resignación del cristiano, la piedad de un alma levantada, la humildad de un corazón contrito, y la amargura del que lleva á misterioso é ignorado sepulcro, amor, esperanzas, ambición y gloria.

No es de extrañar que al saber la sucesión suya, en el mando, por muerte del Comendador, le ocupara tan sólo la pena de perder á aquel amigo, espejo de caballeros, y para nada la satisfacción del honor que recibía, objeto de sus constantes aspiraciones.

La dicha es un fantasma que si por acaso toma cuerpo es cuando faltan manos para alcanzarlo. Así acontecía al insigne navegante: se le presentaba la felicidad del brazo de la muerte. ¿Y quién sabe si la muerte le llevaba á la felicidad verdadera!

Las exéquias del hombre á quien fué dado arrancar al planeta su más importante secreto, celebrábase en ese templo majestuoso que tiene por bóveda el inmenso cielo, por pavimento el anchuroso mar, por cánticos los

bramidos de las ráfagas, por órgano el rechinar de las maderas. Un sentido *Paternoster* fué su *requiem*, su duelo la estela de una nave, su fosa la que el mismo cadáver abrió en el elemento donde corriera su vida.

Las aguas del Pacífico parecían celebrar sus esponsales con el que las había surcado vírgenes, al abrirles su pudoroso seno y ocultarlo en él para siempre de la mirada de los vivientes. La fama se apoderaba de su nombre para darle el mundo por pedestal. Su auréola no irradia tan sólo en la tierra que meciera su cuna. La patria de Juan Sebastian de Elcano es el mundo; su asiento la Geografía, que no tiene patria.

El descubrimiento del Nuevo Mundo y la circunvalación de nuestro planeta, que son los dos momentos históricos más solemnes de la Geografía, pertenecen á España. A España también corresponden los dos accidentes más importantes de aquellos hechos; el de un nuevo mar y el del Estrecho de comunicación entre el mar conocido y el descubierto.

Si nobleza obliga, obligada está la nación á proseguir con ahínco los adelantamientos geográficos. Pero aún hay más.

El *plus ultra* como proemio, el *circumdedisti me*, como término de la obra, debían encontrar su epílogo á través de los siglos y de las vicisitudes de las naciones.

La nuestra, á pesar de su decadente período, y siu atesorar el secreto del blindaje de los buques, fué la primera que pasó su estandarte por la redondez del globo en uno de aquellas condiciones, más adecuadas para el combate contra hombres, que para luchar contra los elementos.

La *Victoria* y la *Numancia* representan dos épocas, no ya ante la historia de la marina, sino en los anales de la humanidad. La época de la nao *Victoria* era la del corazon, la de la *Numancia* lo es de la cabeza; en aquella revestíase aún el hombre con hierro para resguardarse sólo de la fuerza del brazo; en esta se blindó el buque para precaverse contra la fuerza de la cabeza. En la primera, los hechos no tenían otra importancia que la del resultado; en la segunda, trasciende á lo accidental y se materializa el recuerdo.

Por eso fué la *Victoria* aventurada á viajes vulgares, y misteriosamente sepultada en el mar, y la *Numancia* os-tenta ya una placa como recuerdo del suyo.

Una cosa hay de comun entre las dos épocas que las ligan en apretado vínculo. Los tripulantes de la nao en su gran mayoría eran hermanos ante la nación de los tripulantes de la fragata; la enseña, con diversos colores, simboliza lo mismo; unos y otros reflejan sus hechos en esta madre de todos los españoles, más querida mientras ménos afortunada, cuyo solo nombre inflama los pechos de sus hijos, levantándolos á grandes empresas para no desmerecer de sus mayores ante la patria.

FRANCISCO JAVIER DE SALAS.

NUMANCIA Y VIRIATO.

Roma, dominadora del mundo, quiso sujetar á España á su imperio, que fué tenazmente combatido por los bravos numantinos. El Senado romano habia prohibido á los pueblos sometidos á su poder, que construyeran fortalezas sin su venia, les exigía el pago de enormes tributos y les ordenaba que sirvieran en sus legiones. Odiosa servidumbre que subyugaba á los fieros hijos de la nación hispana, armando sus robustos brazos, para ser los verdugos de su patria.

Appiano asegura que existía en los años 601 una ciudad llamada Segeda, situada en los confines de la Celtiberia, entre los Belos, acaso, segun la opinión de Mariana, donde más tarde se levantó Osma. Segeda se confederó con los pueblos comarcanos, fortificando sus murallas contra la autoridad de Roma. Numancia tomó parte en la confederación y formó con los belos una alianza vigorosa para combatir á sus opresores.

Grande alarma produjo en el Senado este acto de independencia. El cónsul Quinto Fulvio Nobilior, fué enviado con fuertes legiones para domar el valor de los celtiberos.

Los ciudadanos de Segeda, que no habían acabado de construir sus fortificaciones, hicieron partir sus mujeres y sus hijos á los arevacos, pueblos cercanos más seguros, y nombraron por su capitán á un varón animoso y conocedor de los ardidés de la guerra, llamado Caro, que derrotó en una celada al ejército del cónsul. Su excesivo arrojo al perseguir á los fugitivos le costó la vida, porque la caballería romana se revolió contra los vencedores, y á su vez fueron vencidos y forzados juntamente con los arevacos, á refugiarse en Numancia.

Esta ciudad sólo tenía puesta su confianza en el indomable brío de sus valerosos hijos, que habían endurecido sus miembros y fortalecido sus ánimos en los rudos trabajos de su azarosa vida. Numancia carecía de torres, de baluartes, de murallas para su defensa. Un alcázar no más era su escudo contra tan poderosos enemigos.

Asentada en los extremos límites de la Celtiberia, entre los pueblos arevacos, circundada de montes, sólo ofrecía un lado accesible, por un valle fresco y fértil, que se extendía desde la ribera del río Tera, en su curso de tres leguas, hasta mezclar sus ondas cristalinas con la corriente caudalosa del río Duero. Los arevacos y los numantinos eligieron por sus capitanes á Haraco y á Linthevon.

Masinissa envió desde Africa quinientos caballos nómadas al cónsul, que tenía además muchas legiones. Desafió á los celtiberos, que aceptaron el combate; pero abiertas las filas romanas, pasaron

los elefantes, y los numantinos, sorprendidos por no estar acostumbrados á igual lucha, retrocedieron con espanto para guarecerse en su ciudad. Pero un elefante herido se embraveció y comunicó su furor á todos los elefantes, que vueltos contra los romanos, sembraron en sus filas la confusión y la muerte, y los numantinos aprovecharon este accidente y forzaron á sus enemigos á recogerse á sus reales. La ciudad de Ocite, destinada á guardar el almacén y los bagages de los romanos, se pasó á los celtiberos. El cónsul temió que otras ciudades podían seguir tan funesto ejemplo, y levantó el campo, que habia asentado á cuatro leguas de Numancia.

La escasez de vituallas y los rigores del frío de un crudo invierno, y los encuentros mencionados, destruyeron el ejército romano.

Estos desastres alarmaron al Senado, que llamó á Fulvio, y vino el cónsul Marcelo con ocho mil peones y quinientos caballos de socorro. Logró apoderarse de Orelle, y dirigió sus huestes contra Numancia; pero á instancias de Linthevon, su caudillo, se concertaron las paces, y desamparados los arevacos, los thitios y los belos, que fueron los primeros á levantarse contra los soberbios invasores, se rindieron, y segun asevera Estrabon, fueron perdonados, á condicion de entregar rehenes y de pagar seiscientos talentos.

La crueldad de Sergio Galva, que gobernaba la España ulterior, hizo aparecer en el teatro del mundo al héroe de la primera epopeya nacional, al gran Viriato, de inmortal fama, que más brilla al través de las edades pasadas y de las generaciones extinguidas.

Galva habia invadido y talado los campos de la Lusitania, y respondió á los embajadores de aquel pueblo, que les daría campos más feraces, si se presentaban los suyos en sus reales, repartidos en tres escuadras; y fiados en sus ofrecimientos, vinieron á la presencia del pretor, que los despojó de sus armas y les dió muerte alevosa.

Esta infame deslealtad excitó la indignación en el alma de Viriato, que habia sido en su mocedad pastor le ganados, desarrolló su génio nativo, y organizó con destreza admirable á la multitud de sus partidarios, enardecidos por el heroísmo de su jefe, celosos de vengar á sus conciudadanos vilmente inmolados y de defender la independencia de su patria. Sus triunfos fueron rápidos, sus marchas prodigiosas por ásperas y agrestes veredas, y sorprendentes las celadas en que fué vencida y humillada la arrogante Roma. Derrotó su ejército en Lusitania, y dió muerte al pretor Cayo Plaucio, cuyo sepulcro existía en Evora. Viriato pasó despues á Andalucía, y mató en Fribola cuatro mil romanos y al pretor Marco Vitilio; las legiones, aterradas, se salvaron en Tarifa. Allí, reforzadas, se aprestaron á un nuevo combate, en el que fueron destruidas completamente por Viriato, que volaba desde los campos turdetanos á los carpetanos. Otro pretor, Claudio Unimano, vino á España y fué muerto también, y la parte más gruesa de su ejército pereció en la batalla de Urique en Portugal, donde una piedra testificaba la muerte del pretor, segun el testimonio de Andrés Resendio en sus *Antigüedades*: en Viseo se hallaba el sepulcro de Lucio Emilio, que murió en la pelea.

Mariana dice que las haces de varas y alabardas, que eran las insignias de los magistrados, fueron colocadas, como trofeos de la victoria, en los montes de la Lusitania.

Tantos reveses aterraron al Senado, que hizo aprestos inmensos y juntó quince mil infantes y dos mil caballos al mando del nuevo cónsul Q. Fabio Máximo Emiliano, hermano de Scipion el Grande, que alcanzó la gloria de vencer á la poderosa Cartago.

El ejército arribó á Osuna, y fué maltratado en algunas escaramuzas por la pericia de Viriato, que por vez primera fué puesto en huida cerca de Cádiz, acometido por legiones numerosas.

Viriato reparó sus fuerzas quebrantadas, reanimó el valor de sus soldados, acostumbrados á arrostrar con ánimo firme la destemplanza de las estaciones en las más agrestes sierras, y llamó á las armas á los arevacos, los belos y los thitios, para que acudieran en su ayuda á la defensa de la libertad de la patria. El comun peligro enardeció los ánimos de aquellos pueblos amantes de guardar el arca veneranda de su independencia y se despertó con más vigor el bélico ardimiento de Numancia.

Viriato continuó la grandiosa empresa de sus magnificas victorias. Varios cónsules vinieron con refuerzos de soldados para someter al libertador de España al yugo de Roma. Quinto Cecilio Metello y Quinto Fávio Servilio, que llegó acompañado de diez y ocho mil infantes y mil quinientos caballos, y diez elefantes, y trescientos hombres de á caballo que le envió Masinissa. Viriato no los dejaba en reposo; de día y de noche se ocultaba en los bosques de Andalucía y caía de improviso sobre las huestes enemigas; no les concedía una hora de sosiego, y diezmaba sus fuerzas y los envolvía en sus emboscadas.

La ciudad de Erisana sufría el asedio de los romanos. Viriato se introdujo dentro, de noche, sin ser descubierto, y al día siguiente arremetió con varonil denuedo á los sitiadores, que levantaron el cerco en precipitada fuga, y Viriato supo valerse de su derrota para arrancarles una paz ignominiosa, en virtud de la cual quedaron libres los romanos, y fué llamado amigo del pueblo romano. Los soldados guardaron el botín que habían con-

(1) Y lo mismo en las declaraciones del proceso mandado formar por Magallanes y del instruido en Sevilla, con motivo de la desercion de la nao *San Antonio*.

quistado en el combate, y esta paz fué un ultraje á la majestad de Roma. El Senado mandó al cónsul Quinto Servilio Cepion que rompiera el pacto, por juzgarle afrentoso y concertado sin su autoridad.

Viriato alcanzó nuevos trofeos; perseguido por huestes muy superiores, se escapó de caer en las manos del cónsul, merced á su intrépida astucia, y penetró en la Carpetania, que era el reino de Toledo.

La traición más infame arrancó la vida al gran caudillo.

El cónsul ganó con ricos dones y promesas seductoras á los embajadores de Viriato, á quien brindaba con la paz; y cuando el héroe dormía descuidado en su lecho, murió al filo del puñal de los traidores.

Así murió este hombre extraordinario, que fué el génio de la independencia, que desafió la pujanza de la altiva Roma cuando se encontraba en su mayor apogeo: elevado desde la humilde esfera de su linaje, por su mérito sublime, á la cumbre excelsa del poder y de la gloria, la prosperidad lisonjera no desvaneció la grandeza de su alma ni la abatió jamás la fortuna adversa. Sus exéquias funerarias fueron solemnizadas por las lágrimas de sus soldados y por el duelo nacional.

Los asesinos del grande hombre demandaron en Roma el premio de su felonía, pero el Senado rechazó con menosprecio á los malvados. Les dijo que el pueblo romano no sancionaba la muerte de un caudillo por sus soldados: así, los traidores, en vez de ser remunerados, fueron aborrecidos. Su crimen era merecedor de un castigo más severo.

Los numantinos y los termesinos, por las capitulaciones asentadas con Metello, habían sido declarados del pueblo romano, y conservaban su libertad.

Quinto Pompeyo pretendió esclavizar á estas ciudades, y acometió á los termesinos, que fueron vencidos, y tomó la ciudad de Termancia. Sola quedó Numancia, y Pompeyo quiso hacer salir de madre al río Duero para que no entrasen bastimentos á los cercados; pero éstos hicieron una salida, destruyeron las obras, dieron muerte á los que las construían, á un tribuno del pueblo y á los soldados que conducían las vituallas. Pompeyo, espantado de tanta audacia, engendradora de tantos daños, al ver que sus soldados no podían salir del campamento, donde unos perecían por las enfermedades y otros eran muertos por los numantinos, se vió obligado á levantar el cerco. Les ofreció la paz si deponían las armas. Los numantinos no accedieron á esta demanda, por comprender con acierto que si dejaban las armas perderían su libertad. Tocaron el atambor, hicieron levadas de gentes y juntaron ocho mil peones y dos mil caballos. Megara, experimentado en la guerra, fué nombrado su capitán.

Los numantinos desplegaron su actividad prodigiosa, y desde sus collados, y en sus correrías aprisionaban ó daban muerte á los sitiadores; y Pompeyo, al conocer que sus esfuerzos eran vanos para rendir á los bravos hijos de Numancia, asentó las bases de una paz en extremo deshonrosa para Roma. El Senado no aprobó este concierto, y nombró al cónsul Cayo Hostilio Mancino, para emprender con más empuje la guerra contra Numancia.

El cónsul fué derrotado en varias batallas, y Pompeyo, lleno de terror por tantos reveses, sabedor de que los vaceos, que eran los castellanos viejos, y los cántabros, venían en ayuda de los numantinos, levantó de noche el campo, y se retiró á lugares más seguros y apartados. Numancia, entregada á fiestas y regocijos en aquella misma noche, no supo su partida. Mariana refiere la conducta de dos mancebos que pretendían casarse con una doncella, y para excusar debates, acordaron que fuera el preferido el primero de los dos que cortara la mano derecha de un enemigo y la rindiera por ofrenda de su himeneo. Los dos mancebos partieron á los reales, y al verlos vacíos participaron la nueva á sus conciudadanos, que alegres y entusiasmados por este suceso, volaron á cercar á los que antes los asediaban. Mancino, temeroso de no poder salvar su ejército, aceptó la paz que le impuso el vencedor; nueva afrenta que oscurecía el esplendor de las glorias de Roma, que no podía domar la rudeza heroica de una ciudad.

El Senado llamó al cónsul, y rechazó su vergonzoso concierto. Los embajadores de Numancia reclamaron la entrega de los soldados que habían recobrado su libertad y salvado sus vidas por la capitulación, y el Senado reconoció la razón de la demanda; impulsado por un escrúpulo de justicia, encomendó al nuevo cónsul Publio Furio Filon, la entrega de Mancino, y apenas asentó sus reales cerca de Numancia, hizo que Mancino, desnudo el cuerpo, atadas atrás las manos, fuese puesto muy de mañana á las puertas de Numancia. Y como los enemigos no le quisieran recibir, pasado el día y venida la noche, fué vuelto á los reales.

Las legiones fueron vencidas en varias batallas; el cónsul Furio, y su sucesor Q. Calpurnio Pison, perdieron sus ejércitos, y solo el nombre español llegó á infundir espanto en el corazón de los invasores. Nuestros soldados se habían acostumbrado á obedecer á sus capitanes, no peleaban en tropel, como en los primeros tiempos; habían aprendido las leyes severas de la disciplina romana, ordenaban sus huestes, se gobernaban con prudencia; perseverantes en defender sus más caros intereses, sufridos en los trabajos, su constancia indomable y su valor invencible causaron impre-

sion tan profunda en el Senado, que apeló al remedio supremo de nombrar cónsul por segunda vez á Publio Scipion, violando la ley que ordenaba que debían trascurrir diez años para hacer esta elección: pero el Senado solo obedeció á la ley de salvación pública.

Vino á España Scipion, llamado el Africano, por haber sido el destructor de Cartago. Le acompañaron cuatro mil jóvenes patricios romanos, que formaron el escuadrón Philonida, nombre de benevolencia y de amistad: introdujo el orden en su campo, del que despidió dos mil rameras y muchedumbre de mercaderes y de agentes avezados á los fraudes y deleites. Dió el ejemplo de virtud austera, era el primero en el peligro y el último en retirarse del riesgo. No se atrevió á dar batallas á los ciudadanos de Numancia, porque sus soldados estaban medrosos al recordar sus desgraciados combates. Pasado el invierno, vigorizado el enflaquecido ánimo del soldado en varios encuentros, Scipion apretó el cerco de Numancia.

Dividió los sesenta mil hombres de su ejército en dos mitades. Encomendó el gobierno de la una á Q. Fabio Máximo, su hermano, y tomó la otra á su cargo, mientras los numantinos, animados por tantas victorias, reducidos á seis mil combatientes, estaban resueltos á presentar la batalla, que escusó Scipion, porque concibió el pensamiento de terminar la guerra por la astucia, receloso de exponer sus legiones al esfuerzo desesperado de los héroes numantinos.

Cercó la ciudad con palizadas, hizo un foso al rededor y levantó una muralla armada de vigas y llena de tierra, con torres y troneras. A pesar de los centinelas colocados en la ribera del río Duero, los cercados se zambullían en las olas para llevar vituallas, pero los sitiadores les privaron de este remedio de sus necesidades, levantando dos castillos, con vigas que atravesaban las dos partes del río. Aunque no desfalleció el valor de los cercados, que mataban á los centinelas, al fin se vieron encerrados en su ciudad, por el intento premeditado de Scipion de reducirlos al hambre.

Y resueltos á hacer el prodigioso y postrer esfuerzo, escalan los baluartes, atropellan, hieren, matan á los que se oponen á su paso, pero no pueden romper las trincheras romanas, defendidas por inmensas legiones, y vuelven furiosos á sus hogares. Scipion les mandó embajadores para intimarles la rendición y les dieron la muerte, y ejecutaron el acto más grandioso de heroísmo que ofrece la historia; los unos matan á los otros, incendian sus edificios, los que sobreviven se arrojan á las llamas, y sólo pudo entrar el vencedor sobre montones de ruinas y de cadáveres en la inmortal Numancia.

Glorioso ejemplo que demuestra la abnegación sublime, el heroico sacrificio de que es capaz un pueblo que odia la servidumbre ignominiosa.

Monumento vivo de imperecedera memoria, del amor más profundo por la independencia y la libertad de la patria.

EUSEBIO ASQUERINO.

LA RETIRADA.

(CUENTO-SUCEDIDO.)

A mi querido amigo y compañero Miguel Ramos Carrion.

I

La breve y verdadera historia que me propongo referirte ¡oh laborioso y atareadísimo lector! (porque eso de llamarte "desocupado" va siendo ya tan descortés como viejo) tuvo comienzo hará cosa de treinta ó cuarenta años en esta misma villa del oso y del madroño, y poco más de siete ú ocho irán trascurridos desde que llegó á su completo desenlace.

La circunstancia de vivir todavía uno de los personajes de la tal historia, y la de haber dejado otro, ya difunto, varios parientes que se quejarían con razón de una publicidad no indispensable y quizá inoportuna, me obligan á disfrazar dos nombres muy conocidos en la federal república de las letras, y en esa especie de centro nihilista que en días mejores y lejanos pudo permitirse el lujo de llamarse Teatro Español.

Claro está que tomo estas inocentes precauciones más por cumplir un deber de conciencia, que por prometerme de ellas ningún resultado satisfactorio. Harto se me alcanza que si el lector se empeña en descifrar el acertijo, dará, más pronto ó más tarde, con una solución conocida de muchos; y ¡quién sabe si yo no estoy consiguiendo otra cosa que estimular su curiosidad al defender mi reserva?

II

D. Juan y D. Pedro (escojo estos nombres como podría escoger cualesquiera otros del Almanaque) eran respectivamente el autor dramático y el actor favoritos del público de Madrid allá por los años de mil ochocientos cuarenta... y unipico, que no diría yo á nadie aunque me hiciesen gigote, y mucho menos después de haberme guisado de tan clásica y desafortada manera. Sabida es la parte que tienen el capricho y las pasiones y preocupaciones del momento en cierto género de preferencias, que son tan pasajeras las más de las veces como aquellos sus orígenes y sus causas; pero me apresuro á consignar que, tanto D. Juan como D. Pedro, eran hombres de mérito en sus artes respectivos. D. Juan distaba mucho de ser un literato en toda la extensión de la palabra: quizá no escribía muy elegantemente, quizá en sus versos había menos corrección y pureza que sonoridad y

brío; pero aunque yo me decidiera por la afirmativa en esta cuestión, hoy todavía dudosa, aunque yo me pusiera también al lado de los que le negaban invención para encontrar la idea madre de sus fábulas fuera del repertorio francés de Scribe, Delavigne, Ponsard ó Marivaux, tendría que convenir con sus numerosos defensores y discípulos en que D. Juan conocía á fondo su arte, sabía dar novedad al pensamiento más manoseado, dialogaba magistralmente, sacaba una situación de gran efecto de un incidente vulgarísimo, y comedia suya que él reparase á su gusto y ensayara despacio y bien, rara vez fracasaba. Algun periódico satírico (que ya los había por aquel entonces) comparó á nuestro D. Juan con esos cocineros hábiles y precavidos que de las sobras de la cena saben hacer una comida exquisita para el día siguiente; imágen que tal vez molestara al poeta, pero que envuelve, á mi juicio, más aprobación que censura, porque quien eche á perder, al llegar la hora de guisarlo, todo lo que compró en la plaza, no es cosa tan difícil de encontrar: yo la tengo en estos momentos en mi casa y á la disposición del primero que venga por ella.

Muy semejantes á las de D. Juan eran las condiciones de D. Pedro dentro del arte que fué siempre la mayor, si no la única afición de su vida, y al que continuaba dedicándose con tanto entusiasmo como éxito. De alta, aunque no exagerada estatura; de fisonomía algo menos que hermosa, pero llena, en cambio, de expresión y de movilidad; dueño de una voz dulce y potente al propio tiempo y susceptible de adoptar todas las entonaciones, penetrando hasta el fondo del alma por la sola y exclusiva virtud de su maravilloso timbre, D. Pedro, que no era tal vez un actor de un entendimiento extraordinario ni de una inspiración siempre á la misma altura, poseía un instinto admirable, seguro, infalible para presentar cada cosa del modo más brillante y simpático; conocía á palmos el terreno que pisaba, y una mirada altiva, un grito de angustia, de placer ó de sorpresa, un simple ademán desdeñoso le atraían el ferviente palmoteo de aquel débil y temible tirano á quien D. Juan de Alarcon llamaba "bestia fiera," y que el moderno Roscio dominaba tan fácilmente como Bernabé sus leones y Bidel sus tigres y chacales.

D. Juan y D. Pedro frisaban en los cuarenta años: estaban en el pleno goce de sus facultades y en el apogeo de su gloria. A D. Juan le aplaudían todas las comedias en que D. Pedro tomaba parte; D. Pedro gustaba extraordinariamente en los papeles que le escribía D. Juan, y ambos eran los mejores amigos del mundo. ¡Habrá algún alma tan corva, como diría el rey de los pedantones, que sea capaz de extrañarlos?

III

Orestes y Píades (así les llamaban en el Parnasillo) salían una hermosa tarde de invierno, de esas que Apolo parece preparar de encargo para Madrid, á dar una vuelta por el paseo de las Delicias, terminado un larguísimo y fructuoso ensayo del célebre drama de D. Juan... (ya iba á venderme) cuyo estreno debía tener lugar muy pronto en el teatro de la Cruz. Antes de llegar á la puerta de Atocha quedó resuelto y convenido entre ellos que la nueva obra dramática era la mejor de su autor y la que había de proporcionar á su principal intérprete el mayor triunfo de su vida artística. Respondía D. Pedro de lo primero y se encargaba D. Juan de garantizar lo segundo, reinando á propósito de tan legítimas esperanzas la más cordial uniformidad de pareceres entre ambos interlocutores. Verdad que el cariño que se profesaban y la fé que cada uno de por sí tenía en el buen gusto de su compañero, les obligaban siempre á no tener opinión propia en determinados asuntos, seguros de que la agena era siempre la más acertada y conveniente.

Llegaban ya á las frondosas alamedas del paseo, y dirigiéndose, sin dar señales de cansancio, hacia las frescas orillas del Canal, dijo al Sr. D. Juan el Sr. D. Pedro con los expresivos ojos brillantes de curiosidad y de impaciencia:

—¡Hombre, y no hemos hablado una palabra de lo que ocurriría anoche en el Príncipe! Yo me reventé haciendo el *Otelo* y el *Manolo*, y me metí en la cama antes de las doce; de manera que no sé más que lo que se ha dicho en el ensayo.

—Yo estuve allí—replicó D. Juan—y puedo darte cuenta de todo.

—¡Pues no te lo has tenido poco callado!

—Yendo mi drama el lunes, no me pareció conveniente animar una conversacion que llevaba camino de no dejarnos hacer nada, y por eso callé.

—Bien, pero ahora...

—Ahora te lo contaré de pe á pa. Fué un espectáculo bien triste, y que tanto los actores como los autores, debimos desear y procurar que no se repita. Fué un doble y tremendo fracaso que alguien pudo, y no supo, ó no quiso evitar. Se estrenaba una tragedia del pobre Don Fulano de Tal (*), representando en ella el papel de protagonista Doña Fulana de Cual, persona á quien nadie puede negar que ha sido una de nuestras primeras actrices; pero que ni por su edad, ni por su figura, ni por el decaimiento á que han llegado ya todas sus facultades, se encuentra en disposición de salir á las tablas. Si se limitara á hacer papeles de característica, como la *Doña Irene de El sí de las niñas* ó la *Marta de El arte de conspirar*, ¡vaya con Dios! todavía podría sufrírsela con un poco de benevolencia. Pero, no señor: la maldita, ya que en privado no puede inspirar amor á nadie, ni siquiera manifestar que lo siente, ha de decir y ha de escuchar piropos en público; y para su beneficio y por su encargo especial, le escribió D. Fulanola desventurada tragedia que vimos y no vimos anoche.

—Y la tragedia ¡qué tal es?

—Pues eso es lo peor, que la tragedia adolece de los mis-

(*) Omitimos otros nombres propios para no hacer inútil la reserva adoptada al principio.

mos achaques. D. Fulano no escribe para el teatro hace muy cerca de veinte años, y ya no sabe por dónde anda. La tragedia es larga, monótona y fría como la muerte. Allí no hay novedad, ni calor, ni recurso que no esté gastadísimo. Así es que el público no pudo consolarse de la ejecución con la tragedia, ni de la tragedia con el modo de representarla, y empezó a silbar en el segundo acto, y la obra tenía cinco.

—Claro, si era tragedia...

—Tragedia fué bajo todos conceptos.

—Pero ¿quién diablos mete á ese buen señor á escribir para el teatro, con sus ochenta años cumplidos?

—Todos los diablos del infierno juntos. A mí me había leído su *Lucrecia*...

—Y ¿por qué no le aconsejaste que desistiese de representarla?

—Pareces tonto: porque empezó por decirme que era su obra maestra; porque me la leyó para que me admirara y no para que juzgara un trabajo que ya se había juzgado él. Don Fulano y doña Zutana estaban ayer completamente seguros de que iban á dejar tamañitos con su triunfo á todos los autores y á todas las actrices del día.

—¡Buenos estarán hoy los infelices!

—Hoy están convictos de desgracia, pero no de impotencia. La envidia habrá tenido la culpa de todo. Milagro será si no resulta que tú y yo hemos preparado la silba para asegurar el éxito de mi nuevo drama.

—¡Esto de que los artistas no hemos de conocernos nunca! ¡Esto de que ha de retirarnos el público y de que apenas se dé un caso de marcharnos nosotros á casa antes de que nos echen!

—En todas las profesiones pasa lo mismo, Pedro. Lo que tiene es que al médico dejan de llamarle los enfermos, al abogado no se le consultan más negocios, al militar se le pone el retiro en la mano, y á ninguno de ellos hay necesidad de despedirlos en público, como á nosotros, porque tampoco suelen trabajar en público, y una operación desgraciada, un pleito perdido ó una caída del caballo, aunque sea en día de formación, meten menos bulla que la silba de una comedia. Pero eso no quita que haya médicos que se maten á sí mismos cuando ya no tienen á quién matar, y abogados capaces de enviar á presidio á cualquiera, defendiéndole sin interés alguno, y militares dispuestos á batirse con el primer transeunte, por un pisotón ó un codazo, cuando ya no pueden con los calzones.

—¡Y pensar que Zutana ha sido la reina del público durante tantos años!

—Ahí está el *quid*.

—¡Llegar á perderle el respeto hasta el punto de silbarla!

—En el mero hecho de presentarse llena de arrugas, encorvada, vacilante en el paso, temblorosa en la voz y pretendiendo haber vuelto loco á Tarquino, ella es quien á sí misma se pierde el respeto y quien convida y estimula á los demás para que la imiten.

—Desengáñate, que si la hubiese advertido á tiempo algún amigo suyo...

—Había perdido su amistad en premio de la franqueza. Lo que no se quiere oír no debe decirse. La decadencia física se reconoce y se declara á veces, sólo á veces, pues hay ciegos que se estrellan contra la pared por no confesar su ceguera, y son raros los sordos que renuncian á tomar parte en todo género de conversaciones; pero la decadencia moral no se declara nunca, porque empieza por no reconocerse en ningún caso. Un hombre se confesará viejo, cansado y torpe; se quejará de la debilidad de su vista, de la frecuencia con que las jaquecas le acometen y le postran, tal vez llegue á hablar mal de su memoria y de su voluntad; pero, ¿de su entendimiento?... No se ha dado un caso. Entonces, precisamente entonces, cree tenerlo más claro y más vivo que nunca, más ilustrado por el estudio, más firme por la experiencia; y si no fuese porque todas las demás potencias y facultades se han puesto en contra suya, ¿quién podría con él? Y así y todo, no se cambia por nadie. Y cuando llega el caso y le pinchan, ó se figura él que le pinchan, sale bizarramente á la estacada, y un golpe, y otro, y otro, no le descorazonan, lo que hacen es mantenerle el coraje y conservarle dispuesto á recibir otros nuevos y mayores en lo sucesivo.

—Pues yo, de mí, sé decirte que agradecería á un amigo leal que, cuando llegase la hora oportuna de retirarme á mi casa, me lo advirtiera francamente.

—Yo, por mi parte, espero que dos ó tres fiascos seguidos, si no me curan de la manía de escribir más comedias, os curarán á vosotros de la de representármelas, y con eso me sobra.

—¡Tan vanidoso te juzgas?

—Me juzgo tan vanidoso como tú, tan vanidoso como cualquiera... como el jorobadillo ese que viene ahora á ofrecernos candela para el cigarro. La modestia es un nombre que se ha inventado con el objeto de suplir, en cierto modo, la carencia de una cosa muy necesaria, pero que no existe.

—Un plan se me ocurre.

—Veamos el plan.

—Quedemos desde hoy día de la fecha solemnemente comprometidos á decirnos el uno al otro aquella amarga verdad apenas suene la hora en que debamos, tú dejar de escribir comedias y yo de representárlas. ¿Te disgustaría oír de mis labios?

—Te confieso que no se me había ocurrido esa combinación feliz. De tus labios no puede disgustarme nada, y, además, marchando ambos por caminos tan próximos como independientes, tu opinión no podrá menos de ser al propio tiempo imparcial y razonable. Tu interés consiste en que yo escriba buenas comedias que te den ocasión de lucir tu talento: cuando me digas que decaigo, ¿por qué he de sospechar de tí? No es eso sólo: lo que tú me propones se reduce á decirme privada y amistosamente lo que á otros autores se les dice ó se les da á entender todos los días de una manera menos noble y menos agradable.

—Esas mismas razones tengo yo para considerar seguro tu juicio. Cuando tú no me quieras para intérprete de tus obras, por algo será. ¿Queda sellado el pacto?

—Sellado queda, aunque se repita en nosotros la famosa aventura de Gil Blas con el arzobispo de Granada.

—¡Qué disparate! ¿Te incomodaría tú porque yo te dijera que eres el autor más chapucero del mundo, que el drama tuyo que tenemos en ensayo es una sarta de desatinos y que la grita que le pegarán el lunes va á dar quince y falta á la de *Lucrecia*? ¿Ves, ves como te ries y no te incomodas?

—Yo no: tú serás quien se enfade cuando yo te diga que estás tan ridículo como tu respetable compañera, cuando me decida á ser franco contigo y te confiese que comiucito tan ramplon que tú no pisó jamás los escenarios de Valdemoro, Esquivias ni Ciempozuelos. Ríete todo lo que quieras.

—¿Te convences de que entre los dos no hay incomodidad posible, y me prometes hablarme claro el día de mañana?—preguntó D. Pedro á D. Juan echándole cariñosamente una mano por encima del hombro.

—No sólo te lo prometo—respondió D. Juan imitando la acción de su acompañante—sino que te pido sinceramente que me hagas el mismo favor cuando llegue el caso.

Y reparando entonces que ya no quedaba un alma en las Delicias, y que la noche se les venía encima á todo andar, dieron la vuelta, apretaron el paso, y encamináronse á *Solito* para tomar café y leer lo que decían los papeles públicos sobre el mérito literario de la tragedia *Lucrecia*, y sobre el modo que habían tenido de representarla los actores del otro corral.

IV

Trascurrió algún tiempo, y, como las cosas de este mundo no son eternas, después de una larga serie de triunfos escénicos, que á ellos les parecería corta sin duda, D. Juan y D. Pedro comenzaron á tener que luchar con el terrible peso de los años. Ambos estaban dotados de resistencia y de brío, y luchaban valerosamente, mostrándoseles propicia la fortuna en la mayoría de los casos, porque, digan lo que quieran de la citada diosa los muchos que siempre trae olvidados y descontentos, ella podrá ser torpe y tardía para parar su rueda, pero también suele serlo para ponerse otra vez en marcha y abandonar á los que consiguen hacerla detener aquel primitivo y desvencijado velocípedo. El autor, suplía con su conocimiento de la escena, cada día mayor, su creciente falta de inventiva y de nervio dramático; y el actor, á fuerza de estudiar y economizar sus facultades, realizando verdaderos prodigios de talento, obligaba al público á olvidar el terrible desarrollo de sus narices y de su barriga, y la descomposición y debilidad de aquella privilegiada voz que bastaba en otro tiempo para vencerle y embelesarle. La crítica había dejado ya de discutir su mérito, sobre todo el del segundo, del cual decía la benévola gaceta, al reseñar la representación de todas las obras en que tomaba parte: «Don Pedro estuvo como siempre.» Al autor le daban todavía los críticos algún *jabón* que otro; pero era única y exclusivamente porque con un literato de valer tan indisputable no podían ellos menos de ser severos. Así es que D. Juan tenía que dar las gracias cuando le pegaban un palo.

Trascurrió más tiempo, y la decadencia de ambos artistas acabó de acentuarse, haciéndose verdaderamente insostenible la lucha empeñada entre sus facultades y su voluntad. Aún se los respetaba y se los quería; pero una circunstancia, que pasaba inadvertida para la generalidad del público, permitía comprender el verdadero estado de las cosas á la gente de bastidores adentro.

Los dos ilustres veteranos del arte comenzaban ya á *no dar dinero*, como se dice en el pintoresco y expresivo lenguaje del teatro. Cuando D. Juan escribía un drama lo mejor que él sabía y podía, y D. Pedro lo estrenaba trabajando con la misma fé y el entusiasmo mismo que en los comienzos de su carrera, el público dejaba que los alabarderos y la prensa se despachasen á su gusto; aplaudía también y hasta aseguraba que aquello estaba muy bien escrito ó muy bien recitado; pero no acudía al coliseo arriba de dos ó tres noches, y la función tenía que cambiarse deprisa y corriendo.

Y mientras esto pasaba con nuestros antiguos conocidos, otros autores y otros actores, y muy particularmente un poeta andaluz, que antes de darse á conocer trajo mareado á D. Juan con la lectura de sus disparates (ninguno de los cuales mereció la eficaz recomendación del autor á la moda) y un galán joven que fué en el Real Conservatorio el discípulo más desaplicado de D. Pedro, se hacían aplaudir á rabiar y llevaban gente todas las noches al incómodo teatro del Instituto, aún no se sabe bien gracias á qué intrigas y á qué bajezas. No, lo que es en opinión de D. Pedro y de D. Juan, los noveles artistas no valían un camino: el público iba á verlos y los celebraba porque el público había ido perdiendo el gusto de una manera lastimosa; la prensa los elogiaba, es verdad, pero demasiado sabían los dos amigos lo que entonces costaba cierto género de complacencias; todo ello, sin contar el interés que la envidia tenía en oscurecer, valiéndose de cualquier clase de expedientes, á dos personalidades tan ilustres como las que se veían amenazadas de ser postas el día menos pensado á aquel par de títeres, faltos de educación artística, de experiencia y de respeto á las verdaderas glorias del teatro español. Sobre el porvenir de éste hacían D. Juan y D. Pedro los pronósticos más terribles: á creerlos, ya no había en España quien supiese escribir ni recitar medianamente una redondilla; la exageración, el amaneramiento, el ansia de *sacar aplausos* se habían apoderado de todos los que ellos se guardaban muy bien de llamar compañeros, y la cosa no tenía ya remedio posible.

Debo hacer constar, sin embargo, que D. Pedro y D. Juan comprendían harto mejor el mucho efecto pro-

ducido por sus rivales que el poco que ellos comenzaban á producir. De cuando en cuando, y picado el amor propio del antiguo actor por un reciente triunfo del nuevo, se presentaba en alguno de sus papeles más famosos, y echaba el resto, como suele decirse. El público no siempre apreciaba su mérito en todo su valor, y á veces permanecía silencioso ante los mayores esfuerzos de su antiguo ídolo; pero eso no quitaba que al entrar el artista en su cuarto, donde nunca faltaban algunos fieles amigos ó admiradores suyos y tal cual autor inédito que en él tenía fijadas todas sus esperanzas, dijese á la reunión llena de complacencia:

—Hoy vengo contento: hoy he quedado satisfecho de mí.

—Está saliendo la obra á tu gusto ¿eh?—le preguntaba alguno.

—Hoy he soltado veinte años que me molestaban, y me he visto convertido en un muchacho.

—Le han aplaudido á Vd. mucho, por supuesto...—preguntaba otro de los tertulianos.

—Nada, absolutamente nada. Cuando el público se impresiona de cierta manera, no se acuerda de aplaudir—contestaba D. Pedro con la mayor tranquilidad del mundo.

D. Juan, cuando le llegaba su turno, no era menos ingenioso para consolarse. ¡Escribía una nueva obra, y el público, que todavía le guardaba consideraciones ó todavía no estaba bastante apestado de él, la oía sin perderle el respeto, pero con marcada frialdad? Pues don Juan no se apuraba por eso: daba un abrazo á D. Pedro, el cual siempre había encontrado buena la obra—y le decía estas palabras, que parecía tener estereotipadas para tales casos:

—Hijo mío, el estar un hombre por encima del público tiene también sus amarguras. ¿No han entendido la comedia? ¿Cómo ha de ser! Algun día nacerá quien la entienda. El público que aplaude al poetilla proveedor del Instituto, y al comiquillo del mismo teatro, no nos puede aplaudir á tí ni á mí. Y casi, casi, deberíamos celebrar que no lo haga. La ineptitud y el mérito no deben obtener la misma recompensa.

Y, dicho esto, se retiraban á su casa; se acostaban, se dormían y soñaban... que habían escrito y representado una comedia, y que les habían aplaudido tanto como al *poetilla* y al *comiquillo* del Instituto.

CÁRLOS COELLO.

(Se continuará.)

LAS REFORMAS EN CUBA.

Precedido de un notable preámbulo, la *Gaceta* ha publicado un decreto, suscrito por el ministro de Ultramar, disponiendo la creación en Madrid de una comisión que informe al Gobierno sobre los términos en que haya de proponerse á las Cortes el sistema de tributación de la isla de Cuba, el de sus relaciones comerciales y el de su régimen arancelario, así como respecto de la solución definitiva que convenga dar á las cuestiones suscitadas por la condición excepcional en que se hallan muchos de los habitantes de dicha isla.

La disposición es importante: los motivos en que la ha fundado el señor Albacete, justificados, nobles y patrióticos, y el propósito que se persigue digno de aplauso. No hemos, pues, de escatimar el nuestro al señor ministro de Ultramar, que al proceder á la creación de la junta prescinde de exclusivismos de partido, llamando á personas de diversas opiniones políticas para que asesoren en puntos de tanto interés al Gobierno.

Hé aquí, en prueba de nuestro aserto, las personas que deben constituir dicha comisión: el capitán general de ejército y senador del reino don Joaquín Jovellar, que desempeñará las funciones de presidente; el arzobispo de Santiago de Cuba, D. Augusto Amblard, D. Juan Manuel Sánchez Bustamante, D. José Silverio Jorin, D. Juan Bueno y Blanco, D. Leon Crespo de Laserna, D. Manuel Fernández de Castro; los marqueses de la Victoria de las Tunas, de O'Gavan y de San Carlos de Pedroso y D. Vicente Galarza, senadores del reino; D. Antonio Fernández Chorot, D. Bernardo Portuondo, D. Calixto Bernal, D. Julio Apezteguía, D. José Argumosa, D. Martín González del Valle, D. Manuel Armiñan, D. Mariano Cancio Villaamil, D. Mamerto Pulido, D. Miguel Martínez de Campos, D. Rafael María de Labra y D. Santiago Vinent, diputados á Cortes; D. Manuel Calvo y don Pedro Sotolongo, consejeros de administración de la isla de Cuba; D. Carlos Valcárcel, contraalmirante de la Armada; D. Antonio López y López, marqués de Comillas y D. Manuel José de Posadillo, regente que fué de la Audiencia de la Habana.

Según informes fidedignos, á principios del mes próximo quedará constituida la comisión, y sabemos que se hallan dispuestos en el ministerio de Ultramar todos los antecedentes necesarios. La junta terminará sus trabajos antes que las Cortes reanuden sus tareas, y confiamos que ofrecerá al Gobierno un estudio que facilite con eficacia en los Cuerpos Colegisladores la discusión de las reformas que conviene adoptar.

Como hemos de volver á escribir sobre este asunto, que consideramos vital para la más floreciente de nuestras Antillas, consagrando nuestras tareas al exámen de las referidas reformas, basta hoy á nuestro propósito consignar que al suscribir el Sr. Albacete el decreto de que nos ocupamos, se ha inspirado en el más acendrado patriotismo y en las verdaderas y justas necesidades de la isla de Cuba.

BIBLIOGRAFÍA.

MEMORIAS HISTÓRICAS Y AUTOBIOGRÁFICAS DE MITIEMPO

por D. Andrés Borrego.

Nos hemos referido en nuestro último número al retraso que experimenta la publicación de la interesante obra, de la que debemos comunicación de algunos fragmentos á la amistosa complacencia del autor. Ha formado éste el tenaz empeño de que las *Memorias de su tiempo* no vean la luz pública aisladamente, sino componiendo parte de la edición de sus obras completas, las que, para emplear la misma expresión de que se vale el autor, considera como su testamento, como el legado destinado á dejar alguna huella del paso sobre la tierra, regada con el sudor de la frente del infatigable artesano de la inteligencia.

Pero si entre los libros del Sr. Borrego los hay como sus *Memorias históricas* y sus *Escenas de la Revolución de Italia*, susceptibles de una extensa circulación sin que para alcanzarla se necesite otro estímulo que el del favor del público, no sucede lo mismo respecto á las obras de índole científica, á los tratados especiales, que aunque importantes como elementos de estudio, tienen limitado círculo de lectores.

A semejante inconveniente ha provisto la ley disponiendo que la publicación de las obras que tales circunstancias reúnan, sea auxiliada del fondo especial que, para el fomento de las letras, contiene el presupuesto del Ministerio de dicho ramo.

Mas para que en tan delicado asunto el favor no se anteponga al mérito, dispone la misma ley que no pueda concederse esta clase de subsidios sin que su otorgamiento sea precedido por el informe de aquella de las Academias, á cuya jurisdicción correspondan los trabajos que se trate de fomentar; dictámen que debe ver la luz pública en la *Gaceta* al mismo tiempo que la resolución del Gobierno.

Ahora bien; como de los veinticinco tomos que han de formar la edición de las obras completas del Sr. Borrego, si se exceptúan los diez tomos que componen las *Memorias* y los dos de que constan las *Escenas de la revolución de Italia*, los restantes trece versan sobre materias administrativas, de economía política y de derecho público, era á todas luces procedente que un criterio legal pronunciase acerca de si dichas obras reúnen condiciones que justifiquen hacerles una aplicación favorable de las disposiciones de la ley.

Cumpliendo con lo establecido en la misma, las obras del Sr. Borrego, tanto las ya publicadas, como las inéditas, pasaron al exámen de la Academia de Ciencias morales y políticas, cuya sábia corporación ha necesitado cerca de un año para evacuar el laborioso informe que ha presentado al Gobierno.

Como este dictámen deberá, en su día, ser inserto en la *Gaceta*, no corresponde hablar anticipadamente de él con mayor amplitud que la estrictamente necesaria para dejar consignado el hecho de que, según la opinión de la Academia, es fundado y procedente que la edición de las obras del Sr. Borrego sea auxiliada por el Estado.

Pendiente el asunto de la resolución del señor ministro de Fomento, se halla en suspenso, tanto la reimpression de las obras ya publicadas de nuestro amigo, como la estampación de las inéditas; no siendo posible llenar el preferente objeto que aquél se ha propuesto; el de que el último acto de su vida sea el de dar á luz la edición completa de sus obras, sin saber en qué medida habrán de ser aplicables á estas las disposiciones de la ley.

En el entretanto, y para que el público pueda formar idea de la importancia de las obras de que ha de constar la edición, á continuación damos el catálogo de todas ellas.

1.—PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA CON APLICACION A LA FORMACION DE ARANCELES DE ADUANA Y AL MAYOR Y MÁS RÁPIDO INCREMENTO DE LA RIQUEZA NACIONAL.—(Madrid, 1844.)

Esta obra, la primera en que se halla desmenuada con especialidad la teoría de la confección de aranceles, trata de la aplicación científica y práctica de la verdadera doctrina de la libertad de comercio. La creación de un Ministerio de intereses materiales fué iniciada en España por este libro, toda vez que posteriormente á su publicación se creó el ministerio de Fomento.

Del mismo modo se abogó por primera vez en esta obra, en favor del establecimiento de granjas de labor modelo, de premios agrícolas y de escuelas tecnológicas.

2.—ESTUDIOS POLITICOS QUE COMPRENDEN: LA ORGANIZACION DE LOS PARTIDOS.—(Madrid, 1855.)

Esta obra es tal vez la más clásica que existe sobre la teoría y la práctica del Gobierno representativo en España. Fuera largo citar las aplicaciones que desde hace veinte años están haciendo los publicistas y los oradores parlamentarios de las doctrinas de este libro. Aunque el autor no contase con otro trabajo alguno que lo recomendase á los amantes de la verdadera doctrina constitucional, bastaría esta obra para granjearle el respeto y el reconocimiento de las clases conservadoras, cuyo influjo y legítimo ascendiente moral no podrá verse consolidado interin no se organicen y pongan por obra aquellas clases los procedimientos recomendados por este libro.

3.—ESPAÑA Y LA REVOLUCION.—ESTUDIOS SOBRE EL CARÁCTER DE LAS REFORMAS QUE HAN CAMBIADO EL ESTADO DE LA SOCIEDAD.—(Madrid, 1855.)

Este libro contiene un estudio filosófico, muy exacto, de los errores derroteros seguidos en el planteamiento de las reformas políticas y económicas efectuadas en 1836 y años siguientes.

4.—LA GUERRA DE ORIENTE.—(Madrid, 1855.)

Aunque tiene por objeto este libro tratar de la de Crimea en 1855, encierra sobre Inglaterra, sobre el

equilibrio europeo, y sobre las modificaciones que está llamado á experimentar el derecho público internacional de los pueblos modernos, observaciones que han fijado la atención de la diplomacia extranjera, y de sábios cateóricos alemanes de derecho público.

5.—ESTUDIOS PENITENCIARIOS.—(Madrid, 1873.)

La calificación oficial que ha merecido este libro, y que consigna la real orden fecha 20 de Julio de 1872, así como el juicio que acerca de él expresó en el discurso de apertura de los Tribunales de dicho año, el eminente juriconsulto que presidía el Tribunal Supremo de Justicia, el lamentado D. Cirilo Alvarez, hacen innecesaria otra especial referencia al mérito de esta obra, la primera que haya dado á conocer en España, cómo son practicados en las naciones extranjeras los diferentes sistemas penitenciarios, aplicados á la educación penal de los delinquentes.

6.—HISTORIA DEL SITIO DE PARÍS Y LA GUERRA FRANCO-ALEMANA.

La Junta superior consultiva del Estado mayor del ejército ha censurado esta obra en los términos más favorables, y las reales órdenes fechas 25 de Enero de 1873 y 13 de Marzo de 1876, la califican como un libro que constituye un interesante y verdadero estudio político militar de utilidad notoriamente reconocida para los que se dedican al ejercicio de las armas, y á la teoría y á la práctica de las grandes operaciones de la guerra.

7.—OPÚSCULOS POLÍTICOS.

Este tomo reunirá los más notables folletos del autor, entre los cuales se escogen aquellos cuya lectura será en todo tiempo de interés permanente, por referirse á épocas notables é ilustrar situaciones de verdadera importancia histórica.

OBRAS INEDITAS.

8.—JULIA CADORI.—ESCENAS DE LA REVOLUCION ITALIANA.

Esta obra presenta el cuadro de la trasformacion política y social consumada por Italia en los años de 1859, 60, 61, 62 y 63; sucesos de los que fué el autor testigo, por haber residido durante dichos años en aquella Península.

9.—DATOS PARA LA HISTORIA DE LA REVOLUCION, DE LA INTERINIDAD Y DEL ADVENIMIENTO DE LA RESTAURACION.

Esta obra, que ofrece la explicación más imparcial y exacta que quepa dar del gran sacudimiento político de 1868, al mismo tiempo que la fiel síntesis histórica de la regencia, del reinado de D. Amadeo, de la república y de la situación que siguió al 3 de Enero de 1874; puede además considerarse como el más leal legado que á la monarquía constitucional sinceramente entendida y practicada, puede dejar el hombre que la sirvió con tanta mayor fé, cuanto que ha sido el estudio de su vida entera, el identificar la institucion hereditaria con el desarrollo y la definitiva é incontestada posesion de la libertad.

10.—EL PADRE NUESTRO DE LA CIENCIA DEL CRÉDITO CON APLICACION A LAS NECESIDADES DEL TRABAJO Y DE LA CIRCULACION MONETARIA.

Contiene este libro un estudio metódico y claro de la acción que desempeñan el crédito y el papel, ó sean los billetes al portador, en la obra de la producción general y en los cambios; demuestra los errores de nuestra legislación bancaria y señala los procedimientos conducentes para remediarlos.

Dado á luz en una época en la que tan considerable lugar ocupan en el mecanismo social las cuestiones de crédito, este trabajo presenta un interés de actualidad científico y práctico á la vez.

11.—ESTUDIOS PARLAMENTARIOS EJECUTADOS DE ÓRDEN DE LAS CORTES CON APLICACION A LA REFORMA DEL REGLAMENTO INTERIOR DEL CONGRESO DE DIPUTADOS.

Esta obra, escrita por orden expresa de las Cortes de 1869, para que sirviese de elemento, de estudio en beneficio de las tareas legislativas, contiene un proyecto de reglamento, cuya aplicación concilia con la más amplia libertad de la iniciativa parlamentaria, la economía del tiempo que facilita el despacho de los asuntos de interés general.

Con arreglo á las disposiciones de dicho proyecto de reglamento, no sería posible que las Cortes estuviesen abiertas durante cuarenta días sin quedar en ellos votados los presupuestos.

12.—HISTORIA DE LAS CORTES DE ESPAÑA DESDE LA REUNION DE LAS GENERALES Y EXTRAORDINARIAS DE CÁDIZ EN 1810 HASTA LAS PRIMERAS DEL REINADO DE S. M. DON ALFONSO XII.

Obra escrita por encargo especial de las Cortes y del Gobierno.—3 tomos.

13.—MEMORIAS HISTÓRICAS Y AUTOBIOGRÁFICAS DE MITIEMPO.—(Diez tomos.)

Esta obra, precedida de una introducción que han firmado los señores: D. Ramon de Campoamor, D. Emilio Castelar, D. Miguel de los Santos Alvarez, D. Antonio Romero Ortiz, D. Patricio de la Escosura, D. Juan Valera, D. Gaspar Nuñez de Arce, D. Francisco de P. Canalejas, D. Alejandro Olivan, D. Nicolás María Rivero, ofrece el cuadro en acción de los grandes sucesos y transformaciones que llenan el presente siglo, relato vivo y dramático de la revolución española, de las de nuestras emancipadas colonias del continente americano y de las grandes reformas de carácter político y social sobrevenidas en Europa desde 1814 hasta la época actual.

P. RUIZ ALBISTUR.

DOLORES.

(Continuacion.)

CXXXV

Matilde llevó, no sin esfuerzo, á Casquetillo al salon y le puso sobre el sofá. Casquetillo estaba en un verdadero estado de congoja, de una paralización transitoria de la sensibilidad. Matilde, arrodillada por verle más de cerca, para observarle mejor, aparecía ansiosa, trémula, sobrenatural de hermosura, y al mismo tiempo fatídica y terrible. Satanás humanizado, Satanás mujer, Satanás enamorado, excitado, prepotente, exuberante de vida, inflamados los ojos de un fuego intenso de sensualidad, de vitalidad inmensa; una incalculable agitación de todas las actividades de la pasión monstruosa, que trasfiguraba su extraordinaria belleza, y conmovía lo grave, lo clásico, lo estatuario de los contornos de su semblante.

CXXXVI

El síncope de Casquetillo cedia; pero no tan rápidamente como Matilde hubiera deseado. En el semblante de Casquetillo había una expresión indeterminada entre el deleite que se siente en sueños y el pavor de la pesadilla. Flotaba, por decirlo así, sobre aquella expresión como una emanación del alma, algo indefinible, algo inmaterial, que revelaba un sentimiento de rectitud, de nobleza, de apasionamiento. No podía aparecer más hermoso ni más conmovedor Casquetillo. La mirada de Matilde se cebaba en él, se hartaba de él, iba tomando una expresión de delirio, de enamoramiento arrobado, que dejaba sentir tanto la fascinación de la amante, como la ternura de la madre, y sobre todo esto se revelaban el dolor y el espanto. La ansiedad la hacia sentir un tormento insoportable. No queriendo llamar á nadie, se la ocurrió rociar con agua el semblante de Casquetillo para ayudarle á volver de su desmayo. Tal vez en el cuarto de vestir, en el lababo, habría agua. Matilde se levantó y se dirigió al gabinete. Sobre su marcha, su pié impulsó un pequeño y ligero objeto que la llamó la atención. Era la cartera de Casquetillo que se había caído del bolsillo interior de su *pardessus*, cuando se lo quitó para probarse los trajes que había llevado el sastre. Matilde recogió la cartera y la abrió con avidez. Ahogó un grito, creció su palidez, se extravió su mirada, se convulsionaron los músculos de su semblante, se contrajo su boca, se inflaron las venas de su garganta, se agitó su seno, y toda esta situación de tempestad del alma, de convulsión del cuerpo, se concentró en un gemido. Había visto su retrato.

La situación era suprema. ¿Cómo tenía Casquetillo aquel retrato, del que ella creía no se había sacado más que una sola prueba, que ella había remitido al marqués de Castorey? Tantas suposiciones espantables acometieron á un tiempo á Matilde, que la sobrevino el aturdimiento, el vértigo. Vaciló, y se sentó en el mismo sillón en que había dejado su *pardessus* Casquetillo. Nunca la voluntad ha hecho un esfuerzo mayor. Matilde dominó su perturbación, concentró sus fuerzas. Volvió el retrato, y miró de una manera ansiosa el anverso. No tenía dedicatoria. Aquella no era la prueba que ella había enviado al marqués.

—¡Ah!—dijo,—un abuso de confianza del fotógrafo.

Y respiró de una manera amplia, como el que se siente libre de un peso que le abruma, que le mata.

—¡Ah! ¡él me amaba, él me codiciaba antes de conocerme!—exclamó.—Ahora comprendo su emoción cuando nos encontramos en la iglesia.

Y una sonrisa inefable, una sonrisa de arcángel, iluminó el semblante de Matilde.

—Amigo, sin duda, del fotógrafo,—exclamó.—Esto se comprende. ¡Enamorado de mí tal vez desde hace cuatro meses! ¡Pero aquí hay otro retrato! ¡una mujer! ¡una niña! ¡una ilusión! ¡una belleza suprema! ¡Pero yo la conozco, Dios mío! ¡no, no la conozco á ella... conozco á mi hijo! ¡es ella! ¡ella! ¡su hija! ¡su hija abandonada!

Era el retrato de Dolores. Se parecía á su padre. Era su padre embellecido. Así había podido reconocerla don Pedro.

Así la había reconocido Matilde. Ella sabía que contra su hijo se había ejercitado una acción de reconocimiento de una hija suya natural. La emoción de Matilde era tal como si la hubiese acometido una violentísima excitación nerviosa. Volvió el retrato y leyó en una preciosa letra escrita con tinta azul.

«El alma de Dolores á su querido Pedro.»

La desesperación, la agonía, algo imposible de describir, dió á la mirada de Matilde una expresión suprema. Algo hermoso sobre todas las hermosuras, algo terrible sobre todo lo terrible, algo fascinador y aterrador á un tiempo.

Miró de nuevo el retrato con una fijeza siniestra, con un odio letal, con una envidia de demonio. Dolores le parecía más hermosa aún de lo que lo era. Su cabellera opulenta, su frente serena, sus ojos incomparables, célicos, lúcentes, de expresión lánguida, soñadora y poética; su nariz correcta, graciosa y pura; su boca suspirante, que parecía formada para los suspiros y los besos del amor; el dulce óvalo de su semblante en que aparecía ese impalpable, ese vago sentimiento de la belleza que espiritualizaba en el mármol la estatua griega; la garganta de una voluptuosidad irresistible, y el alma, el encanto moral, misterioso, incomprendible, que determinaban el hermosísimo conjunto del busto de Dolores: aquel conjunto de sensibilidad exquisita, delicada, inteligente, soñadora, que hacia de Dolores un sér elegido, una beldad absoluta que impresionaba á todos, que en todos excitaba el amor imponiendo á la par el respeto; la no reproducción de la parte deforme de su cuerpo, porque solo aparecía el busto, todo esto emponzoñaba el alma de Matilde, dilaceraba, rompía las fibras de su sentimiento, la sumía en un tenebroso abismo de desesperación, la hacia sentir

esa insoportable angustia que llamariamos frio de muerte del alma, si el alma pudiera morir.

CXXVII

No hay agonía sin una perturbacion profunda, sin una casi insensibilidad. Cuantos infiernos pueden atormentar á una criatura, determinaban en Matilde una inmovilidad y una palidez de estatua, una atonia de espanto, una angustia de muerte y un fuego incalculable, de una intensidad, de una luz y de una expresion indefinible en sus ojos. Miedo y furor, desesperacion y ansia, felicidad y horror. Vida, vida á torrentes, encanto irresistible, mágia incontrastable, juventud inmortal, belleza trasfigurada, algo de lo inmenso que se siente y no se explica; estremecimientos de volcan, aliento de fuego; la materia rebosando espíritu, y el espíritu sensualizado por la materia en combustion, en fermentacion, en fiebre, en una de esas terribles situaciones próximas al aplanamiento, á la eterna insensibilidad del sér aniquilado.

CXXVIII

—¡Ah! ¡horrible!—exclamó—¡Insoportable... pero divino!

Y pareció rehacerse.

Por un fenómeno singular sonrió. En su sonrisa aparecía lo inexplicable, lo contradictorio: nunca una vida tan poderosa habia alentado á un sér humano.

—¡Oh! ¡incomprensible, incomprensible!—exclamó—¡yo me he transformado! ¡yo no soy lo que era! ¡y por qué, por qué, Dios mio! ¡Yo no lo sé! ¡yo no me lo explico! ¡desde el momento en que le ví!... ¡hay en él para mí una atraccion irresistible que me absorbe, que me devora, que dilata mi vida, que me engrandece, que me hace olvidar todo, para no sentir nada, nada más que lo que de él emana! ¡Y, sí, sí lo comprendo de una manera inexplicable! ¡Amor! ¡no más que amor! ¡alma! ¡más que alma! ¡Dios!... ¡oh Dios mio! ¡y esta criatura ideal, casi divina! ¡ésta que le ha dado su alma!... ¡su alma no más! ¡tal vez un amor como el mio!... ¡maldito imposible! ¡sentir la luz y no verla! ¡ansiar ver y permanecer ciego! ¡Oh! ¡la vida en la carne, debe ser la condenacion de los espíritus malditos!

Como se ve, Matilde estaba tambien intoxicada de filosofía: dominada por el furor del análisis, obstinada en hacer luz la sombra, devorada por un vacío doloroso, perdida en la duda y el espanto, y ansiando la plenitud de la vida, la facilidad de la omnipotencia, la posesion del fuego sacro.

CXXIX

Y su mirada no se apartaba de la imagen de Dolores, como si una fatalidad la hubiera detenido sobre ella.

Y continuaba aquella convulsion monstruosa de todo el sér de Matilde, aquel acrecimiento de vida, de juventud, de hermosura, de sentimiento: aquella inmensidad.

Indudablemente Matilde era un ser excepcional que se dilataba, que iba infinitamente más allá de los límites comunes.

Todo lo que hemos dicho habia sucedido, desde que Matilde recogió y examinó la carta, en algunos segundos. Para el sentimiento, para la imaginacion, el tiempo no tiene medida. Un instante puede ser un siglo. Las explosiones del alma en que relampaguea un universo, son instantáneas; se siente y se piensa en un instante solo lo que no podría explicarse por medio de la palabra en muchas horas. La actividad que nace de sí misma se devora en sí misma, y se ejercita en una sucesion instantánea, múltiple, de condensaciones y de expansiones; vibra, repercute, atrae, reproduce, repele, borra, y en este trabajo de reproduccion, de reflexion, de agitacion, sobre sí misma, se ilumina y se ensombrece con el *sumum* insoportable de la luz ó el insoportable *sumum* de las tinieblas. El universo en el átomo.

Tal era la situacion de Matilde. Habia sentido la influencia que debía ponerla en aquella situacion, y su novedad terrible la espantaba y la enlanguidecia, la atormentaba y la saturaba de delicias, la hacia asombrarse de sí misma.

CXXX.

Y no era esto solo: por educacion, por costumbre, por temperamento, por sentimiento, Matilde era creyente; más aún, supersticiosa. Tenia todas las condiciones de los séres extraordinariamente sensibles y espiritualistas. Aceptaba todo lo que hablaba fuertemente á su fantasia exacerbada, exuberante. Todo lo inmaterial, todo lo sombrío, todo lo maravilloso del dogma católico y todas las supersticiones de la fantasia delirante. Era avara de todo lo candente, de todo lo sensual; llegaba hasta lo miserable, hasta lo repugnante, hasta el crimen, por la satisfaccion de sus pasiones, y procuraba ahogar su conciencia, que se revolvia contra ella tanto más poderosa cuanto con más voluntad pretendia sofocarla. Era al par verdugo y víctima de sí misma y habia sufrido una vida de tormentos por aspiraciones que nunca habia logrado satisfacer.

Y como si la naturaleza hubiera querido hacerla más terrible, habia perpetuado, por decirlo así, su juventud y su belleza y las habia acrecido con el exceso de la pasion.

CXXXI

De improviso Matilde sintió lo horrible de lo horrible. Continuando en el registro de la cartera, entre algunos papeles insignificantes, noticias para el periódico, borrones de tentativas de versos, habia encontrado la carta que ella habia escrito al marqués de Castorey y que ya conocemos.

Y entonces Matilde se espantó con un espanto mortal. Casquetillo se agrandaba, se hacia terrible para ella. Si era indudable que ella influia en Casquetillo de tal ma-

nera, que al verla de improviso habia caído en sus brazos acometido de un accidente que aún le dominaba, no podía dudarse tampoco de que Casquetillo guardaba con intencion, con un objeto preconcebido, aquella carta, que si no era una prueba, era, por lo ménos, el indicio de un crimen.

Aquella carta daba un poder terrible á Casquetillo, no sólo sobre Matilde, sino tambien sobre el marqués de Castorey. Casquetillo se presentaba á Matilde por una nueva faz. Existia en él un cálculo frio, un espíritu de explotación, una ambicion inverosímil en sus pocos años? ¿Era un sér siniestro como ella? Ella habia sido tambien muy precoz.

Ella, más jóven aún que Casquetillo, habia empezado á emponzoñar su vida. ¿Consistiría tal vez en una perfecta semejanza de espíritu, aquella pasion monstruosa, incomprensible, por la rapidez con que se habia determinado, en que se devoraban el uno por el otro?

CXXXII

La atraccion que para Matilde fluia de Casquetillo, la simpatia que los unia en un amor extraordinario, se hacian sentir de Matilde con una fuerza incalculable. Sonreía de felicidad, de una felicidad tal, que espantaba: ardia en sus ojos el fuego de una pasion satisfecha. Casquetillo representaba para ella un amor candente, inmenso, que ella no habia sentido hasta entonces, que ni aún habia creído que existiera; un amor que, como habia dicho muy bien el Padre Pascual, la encontraba virgen del alma, la demostraba que lo que ella habia creído hasta entonces amor, habia sido una aberracion y una perversion de su sentimiento.

Era aquella una situacion de duda, de combate, de ansiedad, de espanto. Era cuanto podia suponerse en la pasion; más aún, lo inconcebible. Y Matilde estaba constituida para la lucha, para el combate de las grandes pasiones. La actividad voraz de su espíritu, necesitaba alimentarse de lo candente y de lo terrible. Estaba en un momento de durísima prueba, de lucha á todo trance, de ansiedad, de peligro, y sonreía satisfecha.

CXXXIII

Gimió Casquetillo. Su accidente decrecia, pasaba; su intensidad habia durado sólo algunos segundos. Matilde le miró con avidez, y le observó. Aún no podia darse cuenta de lo que le rodeaba. Matilde cerró la cartera, dejando en ella su retrato, el de Dolores, y la carta suya al marqués de Castorey; pero antes tomó y guardó una targeta de Casquetillo; luego se levantó, puso la cartera en el bolsillo interior de pecho del *pardessus* de Casquetillo, sobre el cual habia estado sentada, y se fué al sofá, se sentó junto á Casquetillo, le cogió las manos y le miró con ansia y con delicia.

CXXXIV

Casquetillo se repuso más, vió á Matilde cerca de él, mirándole enamorada, reteniendo sus manos en las suyas frias y temblorosas, agitada toda, embellecida hasta lo ideal por el amor.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio, y cuánta felicidad!—exclamó Casquetillo.

Y dejó caer su cabeza sobre un hombro de Matilde y rompió á llorar.

—Sí, una felicidad infinita,—dijo Matilde levantando dulcemente de su hombro á Casquetillo y separándole de sí:—una felicidad inmensa.

Y miraba á Casquetillo de una manera profunda, como si hubiera querido registrar con ella el fondo de su alma. Pero Casquetillo no mentía. Su mirada revelaba la sinceridad de la pasion. Matilde se sentia amada, y amada de una manera incondicional. La mirada de Matilde dejó de ser sombría para convertirse en gloriosa.

—¿Y ha pasado completamente tu malestar?—le preguntó.

—¡Oh, sí!—respondió Casquetillo:—me he sentido morir; pero ahora me siento bien; como jamás me he sentido: ha sido un pequeño vértigo que ha pasado muy pronto.—Y luego,—añadió con una mirada, un acento y una sonrisa que Matilde absorbió con delicia.—¡Yo te amo!

—¡Amor! ¡amor!—dijo Matilde:—¡fascinacion! ¡engaño!

—¡Ah, no!—dijo Casquetillo:—¡amor del alma, amor de los sentidos, delirio, yo no sé; pero mi sér arde en tu sér! ¡He soñado tanto contigo!

—¡Soñado!—exclamó Matilde cuya mirada volvió á ensombrecerse:—¡soñado sin duda en ese momento en que has estado dominado por el vértigo!

—No,—dijo Casquetillo;—te conozco desde hace cuatro meses.

Matilde palideció y miró con ansia y con temor á Casquetillo; le veía á punto de dejarse llevar por una franqueza aterradora.

—Te amo tanto,—dijo Casquetillo,—que te siento en mi alma como si fueras mi alma, y no puedo tener secretos para tí.

—¡Tan jóven y tienes ya secretos, importantes sin duda, cuando consideras como un caso de conciencia de tu amor la necesidad de revelármelos!

—Sí; secretos graves,—dijo Casquetillo;—pero aguarda, necesito manifestarte á tí tal cual soy para tí.

Y se levantó, y sin muestra de vacilacion alguna, como si por él no hubiera pasado ningun accidente, llegó al sillón donde estaba su *pardessus*.

La mirada de Matilde se extravió. En efecto, Casquetillo empezaba á mostrarse para ella horriblemente franco. No comprendía á dónde Casquetillo podia ir á parar. La situacion era de una ambigüedad pavorosa.

Casquetillo buscó la cartera, y fué con ella á sentarse de nuevo junto á Matilde.

—¡Ah, no!—dijo ella:—¿sé lo que contiene esa cartera!

—¿Qué, lo sabes?

—Sí; esa cartera estaba en el suelo: tú estabas sin co-

nocimiento... la curiosidad es uno de los mayores peligros de la mujer. Sé lo que esa cartera contiene. No quiero volverlo á ver.

—¡Y has tenido en tus manos esta cartera, has visto lo que contiene, y, sin embargo, has puesto la cartera en mi bolsillo!

—Yo no queria que tú supieras que yo sabia lo que contiene esa cartera: me importaba poco el peligro; yo no queria verme obligada á bajar los ojos ante tí; yo queria que creyeses que yo creia que tú ignorabas lo que te dá derecho á despreciarme.

—¡Pero eso es un amor infinito!—exclamó alentando apenas, á causa de su emocion, Casquetillo.

—Yo no sé lo que es; pero te juro que no habria sacrificio que no arrostrase porque tú no hubieses visto una carta mia que hay en esa cartera.

—¿Y qué me importa,—dijo Casquetillo,—que seas un ángel ó un demonio? Yo no te juzgo, yo te siento, y mi sér entero, mi alma, mi conciencia, todo es tuyo.

—¡Sueño y locura!—exclamó con acento apagado y ardiente Matilde:—misterios del espíritu. Y luego en una brusca, en una violenta transicion, exclamó:—¿Qué existe, qué sentimientos, qué obligaciones, qué historias entre tí, y esa criatura, cuyo retrato está en esa cartera?

—¡Dolores!—exclamó Casquetillo de una manera vaga:—¡Dolores! ¡Dolores!... ella es la prueba de lo incontestable del amor que siento por tí.

—En verdad, en verdad,—dijo Matilde, dominándose con una fuerza de voluntad maravillosa,—que la misericordia de Dios es infinita para mí. ¿Pues qué seria de mí si el amor que por tí siento me hiciese sentir celos?

—¡Ah!—exclamó Casquetillo.

Y se quedó mirando perplejo, atónito, como anonadado á Matilde.

—¿Por qué habia yo de haber levantado tu cabeza de sobre mi hombro, por qué habia de haberte apartado de mí, si el amor que por tí siento no fuera purísimo, un amor misterioso que no comprendo, porque en su ternura no hay nada que no sea maternal?

—Pero tú no eres mi madre:—dijo Casquetillo, mirando con una ansiedad infinita á Matilde:—mi pobre madre murió; si tu fueras mi madre, yo no podria vivir.

—No, no; yo no soy tu madre: no sueñes una historia que no existe. Yo no te conocia. No te he conocido hasta hoy...

Y Matilde se detuvo como si su voz se hubiera apagado en su garganta.

Y al mismo tiempo, sus ojos emponzoñaban á Casquetillo; le hacian sentir cuantas sensualidades de la materia y del alma pueden aparecer en la mirada de una mujer enamorada hasta el delirio de un hombre.

—¡Ah! ¡tú me conocias, tú me conocias!—exclamó Casquetillo:—no se puede sentir un amor como el que en tí siento en el espacio de algunas horas.

—Y bien, sí,—dijo Matilde:—tú, desde hace cuatro meses sueñas á causa de mi retrato: yo, en el momento de verte, ví en tí la imagen de un sueño que pasó hace algunos años: tantos casi como los tuyos.

—¡Mi madre!

—¡Sí, tu madre!

—¿Tú has conocido á mi madre?

—¡Sí, Carlota!

La palidez de Matilde era tal, que la hacia semejante á un hermosísimo espectro, en que habia algo de infinito, algo de fantástico. Casquetillo la miraba con los ojos dilatados, en que se trasparentaba, por decirlo así, el espanto del alma.

—Ya ves,—dijo Matilde apagando su mirada, dominando su emocion,—que nos conocemos desde hace tiempo de una manera indirecta, pero bastante para justificar la situacion de sentimiento en que nos encontramos.

—Sí, sí, es verdad,—dijo Casquetillo;—el señor Nemesio, el memorialista, que es el vecino más antiguo de la casa de vecindad en que me he criado, dice que yo soy el retrato exacto de mi madre, que cada día me parece más á ella.

—Sí, sí; tu madre era muy hermosa,—dijo Matilde con la voz enronquecida, en que vibraba algo siniestro, y dominando un estremecimiento penoso.

—¿Has conocido tú á mi madre?—dijo Casquetillo, cuya agitacion crecia.

—Sí,—respondió de una manera más penosa aun Matilde:—tu madre era biznietita de un hombre que por mí has conocido hoy.

—¿El viejo?

—Sí; el padre Pascual.

—¿El padre Pascual, era el bisabuelo de mi madre?

—Sí,—contestó brevemente Matilde.

Y se levantó. Aparecía de todo punto desconcertada. El intenso sufrimiento de su alma se revelaba en su mirada, en la tension de su semblante, en la contraccion de su boca. Y al mismo tiempo, aquella profunda y dolorosa mirada, abarcaba de una manera hambrienta á Casquetillo. Dejaba sentir un amor vehemente, infinito, y al mismo tiempo, una especie de horror mezclada de inquietud y de miedo. Fluia de todo el sér de aquella mujer excepcional, un encanto supremo que determinaba una atraccion irresistible.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuad.)

REVISTA ESPAÑOLA.

Continúa la vida política en el marasmo en que se hallaba cuando escribimos la anterior Revista. La prensa está reducida á la chismografía menuda, y lo único que alimenta un tanto la curiosidad pública, son los pronósticos que se aventuran acerca de los planes legislativos del Gobierno y las edificantes polémicas que sostienen los partidarios de la union democrática.

Parece indudable que el Gobierno se propone dar señales de vida en la próxima legislatura; ya era tiempo. Anúnciase la consabida reforma de la administración que todo Gobierno promete y ninguno lleva á cabo, y se habla de leyes de instrucción pública que prepara el conde de Toreno. Lo que no se dice es que el marqués de Orovio haya descubierto en Sobron los medios de arreglar la Dirección de la Deuda y sacar á flote la Hacienda española.

Reformar la administración española y poner coto á la empleomanía, es empresa superior á las fuerzas de los partidos españoles. En los países en que la política no es una profesión de que se vive, sino una función que ejercen, por amor á la patria, por afán del poder, por soberbia ó por capricho, hombres independientes, de buena posición, que no necesitan del presupuesto para vivir, no hay nada más fácil que tener una buena administración. Basta para ello establecer la separación debida entre los cargos políticos y de confianza, y los puramente administrativos, y dejando al Gobierno la libre provisión de los primeros, hacer de los segundos una verdadera carrera, en que se ingrese por oposición, se ascienda por rigurosa escala, y nadie sea separado de su puesto sin previa formación del oportuno expediente. Fácil sería entonces tener un buen personal administrativo y poner coto á la inmoralidad y la empleomanía. Aumentando la dotación de los funcionarios, suprimiendo los descuentos, favoreciendo la creación de Montepios bien organizados, podían suprimirse, sin daño de nadie, las cesantías, viudedades y orfanidades, disminuir las jubilaciones y reducir á una cantidad insignificante el presupuesto de clases pasivas. Bien retribuido el empleado y seguro en su puesto, su moralidad no se vería expuesta á las tentaciones que hoy le solicitan, ni su celo y actividad amortiguados por el temor constante de una destitución inmotivada; y entrando en su puesto por oposición, la intriga y el favoritismo, aunque no se extirparian por completo, perderían las graves proporciones que hoy alcanzan. Si á estas reformas se agregaba la sujeción de las embarazosas fórmulas del actual expedienteo y la reorganización y simplificación de los servicios públicos, haría más se conseguiría que con medidas ineficaces, cual las que hoy suelen adoptarse.

Pero esto es el sueño de un utopista; esto en España es imposible. Entre nosotros la política es una profesión; el político es político, como pudiera ser médico, abogado ó comerciante. Para un hombre público que viva de sus propios recursos, hay ciento que sólo del presupuesto viven, y estos son necesariamente conspiradores en la oposición y empleados despues de la victoria. Es más; si él que entra en la política ejerce una profesión cualquiera, abandónala desde aquel momento y no vuelve á ejercerla nunca, por grande que sea la necesidad que le apremie. Pareceríale que descendía de su altura si volviese á trabajar despues de la caída. ¡Buena fuera que anduviese visitando enfermos, confeccionando medicinas ó despachando varas de paño el que fué jefe de administración y representante del pueblo en tiempos más dóciles! Más honroso es pasar la vida en visitar *al jefe*, concurrir al café en que se reunan *los amigos*, vociferar en las tribunas del Congreso, contonearse en el salón de conferencias y vivir honradamente de *dar sablazos* á los correligionarios. Si en los Estados-Unidos hubo general victorioso que despues de la guerra volvió á ocupar su puesto detrás del mostrador en que ganó su honrada fortuna, los españoles tenemos demasiada *dignidad* para descender á tamañas bajezas. No en balde se dijo que un buen español, antes que trabajar en cosas feas y groseras, pide una limosna ó sale á un camino, cosas ambas muy propias de nuestra hidalguía tradicional.

Por consiguiente, todo partido español triunfante tiene que repartir un botín, y como no hay otro que el presupuesto, es locura pensar en empleados inamovibles, carrera administrativa y cosas semejantes. ¿Cómo negar la debida recompensa al que agenció votos, se suscribió á los periódicos del partido, sobornó sargentos, allegó fusiles y peleó en la barricada, si el partido es popular y revolucionario? ¿Cómo negársela, si el partido es conservador, al que dirigió una elección de primer orden resucitando muertos, suprimiendo vivos é improvisando actas, al que trajo á la santa causa el poderoso concurso de multitud de personajes, el que condujo con habilidad suma la más negra intriga que imaginarse puede, ó llevó á cabo otras hazañas no ménos valiosas? Se dirá que á unos y otros debe bastarles como recompensa el triunfo de su idea. ¡Excelente argumento, si no fuera porque este triunfo representa para ellos en la mayoría de los casos el feliz término del más prolongado y doloroso de los ayunos!

Pensamos, pues, que es tiempo perdido el que se invierte en preparar reformas en esta materia. No diremos que no haya un Gobierno que declare inamovibles á los empleados despues de haber colocado á todos sus amigos; pero dudamos de que ninguno haga lo que con tanta insistencia se pregonaba. Para éste, como para otros males de nuestra política, no hay remedio posible, porque el mal está por cima de la voluntad de los partidos, y ninguno de éstos puede acometer la reforma sin perjudicarse á sí propio: en España habrá administración cuando haya otras muchas cosas que todos sabemos y que están todavía muy lejos de nuestro alcance.

Lo más que puede hacerse son reformas par-

ciales, esto es, paliativas. Algo parece que en este terreno se prepara, y buen síntoma de ello es el decreto sobre el personal de los establecimientos penales, de que nos ocupamos en otro lugar. Lo que falta ahora es cumplirlo, porque es sabido que España es el país que tiene mejores leyes, pero también lo es que jamás se cumplen.

Temblando estamos por la libertad de la ciencia desde que hemos sabido que el señor conde de Toreno prepara nuevas leyes de instrucción pública. No desconocemos los buenos deseos del señor conde y su interés en pró de la enseñanza. Los trabajos estadísticos que bajo su dirección se han llevado á cabo; la creación de la escuela de Froebel, recientemente inaugurada en Madrid, y algunas otras medidas semejantes, son buena prueba de que el señor conde no mira con indiferencia la instrucción pública. Pero la separación del Sr. Merelo y los desaciertos cometidos repetidas veces en la provisión de cátedras, como las famosas bases de una ley de instrucción pública que tanto dieron que hacer en las Cortes, harto revelan que las generosas intenciones del conde serán siempre desvirtuadas por sus intransigencias ultramontanas. El conde de Toreno, como su antecesor el Sr. Orovio, y como todos sus correligionarios, desconocen por completo los sagrados fueros de la libertad del pensamiento y su gestión en materia de enseñanza ha sido de las más funestas que registra nuestra historia.

La política de los Gobiernos de la restauración, en cuanto á religion y enseñanza se refiere, es su falta más grave é imperdonable y la que abre infranqueable abismo entre ellos y los partidos liberales. Nunca les perdonaremos la redacción del artículo 11 de la Constitución vigente, el decreto sobre matrimonio civil del Sr. Cárdenas, la circular del Sr. Orovio y la destitución de los profesores liberales. Agravios son éstos que no se borrarán jamás de la memoria de los que proclaman como el primero de sus principios la libertad de la conciencia y del pensamiento en todas sus manifestaciones.

Y lo peor del caso es que todo eso se ha hecho por conseguir un resultado que no se ha conseguido. Si en algunos conservadores, como los señores Cárdenas, Orovio y Toreno, por ejemplo, han obedecido tales medidas á una fanática intransigencia, en los restantes han sido el resultado del más cándido de todos los cálculos. El señor Cánovas ha creído inocentemente que unas cuantas concesiones incompletas bastarían para atraerle el apoyo del clero y no ha vacilado en sacrificar la libertad del pensamiento á un cálculo, indigno de un político serio. Sin atreverse francamente á ser ultramontano, ni decidirse á ser liberal, ha adoptado esa política doctrinaria, que se tiene por hábil, y no es otra cosa que nécia é infundada. ¿Y qué ha resultado de todo ello? Que el clero sigue siendo hostil á la política del Gobierno y continúa acariciando sus antiguos ideales, si quiera algunos de sus individuos disimulen sus verdaderas aspiraciones para congraciarse con el poder; que la opinión liberal y los hombres que representan la causa de la ilustración y del progreso se han apartado con horror de un Gobierno que conculca los más sagrados derechos de la persona humana; y que las fuerzas y elementos que apoyan al Gobierno en esta cuestión se reducen á unas cuantas devotas de esas que encienden una vela á Dios y otra al diablo, algunos clérigos presupestivos, y varios conservadores que en secreto se rien de toda creencia y en público defienden la religion porque creen hallar en ella una garantía de sus intereses personales.

Pero los hombres de la *suprema inteligencia* no ven estas cosas; y, satisfechos con esa habilidad que ellos creen digna de Maquiavelo, y apenas es propia de Sancho Panza, siguen impertérritos su camino, y puede asegurarse que la nueva ley de instrucción pública será tan mala como las anteriores.

La libertad de enseñanza continuará reducida á una vana fórmula; concederáse al clero una intervención vergonzante que no podrá satisfacerle, pero que será suficiente para impedir en parte el libre desarrollo de la ciencia; y despues de una discusión bizantina en que los oradores ultramontanos pondrán de relieve las inconsecuencias del Gobierno, los oradores liberales lucharán en vano por la libertad de la ciencia, y el Sr. Moreno Nieto hará portentosos equilibrios en la cuerda floja, y se entronizará una vez más el régimen doctrinario que en la enseñanza prepondera.

En cambio, no se determinarán debidamente los límites y caracteres distintivos de la enseñanza oficial y de la libre; no se reformará el absurdo reglamento de oposiciones hoy vigente; no se introducirán en los planes de estudios las reformas que exigen los adelantos de la ciencia; no se establecerá la enseñanza primaria obligatoria ni se adoptarán las medidas necesarias para asegurar á los maestros el goce de sus haberes; no se aumentará el mezquino é indecoroso sueldo de los profesores oficiales; no se restablecerá la disciplina académica, hoy tan quebrantada; no se fomentarán los estudios de aplicación á las artes y á las industrias, ni se hará nada por apartar á los jóvenes de las carreras literarias y aficionarlos á las profesiones de carácter práctico, y sobre todo, no se aumentará el presupuesto de instrucción pública, y el material de enseñanza seguirá ofreciendo el vergonzoso aspecto que hoy le caracteriza.

¡Cuánto y cuán bueno podía hacer en todo esto el ministro de Fomento, aun limitándose á la or-

ganización de los estudios y á reformas administrativas y económicas en el régimen de la enseñanza! Pero no lo hará; seguros estamos de ello. Limitárase á trabajar en contra de la libertad de la ciencia, á conceder garantías al clero, á halagar á los devotos, á estudiar componendas que le permitan congraciarse con todos, sin reparar que así no satisface á ninguno; y todo quedará por hacer, y la nueva ley vendrá á aumentar ese catálogo de leyes que sólo han servido para agravar cada vez más los hondos males que á la enseñanza aquejan.

Pasando ahora á otro género de asuntos, debemos fijarnos en la agitación que una parte de la prensa procura promover á propósito de Marruecos. La creciente influencia de Inglaterra en aquella nación y ciertos hechos recientes, de alguna gravedad sin duda, han dado motivo para que varios de nuestros colegas llamen la atención del Gobierno hácia los asuntos de Marruecos é indiquen la conveniencia de iniciar allí una política verdaderamente española, que responda á un ideal desde largo tiempo acariciado. Sin desconocer nosotros lo que puede haber de legítimo y fundado en esta agitación, nos vamos á permitir algunas consideraciones sobre tan importante y grave materia.

Es indudable que nuestra política exterior no puede ser más desafortunada desde hace mucho tiempo. Hemos perdido toda la influencia y poderío que antes disfrutamos, y mal que pese á nuestro orgullo, fuerza es confesar que hacemos en Europa el más desairado de los papeles. Las grandes potencias jamás cuentan con nosotros para nada, y cuestiones tan graves como la de Oriente, por ejemplo, se anudan y resuelven sin que nadie se digna pedirnos siquiera nuestro parecer. Cada vez que salimos de nuestro retraimiento para intervenir en negocios exteriores, cometemos una torpeza insignie, y buena prueba de ello son la ridícula expedición á Roma, la descabellada aventura de Méjico, en buen hora terminada por Prim, la impolítica guerra contra Chile y Perú, la infundada expedición á Cochinchina, el desastroso episodio de Santo Domingo y la inútil, aunque gloriosa guerra de Africa. De todas partes salimos llenos de gloria, pero con las manos en la cabeza, y no es maravilla que todas las naciones se burlen de nosotros y nos exploten y mortifiquen á su sabor.

A tres grandes fines debió responder nuestra política internacional, á saber: la union ibérica, la fraternidad con América y la extensión de nuestra influencia civilizada en el Africa del Norte. Y con efecto, de tal suerte nos hemos conducido con los portugueses y tan envidiable ejemplo de ventura y prosperidad les ofrecemos, que no sólo miran con horror la union ibérica, sino que prefieren á nuestra amistad la de Inglaterra. Tan fraternales relaciones tenemos con los pueblos americanos, que España es tan conocida en América como el Afghánistan y viceversa, y que aquellos un día hermanos nuestros, no perdonan ocasion de hacer causa comun con nuestros enemigos. Y finalmente, con tal cordura y diplomacia nos hemos conducido en Marruecos, que los ingleses se han encargado de hacer allí lo que debimos hacer nosotros, y mal que pese á los que á cada paso hacen alardes de patriotismo, hablando fuerte y escupiendo con el colmillo, Marruecos será en breve una colonia inglesa, como Filipinas será una colonia alemana ó una nación tagala independiente, si llegara á prevalecer la peregrina idea de los que quieren destruir allí las comunidades religiosas, único elemento civilizador de aquellas islas, y única garantía sólida y firme baluarte de la dominación española sobre aquellos pueblos.

Fuerza es, pues, confesar toda la verdad por amarga que sea. El verdadero patriotismo no consiste en adular el orgullo nacional, decir fanfarronadas, y hablar con acento altisonante de Lepanto y Pavía, Bailén y Zaragoza, sino en señalar al país sus errores é indicarle los medios de corregirlos. El mal está hecho y se remediará difícilmente; lo que importa es tratar de que no se reproduzca. Hablar de reivindicaciones y misiones históricas en Marruecos y disparar baladronadas contra Inglaterra, es simplemente una inocentada. Inglaterra hará en Marruecos lo que se le antoje, y nosotros tendremos que aguantarnos, como de costumbre. A esta fecha todavía no hemos tenido energía para reparar el ultraje que nos ha inferido la República de Santo Domingo, ni para castigar el atentado cometido allí por nuestro cónsul; y echamos bravatas contra los ingleses, que si se amostazaran de veras no nos dejarían un puerto sano ni un buque entero! Vivimos en perpétua anarquía, sin poder arreglar nuestra casa y queremos introducirnos en la agena! ¡Cuándo aprenderemos á ser serios y dejaremos de imitar á don Quijote!

Verdad es que no es posible exigir mucha seriedad á un país en que hay quien se atreve á hablar del régimen federal despues de 1873, y en que los partidos liberales pelean encarnizadamente por saber quién ha de ser su jefe. Cuando nos fijamos en estas cosas, nosotros, que, sin hablar á cada paso de San Quintín y Cerinola, nos tenemos por buenos patriotas, no podemos ménos de pensar con profunda amargura si será cierto que en el reloj de la historia está próxima á sonar la última hora de nuestra raza, si será cierto que muy en breve escucharemos con espanto la voz terrible que pronuncie esta siniestra frase: *¡Finis Hispanice!*

M. DE LA REVILLA.

ANUNCIOS.

BANCO DE ESPAÑA.

Los sorteos para la amortización correspondiente al trimestre vendiendo en 1.º de Octubre próximo de las obligaciones del Banco y del Tesoro, series exterior é interior, y de las del Tesoro sobre productos de Aduanas creadas por las leyes de 3 de Junio de 1876 y 11 de Julio de 1877 respectivamente, se verificarán en los días del mes de Setiembre inmediato en la forma y por las cantidades que se expresan á continuación:

Obligaciones del Banco y Tesoro, serie exterior.

Décimotercero sorteo que se verificará el día 1.º:

Ha de aplicarse la suma de 3.018.000 pesetas, para los intereses de las 201 millones, 200.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortización, quedando para esta 4.482.000, que en junto hacen el total de 7.500.000 pesetas, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 402.480 obligaciones pendientes de amortización se dividirán para el acto del sorteo en 4.024 lotes de 100 obligaciones cada uno representados por otras tantas bolas.

Encantaradas estas se extraerán del globo 90 en representación de 9.000 obligaciones por valor de 4.500.000 pesetas, tomándose 18.000 del fondo de amortización para completar el importe de una centena de obligaciones.

Obligaciones del Tesoro sobre productos de aduanas.

Sétimo sorteo, que se verificará el día 3:

Ha de aplicarse la suma de 2.176.500 pesetas para los intereses de las 145.400.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortización, quedando para esta 2.623.000 que en Junio hacen el total de pesetas 4.800.000 que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 290.200 obligaciones pendientes de amortización, se dividirán para el acto del sorteo en 2.902 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 52, en representación de 5.200 obligaciones por valor de 2.600.000 pesetas, aplicándose á fondo de amortización 2.350 pesetas, por no completar el importe de una centena de obligaciones.

Obligaciones del Banco y del Tesoro, serie interior.

Décimotercero sorteo, que se verificará el día 5:

Ha de aplicarse la suma de 3.963.750 pesetas para los intereses de las 264.250.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortización, quedando para esta 6.036.250, que en junto hacen el total de 10.000.000 pesetas, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 528.500 obligaciones pendientes de amortización, se dividirán para el acto del sorteo en 5.285 lotes de cien obligaciones cada uno; representados por otras tantas bolas.

Encantaradas estas, se extraerán del globo 121 en representación de 12.100 obligaciones por valor de 5.050.000 pesetas, tomándose del fondo de amortización 13.750 para completar el importe de una centena de obligaciones.

Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salón de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, núm. 32, en los días que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el gobernador, asistiendo además una comisión del consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrá al público para su examen antes de introducir las en el globo.

La administración del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de las obligaciones á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Madrid 14 de Agosto de 1879.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CONTABILIDAD GENERAL.

Situación en 31 de Julio de 1879.

ACTIVO.		Pesetas.
Accionistas.....		30.000.000
Caja y Banco de España.....		1.835.585'68
Cartera.....		398.647'26
Valores.....		7.179.467'26
Préstamos hipotecarios.....		19.439.300'51
Idem sobre casas en construcción.....		25.300
Moviliario y material.....		94.964'85
Inmueble de la Sociedad.—Coste del inmueble.....		2.196.256'35
Idem id.—Gastos de adaptación.....		222.523'53
Varios.....		1.480.491'35
Préstamos sobre valores y dobles.....		1.558.274'95
Cuentas corrientes.....		861.649'78
Pagarés descontados.....		11.142.402'01
Intereses devengados de los préstamos.....		122.811'04
Gastos generales.....		244.723'84
		<hr/>
		76.902.397'41
PASIVO.		
Capital social.....		50.000.000
Reserva especial.....		1.103.010'57
Idem obligatoria.....		649.220'26
Cédulas en circulación.....		19.103.450
Idem amortizadas por reembolsar.....		39.200
Varios.....		967.299'73
Cuentas corrientes.....		337.643'75
Intereses á pagar.....		431.376'36
Efectos á pagar.....		337'50
Préstamos diferidos hipotecarios.....		468.702'33
Idem id. sobre casas en construcción.....		6.850
Intereses á realizar sobre pagarés descontados.....		2.621.401'31
Ganancias y pérdidas.—Realizadas.....		1.168.990'48
Idem id.—Por realizar.....		4.915'12
		<hr/>
		76.902.397'41

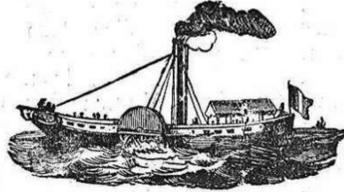
Madrid 2 de Agosto de 1879.—S. E. ú O.—El Jefe de Contabilidad Leon Boucherant.—V.º B.—El Subgobernador, C. Sanchez Bustillos.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

Segun lo establecido en la condicion 3.ª de la emision de obligaciones de esta Sociedad, el dia 1.º de Setiembre próximo, y once horas de la mañana, se verificará el sorteo para la amortización de una serie de dichas obligaciones.

El acto será público, y tendrá lugar en esta ciudad en el domicilio social, calle Ancha, 3, principal, ante las personas que señala la escritura de 2 de Abril de 1877.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento. Barcelona 11 de Agosto de 1879. = El Vicegerente, P. Alen Arandes.



VAPORES-CORREOS TRASATLANTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA

salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos, vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.

Más informes: en Cádiz, A. Lopez y Compañia.—Barcelona, D. Ripoll y Compañia.—Santander, Angel E. Perez y Compañia.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañia.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CAPITAL SOCIAL:

50.000.000 DE PESETAS

DESEMBOLSO: EL 40 POR 100

Ó SEAN 20.000.000 DE PESETAS EFECTIVAS

DOMICILIO SOCIAL

Paseo de Recoletos, 12.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS.

Este Banco hace préstamos en efectivo ó en Cédulas de 6 por 100 á plazos de 5 á 50 años.

De los préstamos en efectivo el interés es de..... 7 por 100
La amortización y comision (por 50 años)..... 0,84 c. por 100

Total de la anualidad sobre la suma prestada..... 7,84 c. por 100

De los préstamos en cédulas del 6 por ciento el interés es de..... 6 por 100

La amortización y comision (por 50 años)..... 0,93 c. por 100

6,93 c. por 100

Añadiendo en esta última clase de préstamos en Cédulas la pérdida sobre estas últimas, la carga anual sobre la cantidad prestada, es ahora aproximadamente de 7 1/4 por 100. Terminados los cincuenta años ó el plazo que se convenga para el préstamo, y satisfecha que haya sido la última anualidad, el Banco se encuentra reembolsado del todo y la finca liberada.

Antes de que el plazo espire, el prestatario puede terminar el negocio cuando guste, reembolsando total ó parcialmente el capital del préstamo que no se halle aún amortizado, y satisfaciendo 2 por 100 de indemnización.

En una palabra, en los préstamos de esta clase, el prestatario vuelve á quedar libremente dueño de la finca al fin del plazo convenido, sin más carga que la de pagar 7 1/4 por 100 aproximadamente al año.

El máximo de la suma que puede prestar el Banco, es el de la mitad del valor en que aprecia las fincas urbanas y las rústicas, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los cuales no presta sino la tercera parte de su valor.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL, PRAL 3.

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE:—1.º *Advertencia*.—2.º *Decretos y bandos* sobre la paz y reconstrucción de Cuba, publicados en la *Gaceta de la Habana*.—3.º *Constitución* de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.º *Ley Municipal*, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º *Ley Provincial*, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º *Ley Electoral* para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º *Ley Electoral* para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.º *Ley Penal* para los delitos electorales.—9.º *Circular* de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecución de la Ley Electoral.—10. *Ley Electoral* del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. *Ley de Extranjería*, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matriculas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. *Ley Moret*, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud.

Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á *La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.*

MANUAL DEL SECRETARIO

O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por

ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA. UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS unas 100 páginas. fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitación á los Secretarios.—Certificación.—Introducción.—Primera parte.—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—Educación.—Moralidad.—Dig-

nidad.—Instrucción.—Actividad.—Segunda parte.—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.—Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y Registros.—Memoriales.—Copias.—Formularios.—Citacion á junta.—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificación.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificación.—Otro memorial.—Exposicion al Rey.—Expediente para la construcción de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matricula de comerciante.—Invitacion.—Oficio para remitir un título.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA «LA PROPAGANDA LITERARIA.» O'REILLY, 54,

CASA GENERAL DE TRASPORTES DE JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª MADRID.—ALCALÁ, 28.

LA AMÉRICA

Año XX.

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez.

En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1